

CLÁSICOS
A MEDIDA

se

A detailed illustration of a diver in a vintage diving helmet and suit. The helmet is made of brass or copper, with a large circular viewing port on the right side and a smaller rectangular port on the left. A yellow light is mounted on top. The diver's face is visible through the large port, looking slightly to the right. The suit is dark and textured, with a large, rounded, light-colored buoyancy compensator (BC) on the back. The overall style is reminiscent of classic pulp magazine illustrations.

Veinte mil leguas
de viaje submarino

Julio Verne

Lectulandia

Cuando Verne ideó la construcción del Nautilus, escribió a Hetzel, su editor y amigo: «Le aseguro que su arca estará mejor equipada que la de Noé». Verne, que había visitado ya los centros de la Tierra y del aire, quiso bajar a los abismos del mar. Imaginó un personaje épico, el atormentado capitán Nemo, un sabio desengañado de la raza humana, que se mueve por una de esas obsesivas reivindicaciones tan típicas de la novela de aventuras: la justicia implacable, no exenta de venganza, y la humillación del adversario. El texto que presentamos aquí no es la obra completa. Hemos reducido su contenido, hemos resumido acontecimientos y hemos eliminado narraciones, datos y, sobre todo, descripciones. El lector puede encontrar aquí una especie de «aperitivo» que le invite a leer más adelante la obra entera y a conocer todas las maravillas del mundo submarino que nos cuentan en ella. Eso es, sin duda, lo que pretendía Julio Verne y eso es lo que hemos pretendido nosotros.

Jules Verne

Veinte mil leguas de viaje submarino

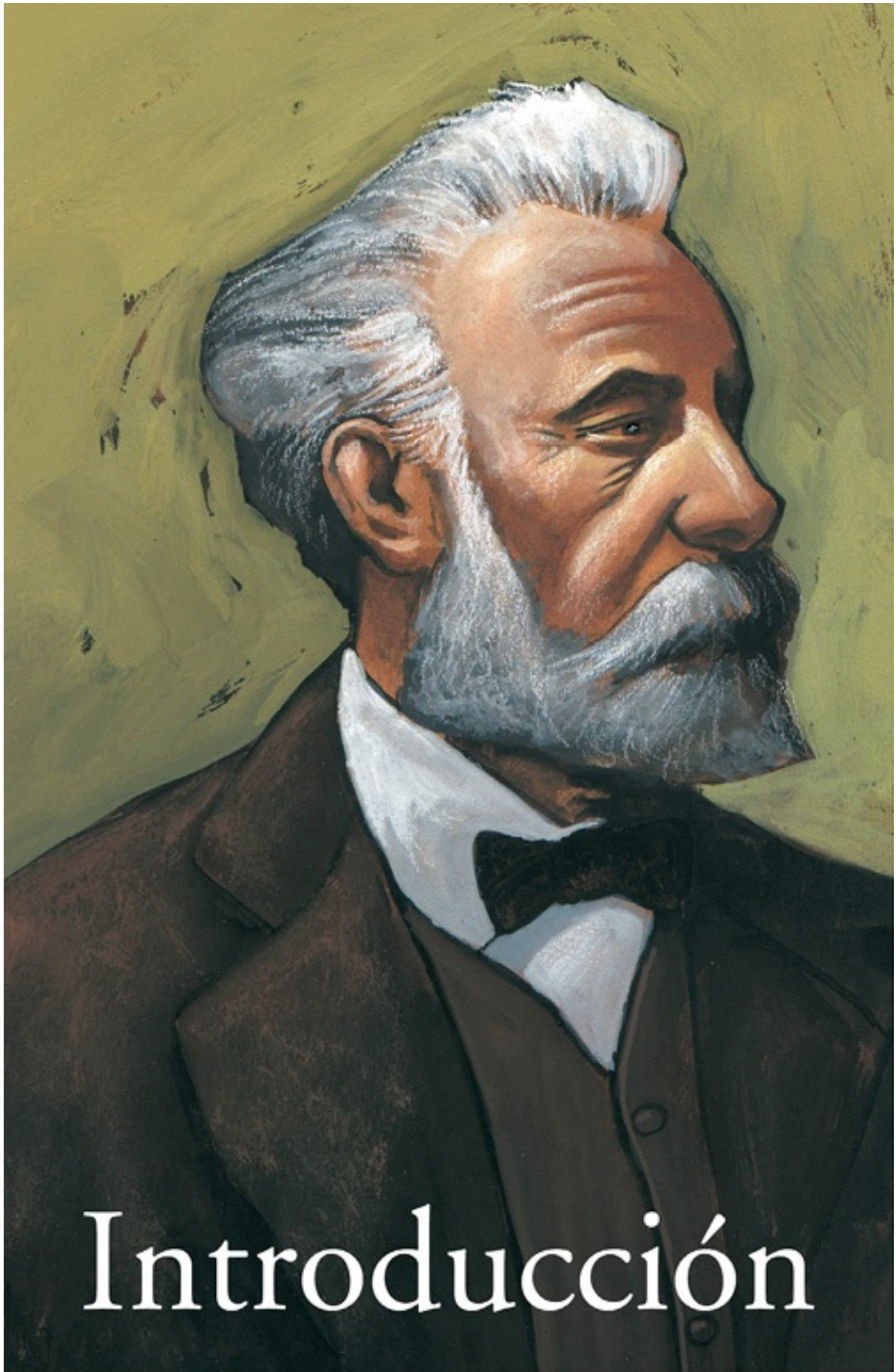
Clásicos a medida - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.06.2023

Título original: *Vingt Mille Lieues sous les mers*
Jules Verne, 1869
Adaptación: Francisca Íñiguez Barrena
Ilustraciones: Max Hierro
Adaptación de cubierta: *diego77*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Argumento y personajes

Los dos protagonistas de esta novela (el capitán Nemo y el profesor Aronnax) y, en general, todos los personajes de Julio Verne son personas curiosas, enérgicas, aventureras, optimistas y llenas de esperanza en el progreso humano, pero sin duda uno de los mayores atractivos de esta obra está en la creación de la figura de uno de ellos, el misterioso capitán Nemo, alguien que no desea tener nada que ver con la superficie terrestre ni con sus gentes. Para este enigmático personaje, el autor crea un submarino que garantice y aísle su tranquilidad.

Julio Verne imaginó también la forma en que el buque pudiera navegar y fuese habitable durante largas distancias y por largos períodos de tiempo. Además, encontró la manera de que unos observadores curiosos, capaces de contar lo que veían en los viajes y en el interior de la nave, accedieran al impenetrable submarino del capitán Nemo. Son los otros protagonistas de la novela: el profesor Aronnax, su criado Conseil y el arponero Ned Land. Todos ellos formaban parte de una misión oficial estadounidense destinada a investigar la presencia de un monstruo marino; cuando creen haberlo descubierto, lo atacan, pero con la única intención de acercarse a él; de esta manera «aterrizan» en la sorprendente nave de Nemo (movera por propulsión eléctrica, con ventanas para la observación de la vida submarina, y con capacidad también para navegar por la superficie del océano). El submarino y sus ocupantes (capitán, tripulación y visitantes) recorren lugares recónditos, admiran paisajes y espectáculos maravillosos y se enfrentan a tremendos percances, que son superados, siempre, con ingeniosas soluciones.

El capitán Nemo es un héroe romántico: misterioso, entusiasmado por el ideal de la libertad, orgulloso de sí mismo y de su capacidad inventiva. Quiere vivir aislado, pero no es capaz de abandonar totalmente al resto de seres humanos. Su afán de soledad está simbolizado en su nombre: Nemo significa en latín «nadie».

El profesor Pierre Aronnax es un sabio que no lo sabe todo, de ahí su gran curiosidad, su capacidad de admiración por todo cuanto desconoce, su deseo de que los conocimientos del capitán Nemo no se pierdan.

Los personajes secundarios son Conseil (que en francés significa «consejo»), trabajador y eficiente, y Ned Land, cuya única obsesión es poner pie en «tierra», como indica su apellido, *land*, en inglés.

***Veinte mil leguas...*, algo más que una novela de ciencia ficción**

Una mirada amplia inserta esta obra en la línea literaria que corre desde el *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe, a *El señor de los anillos* (1954), de J. R. Tolkien. Pero las aventuras del submarino y de su capitán siguen vivas en nuestros días: podemos entrar y ver el *Nautilus* si visitamos las instalaciones de Eurodisney, en París, y encontramos al protagonista en las pantallas de cine, convertido en un pez payaso, llamado Nemo, a quien busca su padre, en una película de Walt Disney (*Buscando a Nemo*). Podemos afirmar que la novela, la historia vivida por los personajes protagonistas, es uno de los grandes hechos culturales presentes en la sociedad occidental.

Un personaje especial: el *Nautilus*

El *Nautilus* es un increíble ingenio de la arquitectura naval, pero también un museo donde un hombre culto esconde su secreto. ¿Por qué navega sin descanso? Verne no da mayores datos y Aronnax, el narrador, apenas logra entender los motivos y la psicología de Nemo, quien parece recorrer las profundidades marinas como en una ratificación de su propia libertad. Y hay un atractivo añadido para los lectores españoles: las referencias a nuestro país, en la mención que se hace a la isla de Tenerife o el capítulo dedicado a la ría de Vigo, donde está documentado el hundimiento de unos galeones cargados de oro durante la guerra de Sucesión. La literatura puede más que la historia: si no se ha encontrado nunca ese tesoro, ¿será porque se lo había llevado el capitán Nemo?

Por otra parte, hay que destacar los conocimientos técnicos de Julio Verne para imaginar artefactos que bajen al mar o suban al espacio; los describe con toda clase de datos y detalles sobre su funcionamiento, sus formas y características. En el caso del *Nautilus* es posible que conociera el *Ictíneo*, submarino que había inventado el español Narciso Monturiol hacia 1850, pero en otros casos, como el del satélite artificial que viaja *De la Tierra a la Luna*,

faltaban casi cien años para que tal ingenio fuera un hecho, con lo cual Verne fue un adelantado en su tiempo.

Esta edición

El texto que nosotros presentamos aquí no es la obra completa. Hemos reducido su contenido, hemos resumido acontecimientos y hemos eliminado narraciones, datos y, sobre todo, descripciones. El lector puede encontrar aquí una especie de «aperitivo» que le invite a leer más adelante la obra entera y a conocer todas las maravillas del mundo submarino que nos cuentan en ella. Eso es, sin duda, lo que pretendía Julio Verne y eso es lo que hemos pretendido nosotros.

Primera parte



Capítulo I

Un escollo móvil

EL AÑO DE 1866 QUEDÓ en la memoria de muchas personas porque sucedió un hecho inexplicable: varios barcos se habían encontrado en el mar con «una cosa enorme», un objeto largo, fosforescente a veces, infinitamente más grande y más rápido que una ballena. El mundo entero estaba sobrecogido por aquella aparición maravillosa.

En efecto, el 20 de julio de 1866, el barco de vapor *Governor-Higginson*, que hacía una ruta por la India, se encontró con la masa movediza a cinco millas^[1] al este de las costas de Australia. El capitán Baker creyó que aquello era un peñasco desconocido, pero salió de dudas al observar que lanzaba, silbando, dos columnas de agua a una altura considerable. Era indudable, por tanto, que debía de tratarse de un animal, un mamífero acuático desconocido hasta entonces.

Informes sucesivos, referentes a nuevas observaciones, conmovieron a la opinión pública y hablar del monstruo se puso de moda. Durante los primeros meses del año 1867, no se volvió a hablar del asunto. Pero, el 13 de abril, el *Scotia*, un barco correo de los más grandes que surcaban entonces los mares, chocó por la parte de babor^[2] con un instrumento cortante o perforante.



—¡Hacemos agua! ¡Nos hundimos! —gritaron los marineros del puente.

Por suerte, aunque la abertura tenía dos metros y la brecha era grande, el barco pudo continuar y alcanzar la costa. Los ingenieros empezaron entonces el reconocimiento del barco, puesto en seco, y apenas se atrevieron a creerse lo que veían. A dos metros y medio bajo la línea de flotación, se abría un boquete regular en forma de triángulo isósceles. El corte era perfecto.

Esto fue lo último que ocurrió, y tuvo como consecuencia que la opinión pública volviese a apasionarse con el tema del monstruo y con los múltiples naufragios que había ocasionado. Justa o injustamente, se achacaron al «monstruo» todas las desapariciones.

En la época en que se produjeron estos sucesos, yo acababa de realizar un viaje por Estados Unidos, donde había participado en una exploración científica. El gobierno francés me había enviado a esa expedición en mi calidad de profesor del Museo de Historia Natural de París. Llegué a finales de marzo a Nueva York y debía estar de nuevo en Francia a principios de mayo. Me enteré del tema que andaba en boca de todo el mundo y, cuando estaba dedicado a clasificar y ordenar todas las muestras mineralógicas, botánicas y zoológicas que había recogido, sucedió el incidente del *Scotia*. La posibilidad del islote flotante, que sostenían los pocos entendidos, estaba siendo rechazada tanto por los que creían que se trataba de un monstruo de una fuerza colosal como por los que pensaban que era un barco «submarino» de gran potencia.

Solo un gobierno podía poseer una máquina destructora semejante y, en estos tiempos de desastre en que el ser humano se las ingenia para aumentar la potencia de las armas de guerra, cabía la posibilidad de que un Estado experimentara a espaldas de los demás ese temible artefacto. A mi llegada a Nueva York, varias personas me habían preguntado mi opinión sobre el asunto. Mientras pude, me negué a hablar del hecho, pero el periódico *New York Herald* insistió para que el «honorable Pierre Aronnax, profesor del Museo de París» diera una explicación, y tuve que hacerlo.

Discutí el asunto desde todos sus puntos de vista, política y científicamente, y aquí copio el final de un artículo muy extenso que publiqué en el número correspondiente del 30 de abril. Este fue el párrafo con el que terminaba:

«En consecuencia, tras haber examinado una por una las distintas posibilidades y rechazado cualquier otra hipótesis, es preciso admitir la existencia de un animal marino de extraordinaria fuerza».

Las razones que yo daba para tal conclusión estaban basadas en que las grandes profundidades del océano son totalmente desconocidas. La sonda no ha logrado llegar hasta ellas. ¿Qué sucede en estos lejanos abismos? ¿Qué seres habitan y pueden habitar a doce o quince millas bajo la superficie de las aguas? ¿Cómo es el organismo de esos animales?

Con los conocimientos que yo poseía, estaba dispuesto a admitir la existencia de un narval gigante. El narval vulgar, o unicornio marino, puede

alcanzar en ocasiones una longitud de sesenta pies^[3]. Multipliquemos por cinco o incluso por diez esas dimensiones, concedamos a ese cetáceo una fuerza proporcional a su tamaño, aumentemos sus armas ofensivas y obtendremos el animal en cuestión, capaz de perforar el *Scotia*.

El narval está armado con una especie de espada de marfil, que es un diente duro como el acero. Se han encontrado algunos de esos dientes clavados en el cuerpo de ballenas, a las que el narval ataca siempre con éxito. Otros han sido arrancados, no sin trabajo, de las paredes de los barcos que han sido atravesados de parte a parte.

Mi artículo fue muy discutido, lo cual me valió gran popularidad y me granjeó cierto número de partidarios. La solución que proponía, por otra parte, dejaba campo libre a la fantasía y a que cada cual dejara correr su imaginación. Y el mar es precisamente el único medio en que pueden aparecer y desarrollarse esos gigantes, ante los cuales los animales terrestres, elefantes o rinocerontes, no son sino enanos. ¿Por qué no?

Inmediatamente, comenzaron en Nueva York los preparativos de una expedición destinada a dar caza al narval. Una fragata bien equipada, la *Abraham Lincoln*, se preparó para hacerse a la mar cuanto antes. Estaba mandada por el comandante Farragut.

La emoción que provocó esta noticia fue extraordinaria. El comandante Farragut se dispuso a zarpar. Ni uno solo de los tripulantes faltaba. No había más que encender las calderas, alcanzar la presión necesaria y largar amarras.

Tres horas antes de que zarparan, recibí una carta que decía así:

Señor Aronnax. Profesor del Museo de París.

Muy señor mío: Si quiere Vd. unirse a la expedición de la fragata Abraham Lincoln, el gobierno de la Unión verá con sumo gusto que represente Vd. a Francia en esta empresa. El comandante Farragut tiene un camarote a su disposición.

Cordialmente, le saluda

*J. B. HOBSON
Ministro de Marina.*

Capítulo II

Como guste el señor

TRES SEGUNDOS ANTES DE RECIBIR la carta de J. B. Hobson, la idea de perseguir al unicornio marino estaba alejada de mi pensamiento. Pero un instante después de haberla leído, comprendí que mi verdadero destino, el único objetivo de mi vida, era dar caza a ese desconocido monstruo y librar al mundo de su existencia. Acepté la propuesta del gobierno americano sin darle más vueltas.

—¡Conseil! —grité con voz impaciente.

Conseil era mi criado. Un muchacho servicial que me acompañaba a todas partes y que me devolvía con creces el cariño que yo le tenía; tranquilo, ordenado, cuidadoso, que no se sobresaltaba por nada, habilidoso y capaz de hacer cualquier cosa. Gracias al trato con los sabios de nuestro mundillo, Conseil había llegado a convertirse en un especialista, muy entendido en la clasificación dentro de la historia natural, aunque no profundizara en ningún aspecto. Y, sin embargo, ¡qué valiente y buen muchacho era! Jamás se había quejado ni había puesto reparos en hacer las maletas para salir hacia cualquier país, por muy alejado que estuviera. A ello se unía una salud de hierro y unos músculos sólidos. Ese muchacho tenía treinta años y yo le llevaba diez. En esta ocasión, quise preguntarle si estaba de acuerdo en seguirme, porque esta era una empresa arriesgada.

—¡Conseil! —llamé de nuevo.

Conseil apareció.

—¿Llamaba el señor? —dijo al entrar.

—Sí, muchacho. Prepárate y prepara mis cosas. Zarpamos dentro de dos horas.

—Como guste el señor. ¿Qué hacemos con sus colecciones?

—Daré orden de que lo envíen todo a Francia.

—Entonces, ¿no regresamos a París? —preguntó Conseil sin inmutarse.

—Sí..., por supuesto... —respondí evasivamente—. Pero dando un rodeo.

—El rodeo que plazca al señor.

—Sabes, amigo mío, se trata del monstruo..., del famoso narval... ¡Vamos a librar los mares de él! Vamos a embarcarnos con el comandante Farragut y vamos a ir en su busca. ¡Será una misión gloriosa, aunque... peligrosa también! No sabemos adónde iremos.

—Como el señor haga, así haré yo —respondió Conseil.

—Pero ten presente, pues no quiero ocultarte nada, que este es uno de esos viajes de los que no siempre se regresa.

Un cuarto de hora más tarde, nuestro equipaje estaba preparado. En otro cuarto de hora llegamos al muelle de Broadway y embarcamos en la *Abraham Lincoln*, que vomitaba por sus dos chimeneas torrentes de humo negro. Nuestro equipaje fue llevado inmediatamente a bordo de la fragata y nosotros subimos detrás. Pregunté por el comandante Farragut y uno de los marineros me condujo ante él. Era un oficial de buen porte que me tendió la mano.

—¿El señor Pierre Aronnax? —me preguntó.

—El mismo —respondí—. ¿El comandante Farragut?



—En persona. Bienvenido a bordo, profesor. Su camarote lo está aguardando.

Saludé, y dejando al comandante dedicado a sus tareas, me hice acompañar al camarote dispuesto para mí. Quedé muy satisfecho. Estaba situado a popa^[4] y contiguo al de los oficiales.

—Estaremos bien aquí —dije a Conseil.

—Tan bien, si el señor permite la comparación, como un cangrejo ermitaño en la concha de un caracol.

La *Abraham Lincoln* había sido perfectamente equipada para su nuevo destino. Era un barco de guerra, pero rápido y provisto de aparatos que permitían elevar la presión del vapor y, por tanto, su velocidad. ¿Sería suficiente para competir con la del gigantesco cetáceo?

—¡Avante!^[5] —gritó al poco el comandante, que no quería perder ni una hora.

Capítulo III

¡A la aventura!

LA HÉLICE BATIÓ LAS ONDAS con progresiva rapidez y la *Abraham Lincoln* avanzó majestuosamente. Los muelles estaban repletos de curiosos. Uno tras otro, estallaron tres hurras desde quinientas mil gargantas. Miles de pañuelos agitados por encima de la masa despidieron a la *Abraham Lincoln*. En aquel instante dieron las tres, y a las ocho de la noche surcábamos ya el Atlántico.

Si la *Abraham Lincoln* era una estupenda fragata, el comandante Farragut era un gran marino digno de ella.

Respecto al cetáceo, no le quedaba duda de su existencia y no aceptaba la simple idea de que alguien a bordo dudara de algo que para él era tan claro. O el comandante Farragut mataba al narval o el narval mataba al comandante Farragut. Los demás oficiales de la fragata compartían la opinión de su jefe. Por otra parte, el comandante Farragut había mencionado cierta recompensa de dos mil dólares, reservada al marinero u oficial que fuese el primero en divisar al animal. Ni qué decir tiene cómo se aguzaba la vista a bordo de la *Abraham Lincoln*.

El comandante Farragut había preparado cuidadosamente su navío para cazar al gigantesco cetáceo. No carecía de ningún medio destructivo. Pero aún tenía algo mejor: tenía a Ned Land, el rey de los arponeros. Era un canadiense de una destreza poco habitual. Poseía en un grado extraordinario cualidades como habilidad y sangre fría, audacia y astucia; era preciso que una ballena fuese muy despierta o un cachalote especialmente astuto para escapar a su arponazo. Rondaba los cuarenta años. Era un hombre de elevada estatura, robusto, de aspecto serio, a veces violento, y muy colérico cuando se le contrariaba. Su persona llamaba la atención y, sobre todo, la intensidad de su mirada acentuaba singularmente su fisonomía. Poco a poco, nos hicimos buenos amigos, y yo me complacía en oírle narrar sus aventuras en los mares polares. Ahora bien, ¿cuál era la opinión de Ned Land acerca del monstruo marino? He de confesar que no creía mucho en él, y que era, junto a Conseil, el único que no compartía el entusiasmo general.



La fragata fue navegando durante algún tiempo sin incidentes. El 6 de agosto, a eso de las tres de la tarde, la *Abraham Lincoln* entraba en el océano Pacífico.

—¡Afinad la vista! ¡Afinad la vista! —repetían los marineros.

Y en efecto, abrían los ojos desmesuradamente. Los ojos y los catalejos, deslumbrados, es cierto, por la recompensa de los dos mil dólares que podrían obtener. Yo, a pesar de no atraerme gran cosa el dinero, no era el menos atento a bordo. Salvo unos cuantos minutos para comer y unas cuantas horas para dormir, indiferente al sol o a la lluvia, no abandonaba el puente del navío. ¡Cuántas veces compartí la emoción de los oficiales o de los marineros cuando una ballena asomaba su lomo negruzco por encima de las olas! Miraba y remiraba hasta quedarme ciego, mientras Conseil me decía con tranquilidad:

—Si el señor tuviera la bondad de entornar un poco los párpados, el señor vería mucho mejor.

El tiempo era favorable. El viaje se realizaba en las mejores condiciones a pesar de que era invierno^[6], y la mar se mantenía bella y se dejaba observar fácilmente.

Ned Land seguía haciendo gala de su incredulidad; incluso fingía no examinar la superficie del mar fuera del tiempo de su guardia. Yo le reproché cien veces su indiferencia.

—¡Bah! —respondía—. No hay nada, señor Aronnax, y, aunque hubiera algún animal, ¿qué probabilidades tenemos de verlo? Ya han pasado dos meses desde que se lo vio por última vez y, a juzgar por el temperamento de su narval, parece que no le gusta permanecer mucho tiempo en las mismas aguas. Así pues, si ese animal existe, ya estará lejos de aquí.

A mediados de agosto, la fragata se dirigió hacia los mares de China. ¡Por fin, nos encontrábamos en el escenario de las últimas fechorías del monstruo!

En resumidas cuentas: ya no se vivía a bordo. Los corazones latían a punto de estallar y toda la tripulación estaba muy nerviosa. No se comía, no se dormía. Durante tres meses, la *Abraham Lincoln* surcó todos los mares del Pacífico, corriendo tras las ballenas, virando súbitamente de babor a estribor^[7], y viceversa, deteniéndose de repente, forzando las máquinas; no dejó ni un lugar sin explorar entre las orillas del Japón y las costas americanas. ¡Esfuerzo inútil! ¡Nada más que la inmensidad de las olas! ¡Nada que se pareciera a un narval gigantesco, ni a un islote submarino, ni a una roca huidiza, ni a nada con aspecto sobrenatural!

Pasaron otros dos días. La fragata navegaba a poca máquina. Se utilizaban mil medios para llamar la atención del animal en el caso de que se encontrara en aquellos lugares. Se colgaron a la rastra enormes trozos de tocino, con gran satisfacción de los tiburones, que se los comían al instante. Los botes salieron a explorar en todas direcciones, en torno a la *Abraham Lincoln*, mientras esta se quedaba al paio^[8]. Pero llegó la noche del 4 de noviembre sin que se hubiera desvelado el misterio marino.

A las doce del mediodía del día siguiente, 5 de noviembre, se acababa el plazo. Habían dado las ocho de la noche y unas gruesas nubes pasaban por delante de la luna, en cuarto creciente. El mar se ondulaba suavemente debajo de la fragata.

Yo estaba en aquel momento en la proa^[9] con Conseil, cuando gritó Ned Land:

—¡Atención! ¡Ahí está lo que buscamos, frente a nosotros!

Capítulo IV

Una ballena de especie desconocida

AL OÍR ESE GRITO, toda la tripulación se precipitó hacia el arponero; comandante, oficiales, marineros, grumetes, todos, hasta los maquinistas, que abandonaron su máquina, y los fogoneros, que abandonaron sus hornos. Dada la orden de parar, la fragata se movía tan solo por el impulso adquirido.

La oscuridad era total en aquellos momentos y, por fina que fuera la pupila del canadiense, me preguntaba cómo habría visto y qué habría podido ver. Mi corazón latía violentamente.

Pero Ned Land no se equivocaba, y todos pudimos distinguir el objeto que nos señalaba con la mano.

A unos trescientos cincuenta metros de la *Abraham Lincoln*, el mar parecía iluminado desde el fondo. No se trataba de un simple fenómeno de fosforescencia. El monstruo, medio sumergido, proyectaba un resplandor muy intenso, inexplicable, mencionado en sus narraciones por algunos capitanes. La parte alumbrada describía sobre el mar un enorme óvalo.

—Eso es una aglomeración de partículas fosforescentes.

—No estoy de acuerdo —repliqué yo, plenamente convencido—. No hay pez ni molusco que despida una claridad tan viva. Ese resplandor es de naturaleza eléctrica. Además, ¡fíjense! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás! ¡Se lanza sobre nosotros!

Una exclamación general se elevó de la fragata.

—¡Silencio! —ordenó el comandante—. ¡Máquina atrás!

Los marineros se precipitaron al timón y los maquinistas ocuparon sus puestos. La *Abraham Lincoln* giró a babor, describiendo un semicírculo.

—¡De frente! ¡Adelante! —gritó Farragut.

Estas órdenes fueron ejecutadas y la fragata se alejó rápidamente. Digo mal: intentó alejarse, porque el fantástico animal nos persiguió a doble velocidad que la del buque.

Nuestros pechos jadeaban y el asombro, más que el miedo, nos tenía mudos e inmóviles. El animal fue acortando las distancias. Cuando ya nos

tenía muy cerca, pareció detenerse y atronó el espacio un silbido ensordecedor. Luego, desapareció bajo el agua.

El comandante Farragut se dirigió al arponero:

—Ned Land —le preguntó—, ¿ha oído usted muchas veces el resoplido de las ballenas?

—Muchas, mi comandante, pero nunca me había encontrado con ballenas que al avistarlas me hicieran ganar dos mil dólares.

—Efectivamente, tiene usted derecho a la recompensa. Pero ¿es ese el mismo ruido que producen los cetáceos cuando lanzan el agua por sus respiraderos?

—El mismo, mi comandante, pero este es muchísimo más fuerte. No hay error posible. El animal que tenemos a la vista es un cetáceo. Con su permiso, le diremos dos palabritas.

—Si está de humor para escucharlas, amigo Land —repliqué yo, en tono de duda.

—¡Que logre acercarme a tiro de arpón —declaró el canadiense— y no le quedará otro remedio que oírme!

—Pero para poder acercarse a él —observó el comandante— habré de poner una ballenera a su disposición.

—Cierto, mi comandante.

—Con la cual expondré la vida de mis hombres.

—¡Y la mía! —se limitó a responder el arponero.

Cerca de las dos de la madrugada, reapareció el foco luminoso a cinco millas de la *Abraham Lincoln*. A pesar de la distancia, a pesar del ruido del viento y del mar, se percibían los formidables coletazos del animal y hasta su respiración jadeante.

Todos permanecemos alerta hasta el amanecer. Ned Land se limitó a afilar su arpón. A las seis, comenzó a clarear. A las siete, ya era de día. De pronto, como en la noche anterior, la voz de Ned Land resonó.

—¡Ahí está esa cosa!

Todas las miradas se dirigieron al punto indicado. Allá, a milla y media de la fragata, un largo cuerpo negruzco emergía un metro por encima de las olas. Su cola, violentamente agitada, producía un remolino enorme. Un surco inmenso, de resplandeciente blancura, señalaba el paso del animal describiendo una prolongada curva. La fragata se aproximó al cetáceo. Yo lo examiné a mis anchas. Medía unos doscientos cincuenta pies. Mientras lo observaba con atención, brotaron de sus orificios dos surtidores de vapor de

agua que se elevaron a cuarenta metros de altura, lo cual me indicó su manera de respirar.

La tripulación aguardaba impaciente las órdenes de su jefe. Este, tras haber observado atentamente al animal, hizo llamar al ingeniero, que acudió sin demora:

—¿Tenemos presión, señor? —preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió el ingeniero.

—Pues bien, ¡avive el fuego y a toda máquina!

Tres hurras acogieron la orden. Llegaba el combate.

La *Abraham Lincoln*, impulsada por su potente hélice, se dirigió en línea recta hacia el animal. Este la dejó acercarse, indiferente, hasta que comenzó a alejarse a la misma velocidad a la que corría la fragata. Era humillante para uno de los navíos más rápidos de la Armada estadounidense. La rabia se adueñaba de la tripulación. Los marineros maldecían al monstruo, que, por su parte, no se molestaba en responderles. El comandante no se contentaba ya con retorcer su barba, la mordía.

—¡Ned Land! —gritó.

El canadiense acudió al llamamiento.

—Dígame, Land —preguntó el comandante—, ¿persiste usted en su consejo de hacer maniobrar los botes?

—No, mi comandante —contestó Ned Land—, porque ese animal no se dejará coger hasta que se le antoje.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Forzar la máquina si es posible. Por mi parte, si me lo permite, voy a situarme y, si se pone a tiro, lo arponeo.

—Vaya usted —dijo el comandante.

Y, concedido este permiso, ordenó al maquinista:

—¡Aumente la presión!

Ned Land marchó a su puesto. Los hornos fueron avivados y la *Abraham Lincoln* fue aumentando su velocidad. Los mástiles temblaban y las chimeneas apenas eran suficientes para expulsar el humo. Por toda respuesta, el cetáceo también se puso a la misma velocidad. ¡Qué persecución! En varias ocasiones, el animal dejó que nos acercásemos.

—¡Ya lo tenemos! ¡Lo alcanzamos! —gritaba el canadiense.

Después, en el momento en que se disponía a arponearlo, el cetáceo se escurría a gran velocidad. E incluso, mientras manteníamos el máximo de velocidad, se permitió reírse de nosotros rodeando la fragata. De todas las gargantas escapó una exclamación de ira.

A mediodía, no habíamos avanzado más que a las ocho de la mañana. El comandante Farragut decidió emplear entonces métodos más directos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ese animal va más rápido que la *Abraham Lincoln*! Muy bien. ¡Vamos a ver si deja atrás también las balas de nuestro cañón! ¡Unos hombres a proa!

El cañón de proa fue inmediatamente cargado y apuntado. Se lanzó el disparo, pero la bala pasó algunos pies por encima del cetáceo, que se mantenía a una media milla.

—¡Turno a otro con mejor puntería! —gritó el comandante—. ¡...Y quinientos dólares a quien atravesase a esa bestia!

Un veterano artillero con barba gris, de mirar tranquilo, se acercó a la pieza, la situó en posición y apuntó largo rato. Estalló una fuerte detonación. El proyectil dio en el blanco y se estrelló contra el animal, pero no de un modo normal, pues, tras deslizarse sobre su superficie redondeada, fue a perderse a dos millas en el mar.

—¿Cómo es eso? —exclamó el artillero—. ¡No parece sino que ese condenado va protegido con chapas de seis pulgadas!

Era lógico esperar que el animal se rindiera, pero no sucedió así. Las horas transcurrieron sin que diera la menor muestra de cansancio. La noche se nos vino encima y perdimos de vista al fantástico animal. Me equivocaba.

A las diez y cincuenta minutos, volvieron a aparecer los resplandores eléctricos, tan intensos como los de la noche anterior. El narval parecía inmóvil, cansado de su jornada. Era una circunstancia favorable, que decidió aprovechar el comandante Farragut.

Dio orden de acercarse despacio para no despertar a su enemigo. No es raro encontrar en el océano ballenas profundamente dormidas, a las que se ataca entonces con éxito, y Ned Land había arponeado más de una de esa manera. Así pues, el canadiense volvió a su puesto. Nadie respiraba a bordo. En el puente, reinaba un silencio total. Estábamos a menos de cien pies del foco de luz, cuyo brillo aumentaba y nos deslumbraba.

Inclinado sobre la barandilla de la proa, veía debajo de mí a Ned Land con su terrible arpón en la mano. Apenas veinte pies lo separaban del animal inmóvil. De pronto, su brazo se disparó violentamente y arrojó el arpón. Oí el choque sonoro del arma, que parecía haber rebotado contra un cuerpo duro.

El foco eléctrico se apagó de pronto y, al mismo tiempo, cayeron sobre cubierta dos enormes trombas de agua que la barrieron de proa a popa, derribaron a los tripulantes y destrozaron palos, velas y botes. Se produjo un choque terrorífico y fui lanzado al mar.

A pesar de la sorpresa que me provocó aquella caída inesperada, pude conservar con toda claridad las sensaciones.

Al hundirme en el mar, me vi arrastrado a unos veinte pies de profundidad. Pero soy un buen nadador y de dos fuertes talonazos volví a la superficie. Pude ver las luces de una masa negra que desaparecía. Era la fragata. Estaba perdido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba, mientras nadaba desesperado hacia la *Abraham Lincoln*.

Ese fue mi último grito. La boca se me llenó de agua. Me sentí arrastrado hacia el fondo.

De repente, una mano vigorosa agarró mis ropas y me sentí transportado violentamente a la superficie, y oí estas palabras pronunciadas en mi oído:

—Si el señor tiene la amabilidad de apoyarse en mi hombro, el señor nadará mucho más a gusto.

—¡Tú, aquí!

—En persona —respondió mi fiel Conseil—, y a las órdenes del señor.

—¿También el choque te ha lanzado al mar?

—Nada de eso; pero, estando al servicio del señor, he creído mi deber seguirlo —contestó de manera natural.

—¿Y la fragata?

—¡La fragata! —exclamó él, volviéndose para nadar de espalda—. Me parece que el señor hará bien en no contar con ella.

—¿Has oído eso? —murmuré.

—¡Sí! ¡Sí!

Y Conseil lanzó al espacio una llamada desesperada.

¡No había error posible! ¡Una voz humana respondía a la nuestra! ¿Sería otro desdichado que había caído al agua? ¿Sería alguien de la fragata o de uno de sus botes quien nos llamaba?



Conseil hizo un esfuerzo sobrehumano y, apoyándose en mis hombros, mientras yo resistía, levantó medio cuerpo fuera del agua y volvió a caer rendido.

—¿Qué has visto?

—He visto... —murmuró—, he visto..., pero no hablemos..., ¡reservemos todas nuestras fuerzas!...

¿Qué habría visto? Sin saber por qué, surgió en mi mente, por primera vez, la idea del monstruo... Pero ¿y la voz?

Capítulo V

Mobilis in mobili

EN ESOS INSTANTES, CHOQUÉ CONTRA un cuerpo duro y me agarré a él. Después, sentí cómo me rescataban y transportaban a la superficie; y me desmayé. Pero lo cierto es que rápidamente recobré el conocimiento gracias a unas vigorosas fricciones que recorrieron mi cuerpo. Entreabrí los ojos...

—¡Conseil! —murmuré.

—¿Ha llamado el señor? —me respondió.

En ese momento, gracias a los últimos resplandores de la luna, que descendía hacia el horizonte, distinguí un rostro que no era el de mi criado y que reconocí inmediatamente.

—¡Ned! —exclamé.

—El mismo, señor. ¡Corriendo tras la recompensa! —contestó el canadiense.

—¿Le ha arrojado al mar el choque de la fragata?

—Sí, señor profesor, pero salí mejor parado que ustedes y casi de inmediato pude poner pie sobre un islote flotante.

—¿Un islote?

—O, para ser más exactos, sobre nuestro narval gigantesco.

—Explíquese, Ned.

—Pues que enseguida comprendí por qué mi arpón no había podido atravesarlo y se había embotado en su piel.

—¿Por qué, Ned, por qué?

—Pues porque esta bestia, señor profesor, está hecha de planchas de acero.

Me levanté rápidamente sobre aquel objeto semisumergido que nos sostenía. Lo tanteé con el pie. Se trataba, evidentemente, de un cuerpo duro y no de algo blando como debía ser lo normal en un animal. Aquel cuerpo duro podía ser una concha.

¡Pues no! El lomo negruzco que nos soportaba era liso, pulido y sin escamas. Al golpearlo, producía un sonido metálico y, por increíble que fuese, estaba formado de planchas perfectamente ajustadas entre sí. ¡No había duda!

Estábamos tendidos encima de una especie de barco submarino que, en la medida en que yo podía juzgar, tenía la forma de un enorme pez de acero. Ned Land expuso su opinión, y Conseil y yo no pudimos menos que estar de acuerdo.

—Pero entonces —dije yo—, este ingenio tiene que llevar en su interior un mecanismo que lo haga moverse y personal para gobernarlo.

—Por supuesto —respondió el arponero—, pero hace tres horas que estoy instalado aquí y no ha dado señales de vida.

—¿No se ha movido?

—No, señor Aronnax. Se deja balancear por las olas, pero sin moverse.

—No obstante —repliqué—, sabemos que se mueve a gran velocidad y para eso hace falta una máquina, y para dirigir la máquina se necesitan personas. Así pues, estamos salvados.

—¡Qué sé yo! —dijo Ned con preocupación.

Entonces, se oyó como un borboteo por detrás del extraño artefacto y empezó a moverse. Casi no nos dio tiempo de agarrarnos a la parte superior, que sobresalía del agua unos ochenta centímetros. Afortunadamente, su velocidad no era excesiva.

—Mientras navegue horizontalmente —murmuró Ned Land—, no tengo nada que decir. Pero, como se le ocurra sumergirse, no apuesto dos dólares por mi pellejo... ¡Eh, por mil diablos! —exclamó, golpeando con el pie la plancha—. ¡Abrid de una vez, deshumanizados navegantes!

Era difícil hacerse oír en medio del ensordecedor ruido de la hélice. Por fortuna, cesó el movimiento de inmersión y, de repente, comenzamos a oír en el interior de la nave un estrépito de cerrojos y pestillos violentamente descorridos, se alzó una plancha y apareció un hombre, que lanzó un grito y desapareció.

Pocos minutos después, se presentaron ocho robustos hombres enmascarados, que nos arrastraron al interior de su formidable máquina.

A la velocidad del rayo fuimos introducidos en ella. No sé qué pensarían mis compañeros; yo sentí un tremendo escalofrío que me puso carne de gallina. ¿Con quién teníamos que vérnoslas? Sin duda, con algunos locos modernos.

En el interior reinaba la oscuridad. No pude distinguir ningún objeto. Sentí que mis pies descalzos resbalaban por los peldaños de una escalera de hierro. Ned Land y Conseil, sujetados fuertemente, me seguían. Al pie de la escalera, se abrió y se cerró inmediatamente una puerta tras de nosotros. Estábamos solos. ¿Dónde? No se veía nada, ni siquiera después de varios

minutos pudimos ver nada. Pasó una media hora sin que oyésemos nada más que las quejas de Ned Land, dando rienda suelta a su indignación.

De pronto, nuestra celda se iluminó y se oyó el descorrer de cerrojos, se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Uno era de escasa estatura, pero musculoso, robusto, de cabello negro y gran bigote, mirada viva y penetrante. Estaba dotado de una gran personalidad y parecía de origen francés.



En el segundo personaje podían reconocerse fácilmente sus cualidades dominantes: gran confianza en sí mismo y nobleza en su aspecto, sus ojos negros miraban con fría seguridad pero con serenidad, su piel pálida indicaba la tranquilidad de su sangre, los movimientos rápidos de cejas demostraban

fuerte energía y su reposada respiración denunciaba valor y vitalidad. Parecía un hombre decidido, de elevados pensamientos y por sus gestos y ademanes inspiraba confianza. En definitiva, declaro que me sentí involuntariamente tranquilizado en su presencia y tuve la impresión de que saldría algo bueno de nuestra entrevista. No habría podido decir si tendría treinta y cinco o cincuenta años. Su estatura era elevada, su frente ancha, su nariz recta, su boca bien dibujada, sus dientes magníficos, sus manos finas y largas. Era, posiblemente, el tipo más admirable que había encontrado en mi vida. Un detalle particular: sus ojos, un poco separados entre sí le permitían poseer un amplio campo de visión, y cuando miraba tras pasaba y era capaz de leerle a uno en lo más profundo del alma.

El más alto de los dos —sin duda, el comandante del navío— nos examinó con suma atención sin pronunciar ni una palabra. Luego, volviéndose a su compañero, le habló en una lengua que no pude reconocer. Era un idioma sonoro y armonioso. El otro respondió con un movimiento de cabeza y añadió dos o tres palabras.

Yo respondí, en un buen francés, que no entendía su lengua; pero él pareció no comprenderme, y la situación se volvió bastante tensa.

—De todas maneras, el señor podría contar nuestra historia —me dijo Conseil—. Al fin y al cabo, quizá comprendan algunas palabras estos señores.

Comencé a contar nuestras aventuras, articulando claramente cada sílaba, y sin omitir un solo detalle. Dije cómo nos llamábamos y cuáles eran nuestras profesiones; después, presenté debidamente al profesor Aronnax, a su criado Conseil y al maestro arponero Ned Land.

El hombre de mirada dulce me escuchó tranquilamente, con cortesía y atención. Pero nada indicó en su rostro que hubiese comprendido mi relato. Permaneció en silencio.

Nos quedaba el recurso de hablar inglés. Y, en inglés, repitió Ned Land lo mismo. El arponero no pareció haber sido más comprendido que yo. Nuestros visitantes no pestañearon. Conseil se ofreció para hacer lo mismo en alemán y relató por tercera vez lo que nos había ocurrido. Pero, a pesar de la hermosa pronunciación del narrador, la lengua alemana no tuvo ningún éxito. Hice un esfuerzo por recordar el latín que había estudiado en mis cursos elementales y repetí cuanto habíamos dicho, pero el resultado fue también negativo.

Definitivamente agotada esta última tentativa, los dos desconocidos intercambiaron algunas frases en su enigmático lenguaje y se fueron sin dirigirnos siquiera un gesto consolador. La puerta volvió a cerrarse.

—¡Cómo es posible! ¡Se les habla a esos canallas en francés, en inglés, en alemán y en latín, y no se toman la molestia de contestarnos ni aun por cortesía!

—¡Cálmese, Ned! La cólera no lleva a ninguna parte.

—¿Sabe usted, señor profesor —replicó—, que podríamos morir de hambre en esta jaula de hierro?

—Amigos míos —dije—, no hay que desesperar. Hemos pasado momentos peores. Les ruego que tengamos calma antes de opinar acerca del comandante y de la tripulación de este buque.

Al pronunciar estas palabras, se abrió la puerta y entró un camarero. Nos llevaba chaquetas y pantalones impermeables, confeccionados con una tela desconocida. No dudé en vestirme con aquellas prendas, y mis compañeros me imitaron.

Entre tanto, el camarero, mudo —sordo quizá—, preparó la mesa, colocando en ella tres cubiertos.

Las fuentes, tapadas con sus campanas de plata, fueron colocadas sobre el mantel, y nos sentamos a la mesa. Decididamente, nos las entendíamos con gentes cultas, que nos trataban como si estuviésemos en un gran hotel de París o de Liverpool. Debo hacer notar que nos faltaba el pan y el vino. El agua, fresca y cristalina pero agua, no fue del agrado de Ned Land. Entre las comidas que nos sirvieron, había diversos pescados, todos exquisitos; pero de los otros platos, todos muy buenos, no sabría decir qué eran. Cada cuchara, tenedor, cuchillo y plato llevaban grabados una letra rodeada de unas palabras:



«¡Móvil en el elemento móvil!». La frase se adaptaba perfectamente al aparato submarino. La letra N significaba sin duda la inicial del nombre del sorprendente personaje que dominaba en el fondo de los mares.

Ned y Conseil no se paraban a pensar. Devoraban, y no tardé en seguir su ejemplo. Satisfecho nuestro apetito, nos entró sueño, lo que era natural después de una noche tan ajetreada y de una succulenta comida.

Mis dos compañeros se tumbaron sobre la estera del cuarto y cayeron rendidos. Por lo que a mí respecta, tenía demasiados pensamientos en la cabeza como para dormirme. Las ideas se me agolpaban en la mente y me mantenían desvelado. ¿Dónde estábamos? ¿Qué misterioso poder nos arrastraba? Tuve pesadillas. Luego, la imaginación dio paso al sueño.

Tan pronto como me levanté, totalmente despejado, me dispuse a examinar con detalle nuestra celda. Aprovechando nuestro descanso, el camarero había quitado la mesa.

De pronto, me refrescó una corriente de aire puro y totalmente perfumado de aromas salinos. ¡No había duda de que se trataba de la brisa marina repleta de yodo! Abrí la boca cuanto pude y respiré profundamente. Al mismo tiempo, noté un balanceo del barco y tuve la sensación de que el monstruo acababa de remontar a la superficie del océano para respirar, al igual que las ballenas. Ya no había duda acerca del modo de ventilación del navío.

Me encontraba en ese momento cuando Ned y Conseil se despertaron. Se restregaron los ojos, estiraron los brazos y se pusieron de pie en un instante.

—¿Ha dormido bien el señor? —me preguntó Conseil, cortés, como cada día.

—Estupendamente, muchacho —respondí yo—. ¿Y usted, Ned?

—Profundamente, señor profesor. No sé si me equivoco, pero me parece que respiro una especie de brisa marina.

Un marino no podía equivocarse y le expliqué al canadiense lo que había ocurrido mientras dormía.

—¡Bueno! —exclamó—, eso explica perfectamente los mugidos que oíamos cuando el supuesto narval se encontraba a la vista de la *Abraham Lincoln*.

—¡Exacto, amigo Land!, ¡era su respiración!

—La única pega, señor Aronnax, es que no tengo ni idea de la hora que es; ¿no será la hora de cenar?

—¿La hora de cenar, mi querido arponero? Diga usted, por lo menos, la hora de almorzar, porque seguramente ya estamos en otro día.

—Lo cual demuestra —dedujo Conseil— que nos hemos pasado durmiendo veinticuatro horas.

—Esa es mi opinión —afirmé.

—En todo caso —manifestó el arponero—, tengo un hambre canina, y comida o almuerzo me da igual y será bienvenido.

—Amigo Land —contesté—, es preciso atenerse al reglamento de a bordo, y creo que nuestros estómagos se han anticipado a la campana de la

cocina.

—Pues los pondremos en hora —afirmó tranquilamente Conseil.

—¡Le admiro, amigo Conseil! —contestó el impaciente canadiense—. Sería usted capaz de agradecer un favor antes de pedirlo, y de morirse de hambre sin pronunciar la menor queja.

—¿Qué ganaría con protestar? —preguntó Conseil.

—¡Pues hacer constar la protesta! Algo es algo. ¡Y si esos piratas se figuran que me van a tener en esta jaula, en la cual me ahogo, sin darse por enterados, se equivocan! Pero en fin, ¿qué cree usted?

—Supongo que la casualidad nos ha hecho conocer este secreto. Ahora bien: si la tripulación de esta nave submarina tiene interés en guardarlo, y si ese interés es más importante que la vida de tres hombres, considero muy probable que nos la quiten.

—En ese caso, a la primera ocasión, intentaremos salir de este monstruo como sea —dijo Ned Land con rotundidad.

—Escaparse de una prisión terrestre es difícil, pero de una prisión submarina me parece tanto como imposible.

—Opino igual —exclamó Conseil—. ¡Más vale estar dentro que encima o debajo!

—Pero después de haber echado fuera a carceleros y vigilantes —añadió Ned Land.

—¡Cómo, Ned! ¿Ha pensado usted en apoderarse de este buque?

—¡Así es! —contestó el canadiense.

Era preferible admitir la proposición del arponero a discutir con él. Así pues, me limité a contestar:

—Esperemos que se presente la ocasión y luego veremos. Entre tanto, Land, contenga usted su impaciencia, se lo suplico. Prométame que aceptará la situación sin encolerizarse.

—Se lo prometo, señor profesor —contestó en tono poco tranquilizador.

Interrumpimos la conversación y cada cual se puso a reflexionar por su cuenta. No se percibía el más leve ruido en el interior de la embarcación. Aquel silencio nos resultaba espantoso. Las esperanzas que yo había concebido después de nuestra entrevista con el comandante se me venían abajo. La dulzura de la mirada de aquel hombre, la expresión generosa de su rostro, la nobleza de su porte, todo desaparecía de mi recuerdo. ¿Nos iba a dejar morir en aquella estrecha prisión? Me invadió un miedo espantoso. Conseil continuaba tranquilo. Ned Land rugía.

Capítulo VI

El hombre de las aguas

ENTONCES SE OYÓ UN RUIDO en el exterior. Resonaron unos pasos sobre las placas de metal. Alguien hurgó en la cerradura, se abrió la puerta y apareció el camarero. Sin darme tiempo para impedirlo, el canadiense se lanzó sobre el infeliz, lo derribó y le apretó la garganta. Las poderosas manos de Ned Land lo estaban asfixiando. Conseil intentaba detenerlo y uní mis esfuerzos a los suyos. De repente, me dejaron petrificado estas palabras en francés:

—¡Cálmese, señor Land! Y usted, señor profesor, escúcheme, por favor.

Acababa de pronunciar estas palabras el comandante de la nave.

Al oírle, Ned Land se levantó inmediatamente, soltando al camarero, que salió tambaleándose como si estuviera borracho. No dirigió ni una sola mirada de reproche al canadiense.



Después de unos instantes de silencio, que ninguno se atrevió a romper, dijo con voz serena y penetrante:

—Señores, hablo francés, inglés, alemán y latín. Habría podido contestarles durante nuestra primera entrevista; pero quería conocerlos antes, y reflexionar después. Sus relatos me han revelado su personalidad. Ahora, sé que la suerte ha traído a mi presencia al señor Aronnax, profesor de Historia Natural del Museo de París, a su criado y a Ned Land, arponero de la fragata *Abraham Lincoln*, de la Marina de los Estados Unidos.

Hablaba sin ningún acento extranjero. Yo me incliné en señal de asentimiento.

—Indudablemente, señor Aronnax —continuó—, le habrá parecido que retrasaba demasiado esta segunda visita; pero quería comprobar sus identidades y pensar en qué debía hacer con ustedes. He dudado mucho. Las circunstancias más desagradables los han traído a la presencia de un hombre que ha roto sus lazos con la humanidad. Ustedes han venido a perturbar mi existencia.

—Involuntariamente —dije yo.

—¿Involuntariamente? —replicó el comandante, alzando ligeramente su tono de voz—. ¿La *Abraham Lincoln* me perseguía involuntariamente por todos los mares? ¿Rebotaron involuntariamente sus balas contra el casco de mi nave? ¿Ned Land me arrojó involuntariamente su arpón?

En sus palabras notaba una irritación contenida. Intenté responder de una manera natural.

—Señor —dije—: sin duda, ignora todas las discusiones que han tenido lugar por su causa en América y en Europa. Pero sepa que, al perseguirlo hasta los mares del Pacífico, la *Abraham Lincoln* creía dar caza a un formidable monstruo marino, del que era necesario librar al océano sea como fuere.

Los labios del comandante se relajaron y esbozaron media sonrisa; después, con un tono tranquilo, preguntó:

—Señor Aronnax, ¿afirmaría que la fragata no habría perseguido y cañoneado a un buque submarino lo mismo que a un monstruo?

No sabía qué contestar. Seguramente, el comandante Farragut no habría dudado en hacerlo.

—He dudado mucho tiempo —continuó el comandante al ver que yo no respondía—. Nada me obligaba a tratarlos como amigos. Pude haberlos colocado en la cubierta y haberme sumergido dejándolos a su suerte. ¿No estaba en mi derecho?

—Ese sería el derecho de un salvaje —respondí—, no el de un hombre civilizado.

—¡Señor profesor! —replicó el comandante—. ¡Yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado! He roto con la sociedad por razones que solo a mí me incumben. No estoy sometido a ninguna de sus reglas, y le pido que no las invoque jamás ante mí.

Sus palabras fueron tajantes. En la vida de aquel hombre adiviné un terrible pasado. No solo se había colocado fuera de las leyes humanas, sino que se había declarado independiente, libre, fuera de cualquier alcance. ¿Quién se atrevería a seguirlo?

Estas reflexiones cruzaron rápidamente por mi cerebro, mientras el extraño personaje calló. Lo contemplé con miedo e interés.

Después de un largo silencio, el comandante volvió a tomar la palabra:

—Repito que he vacilado —dijo—, pero he pensado que podría compaginar mi interés con la piedad natural a la que tiene derecho todo ser humano. Permanecerán ustedes a bordo de mi buque y podrán moverse por él

libremente, pero, a cambio, les impondré una condición. Deseo no tener que recurrir jamás a la violencia y espero de ustedes obediencia. ¿Aceptan?

—Aceptamos —le respondí—. Únicamente le rogaré que me conteste a una pregunta: ¿ha dicho que seríamos libres a bordo?

—Completamente. Podrán ir, venir, ver y observar cuanto aquí pase.

—¿Hemos de renunciar para siempre a volver a nuestra patria, a ver a nuestras familias y amigos?

—Sí, señor. Pero quizá no sea tan doloroso como piensa.

—¡Estamos listos! —gritó Ned Land—. ¡Jamás daré mi palabra de que no intentaré escaparme!

—No le pido su palabra, señor Land. En cuanto a usted, señor Aronnax, creo que se alegrará de estar aquí. El asombro será probablemente su estado habitual de ánimo. Quiero contemplar una vez más, en una nueva vuelta al mundo submarino (¿quién sabe si será la última?), todo cuando he podido estudiar en el fondo de estos mares. Usted verá lo que no ha visto nadie, exceptuando a mis hombres y a mí.

No puedo negarlo: las palabras del comandante me llenaron de satisfacción. Me limité, pues, a decir:

—Señor, a pesar de que usted haya roto con la humanidad, quiero pensar que no ha renegado de todo sentimiento humano. Somos náufragos recogidos por usted, y no lo olvidaremos. Por lo que a mí respecta, creo que el interés que siento por la ciencia logrará sobreponerse a mis ansias de libertad, y lo que usted me promete me ofrecerá grandes compensaciones.

Antes de que se retirara, le pregunté:

—¿Con qué nombre debo llamarle?

—Para ustedes —contestó el comandante—, soy el capitán Nemo. Para mí, ustedes son pasajeros del *Nautilus*.

El capitán Nemo llamó y apareció un camarero. Le dio órdenes en aquella lengua extraña e irreconocible. Después, se dirigió hacia el canadiense y Conseil y les dijo:

—En su camarote les espera la comida. Sigán a este hombre. Y ahora, señor Aronnax, nuestro almuerzo también está preparado. Permítame que le guíe.



Capítulo VII

El Nautilus

SEGUÍ AL CAPITÁN NEMO y cruzamos una especie de pasillo iluminado eléctricamente. Después de recorrer unos diez metros, se abrió una segunda puerta, que daba entrada a un comedor decorado y amueblado con gusto sencillo. En los estantes resplandecía una vajilla de porcelana y una cristalería. En el centro de la habitación, había una mesa espléndidamente servida. El capitán Nemo me señaló el sitio que debía ocupar.

—Siéntese usted —me dijo— y coma sin cumplidos.

El almuerzo se componía de platos elaborados con productos que suministraba el mar, y de otros manjares que no conocía. Confesaré que todo era bueno, pero con un sabor especial.

—Estos alimentos, desconocidos para usted, proceden todos del mar —dijo el capitán, dando respuesta a las preguntas que yo me estaba haciendo—. Unas veces, echo mis redes, y las retiro a punto de romperse. Otras, me dedico a cazar en el fondo del mar y atrapo animales que viven en mis selvas submarinas. Poseo en el mar una gran propiedad, explotada solo por mí y sembrada por la mano del Creador.

A continuación, fue explicándome todo lo que íbamos comiendo: filetes de tortuga de mar; hígados de delfín, que podía confundirse con un guisado de carne de cerdo; una crema hecha con leche de cetáceo y azucarada con algas.

—El mar, señor Aronnax —siguió diciendo—, no solo cubre nuestras necesidades de alimentación, también nos viste. Las ropas que llevamos están tejidas con una sustancia que segregan ciertos moluscos y teñidas con algas. Los perfumes que encontrará usted en su camarote están extraídos de ciertas flores acuáticas. Los colchones de su litera están rellenos con las más suaves hojas de plantas marinas. Su pluma será una barba de ballena, y su tinta, el líquido segregado por la sepia. ¡Todo lo obtengo del mar, y algún día todo regresará a él!

—Es usted un entusiasta del mar, capitán.

—¡Sí! ¡Lo amo! ¡El mar lo es todo! Cubre las siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en que el

hombre jamás está solo, pues siente palpitar la vida a su alrededor. La naturaleza se manifiesta en él en sus tres reinos: mineral, vegetal y animal. El mar es la gran reserva de la naturaleza. Por él es por donde la tierra comenzó y quizá por donde acabe. El mar no tiene dueños ni soberanos. Aún les es dado a ustedes ejercer sus derechos en su superficie: combatir, devorarse, transportar a ella todos los horrores; pero a treinta pies por debajo de ella, su poder cesa, su dominio desaparece. ¡En el mar no hay amos! ¡Soy libre!

El capitán Nemo se calló de golpe. Durante unos instantes, se paseó, dando visibles muestras de nerviosismo. Luego, añadió:

—Ahora, señor profesor, si quiere usted visitar el *Nautilus*, estoy a su disposición para enseñárselo.

Me levanté y seguí al capitán, que abrió una doble puerta situada al fondo de la sala. Entramos en una biblioteca, de dimensiones parecidas a las del comedor. Las elevadas estanterías guardaban numerosos libros. En la parte inferior, había unos sofás amplios de cuero marrón; en el centro, una gran mesa llena de folletos, revistas y papeles, entre los que se veían algunos periódicos atrasados. La luz eléctrica inundaba toda la sala. No pude sino admirar aquella estancia, que me asombraba.

—Capitán Nemo, posee usted una biblioteca que sería el orgullo de más de un palacio, y me admira el pensar que pueda acompañarlo en las profundidades marinas.

Pasamos después a un salón inmenso, espléndidamente iluminado. Aquella sala era un museo, en el que había reunido tesoros de la naturaleza y del arte. Había obras de pintura moderna y unas admirables estatuas. El asombro que me producía todo aquello empezaba a confundirme.

—Señor —dije yo—, sin pretender averiguar quién es usted, ¿me equivoco si le digo que le creo un artista?

—Un simple aficionado, caballero. En otro tiempo, me gustó coleccionar obras de arte y pude reunir algunas de las más valiosas. Son los últimos recuerdos de esa tierra que ha muerto para mí.

—¿Y esos músicos? —le pregunté, señalando las partituras que tenía colocadas sobre un órgano de gran tamaño.

—Son de todos los tiempos, pero para mí no hay diferencia entre ellos, pues no hay diferencias en la memoria de los muertos, y yo estoy muerto, señor profesor.

El capitán Nemo calló. Respeté aquel silencio y continué mirando los objetos que enriquecían el salón. Además de las obras de arte, ocupaban un

lugar importante las vitrinas, que contenían gran cantidad de curiosidades procedentes de la naturaleza: plantas, conchas y otros productos del océano.



—Veo que presta usted gran atención a mis conchas, señor profesor. Realmente, son interesantes; pero para mí tienen un doble atractivo, porque las he recogido todas con mi mano y no hay un mar del globo que haya escapado a mi búsqueda.

—Comprendo, capitán, la alegría de pasearse entre tantas riquezas. No existe museo en Europa que posea algo igual. Pero si agoto aquí mi capacidad de admiración, ¿qué me quedará para el navío que las contiene? No trato de entrar en los secretos que le pertenecen exclusivamente. Sin embargo, confieso que el *Nautilus*, los aparatos que permiten manejarlo, me tienen lleno de curiosidad. Veo colgados de las paredes de este salón unos instrumentos que desconozco. ¿Podría saber...?

—Ya le he dicho, señor Aronnax —me contestó—, que es usted libre a bordo. No hay nada en el *Nautilus* que le esté prohibido, puede visitarlo en detalle, y me complaceré en mostrárselo.

—No sé cómo agradecersele, capitán, no abusaré de su amabilidad. Únicamente desearía que me indicara el uso a que están destinados esos aparatos de física.

—Señor profesor, esos mismos instrumentos los encontrará usted en mi cámara, y en ella le explicaré su empleo. Pero, antes, vamos a visitar su camarote.

Seguí al capitán Nemo, que me condujo, por los pasillos, a la proa del navío, donde me encontré en una elegante habitación.

—Nuestros camarotes están seguidos —me dijo señalando una puerta.

Abrió la puerta y me invitó a entrar. Una cama de hierro, una mesa de trabajo y algunos muebles para el aseo. Todo iluminado por una media luz. Nada que fuera especialmente cómodo, solo lo necesario.

El capitán Nemo me indicó una silla.

—Siéntese, por favor —me dijo.

Me senté, y él comenzó a hablar.

—Señor Aronnax —empezó diciendo, a la vez que me mostraba los instrumentos que estaban colgados en la pared de su habitación—, estos son los aparatos que precisa el *Nautilus*. Aquí, como en el salón, los tengo siempre a la vista y me señalan con exactitud la posición del barco y su dirección. Ya conoce algunos de ellos: el termómetro, que marca la temperatura interior del barco; el barómetro, que indica la presión y las variaciones atmosféricas; el higrómetro, que aprecia la humedad del ambiente; la brújula, que dirige mi ruta; el sextante, que me indica la latitud por la altura del sol; los cronómetros, que me permiten calcular la longitud^[10]

y, finalmente, los catalejos de día y de noche, que me sirven para mirar todos los puntos del horizonte cuando el *Nautilus* sube a la superficie de las aguas.

—Todos esos instrumentos son de uso corriente en la navegación, y conozco sus aplicaciones. Pero hay otros, que responden sin duda a las exigencias especiales del *Nautilus*. Por ejemplo, ese cuadrante en torno de cuya esfera gira una aguja, ¿no es un manómetro?

—Es un manómetro que, puesto en comunicación con el agua, me indica, por su presión exterior, la profundidad a que se mantiene mi embarcación.

—¿Y esas sondas?

—Son sondas termométricas, que dan la temperatura de las diversas capas del agua.

—¿Y esos otros instrumentos, que también desconozco?

—Respecto a ellos, señor Aronnax, necesito darle algunas explicaciones. Existe un agente, poderoso, rápido, sencillo, que reina como dueño absoluto a bordo de mi barco. Todo se resuelve merced a él. Me alumbró, me proporciona calor, es el alma de mis aparatos mecánicos. Ese agente es la electricidad.

Capítulo VIII

Todo gracias a la electricidad

—¡LA ELECTRICIDAD!

—Sí, señor.

—Pero, capitán, permítame usted que le diga que, hasta hoy, la potencia de la electricidad es muy restringida y solo ha producido escasísimas fuerzas.

—Señor Aronnax —replicó el capitán Nemo—, mi electricidad no es la vulgar, y eso es lo que trataré de demostrarle. Ante todo, debo advertirle que en las profundidades de los mares existen minas de zinc, de hierro, de plata y de oro, cuya explotación sería posible. Yo utilizo el cloruro de sodio, o sea, la sal, que extraigo del agua del mar, y lo mezclo con el mercurio, que no se gasta jamás. Únicamente se consume el sodio, pero el mar me suministra esta sal en abundancia. Las pilas de sodio deben considerarse como las más energéticas, y su fuerza eléctrica es doble que la de las de zinc. Todo se lo debo al océano; el mar me provee del fluido eléctrico, y la electricidad proporciona al *Nautilus* el calor, la luz y el movimiento.

—Pero no el aire que respira usted.

—Podría fabricar el aire para mi consumo, pero no es necesario, puesto que me remonto a la superficie cuando lo necesitamos. Sin embargo, si la electricidad no me suministra aire respirable, hace funcionar potentes bombas que lo almacenan a gran presión en depósitos, lo cual me permite prolongar cuanto quiera mi permanencia en las profundidades.

—Capitán —le contesté—, me conformo con admirar. Evidentemente, ha descubierto usted lo que se descubrirá andando el tiempo: la verdadera potencia dinámica de la electricidad.

—Ignoro si la descubrirán —replicó fríamente el capitán Nemo—. Sea como quiera, ya conoce usted la primera aplicación de ese valioso agente. Gracias a él, estamos alumbrados casi mejor que con la luz del sol.

Conocía ya toda la parte anterior de la nave submarina, cuya distribución exacta era: el comedor, de cinco metros; la biblioteca, de cinco metros; el gran salón, de diez metros; la cámara del capitán, de cinco metros; la mía, de dos metros y medio. A todo ello, había que añadir los compartimentos

estancos^[11] que separaban todas estas dependencias y, por último, un depósito de aire de siete metros y medio. En total, treinta y cinco metros de longitud. ¡Pero esto era solo la mitad del *Nautilus*! El capitán Nemo me invitó a terminar de verlo. Lo seguí y llegamos al centro del navío. Allí había una especie de pozo. Una escalera de hierro, pegada a la pared, daba acceso a la parte superior. Al preguntar para qué se usaba aquella escalera, me contestó:

—Conduce directamente al bote.

—¿Cómo! ¿Tiene un bote?

—¡Claro que sí! Una excelente embarcación, ligera e insumergible, que me permite pasear por la superficie del mar.

—¿Y cómo vuelve usted a bordo?

—Cuando quiero; las dos naves se comunican por un conductor telegráfico. Envío un mensaje y el *Nautilus* me recoge.

Pasado el hueco de la escalera, dimos con una cabina en la que comían Conseil y Ned Land. Luego cruzamos la cocina, situada entre las despensas de a bordo. Seguía el dormitorio de la tripulación, pero estaba cerrada la puerta y no pude ver cómo era su distribución, que yo esperaba me hubiese informado del número de hombres que llevaba el *Nautilus*.

En el fondo, había otro compartimento estanco, que separaba el dormitorio de los marineros de la sala de máquinas. Atravesamos la puerta y llegamos al departamento donde el capitán Nemo tenía instalados los aparatos que permitían al barco moverse. Dicha sala de máquinas, muy bien iluminada, no medía menos de veinte metros de largo.



—Ya lo ve usted —añadió el capitán—. La electricidad producida por las máquinas es dirigida a popa, donde hace girar un sistema de palancas y engranajes, que son los que mueven la hélice del barco.

Existía en todo aquello un misterio, pero no insistí en descubrirlo. ¿Cómo era posible que la electricidad actuara con tal energía? ¿Cuál era el origen de aquella fuerza casi ilimitada?

—Capitán Nemo, veo los resultados, sin tratar de buscarles explicación. He visto maniobrar al *Nautilus* frente a la *Abraham Lincoln* y sé que su velocidad es muy superior. Pero ¿cómo logra moverlo hacia la derecha, hacia

la izquierda, hacia arriba y hacia abajo? ¿Cómo alcanza usted las grandes profundidades, en las que debe hallar gran resistencia? ¿Cómo se remonta a la superficie cuando está bajo el agua? ¿Cómo se mantiene en el medio que más le conviene? ¿Sería indiscreto preguntárselo?

—De ningún modo, señor Aronnax —me contestó el capitán—, puesto que no ha de abandonar jamás esta nave submarina. Vamos al salón. Ese es nuestro verdadero cuarto de trabajo, y allí sabrá usted todo cuanto quiere saber del *Nautilus*.

Momentos más tarde estábamos sentados en el sofá del salón y el capitán me enseñaba los planos del *Nautilus*. Me explicó con todo detalle que, cuando pensó en construir su barco, tuvo en cuenta su tamaño, su peso, la forma que debía darle para que fuese dinámico. El *Nautilus*, como todos los objetos, tenía tendencia a irse al fondo debido a la gravedad, por lo que con unos depósitos que llenaba o vaciaba de agua, según conviniera, conseguía subir, bajar o quedarse en medio. Para moverlo de izquierda a derecha, se accionaba un timón especial. La hélice era la que impulsaba al barco y giraba por la electricidad. Si la hélice se inmovilizaba, el barco podía subir a la superficie por efecto de la presión de las aguas muy rápidamente y casi en vertical.

Yo no paraba de hacerle mil preguntas y a cada respuesta que me daba se me ocurrían mil cosas que ignoraba. El capitán contestó a todo y me dio gran cantidad de cifras y datos, hasta que entendí perfectamente el funcionamiento del barco.

—Señor profesor —dijo—. Ahora, si le parece bien, vamos a marcar exactamente nuestra posición y a fijar el punto de partida de este viaje. Son las doce menos cuarto. Vamos a emerger. Hemos llegado.

Me dirigí a la escalera central que terminaba en la plataforma del *Nautilus*. Subí los peldaños metálicos y llegué a la cubierta del barco. Observé que sus planchas de acero estaban montadas de forma que parecían las escamas de un pez, y comprendí que, a pesar de verlo con catalejo, se habría confundido siempre al buque con un animal.

En el centro de la plataforma, había una embarcación casi empotrada en el casco del navío. A proa y a popa, se levantaban dos cajas de cierta altura, con las paredes inclinadas y cerradas en parte por gruesos cristales; una era la destinada al timonel que dirigía el *Nautilus*; en la otra, brillaba el potente foco eléctrico que iluminaba su ruta y que tanto había confundido a los marineros que lo habían divisado de noche.

La mar era magnífica y el cielo puro; el largo navío apenas se movía sobre el océano. Una suave brisa rizaba la superficie. El horizonte, limpio de

brumas, facilitaba la observación.

—Las doce —me dijo—. Cuando usted guste...

Lancé una última mirada a aquel mar y bajé de nuevo al gran salón. Allí, el capitán hizo sus anotaciones y calculó las distancias oportunas. Luego, me dijo:

—Señor Aronnax, estamos aproximadamente a trescientas millas de las costas del Japón. Hoy, 8 de noviembre, al mediodía, comienza nuestro viaje de exploración submarina.

—¡Que Dios nos proteja!

Al día siguiente, el 9 de noviembre, había dormido doce horas seguidas. Una vez vestido, me trasladé al gran salón. Estaba desierto. Me sumergí en el estudio de aquellos tesoros que abarrotaban las vitrinas. Ni ese día ni al siguiente vimos a nadie de la tripulación. Ned y Conseil estaban casi siempre a mi lado, extrañándose, como yo, de la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaría enfermo? ¿Trataría de cambiar sus proyectos con respecto a nosotros? Aquel día, comencé a anotar estas aventuras, lo cual me ha permitido relatarlas con detalle después; y, lo que es curioso, las escribí con papel de origen marino.

Capítulo IX

Una invitación por carta

EN PLENA MADRUGADA DEL 11, la brisa fresca que invadió el barco me sirvió como señal de que habíamos vuelto a la superficie a fin de renovar la provisión de aire. Me dirigí hacia la escalera central y subí a cubierta. Eran las seis de la mañana. Estaba contemplando el despertar de la aurora, cuando advertí que alguien ascendía a la plataforma. Me dispuse a saludar al capitán; pero fue su segundo el que apareció. Se acercó y me dirigió una frase que no entendí, y que fue repitiendo todas las mañanas, en las mismas condiciones:

—*Nautron respoc lorni virch* —dijo.

No podría decir qué significaba. Y tras pronunciar esas palabras, volvió a bajar. Pensé que el *Nautilus* iba a reanudar su navegación submarina. Bajé a mi camarote. Así transcurrieron cinco días sin que la situación cambiase.

Ya estaba convencido de que no volvería a ver al capitán, cuando, el día 16, al regresar a mi habitación con Ned y Conseil, encontré una nota. La abrí con impaciencia. Estaba escrita con una letra clara y segura y en ella nos invitaba el capitán, a la mañana siguiente, a una excursión por «sus bosques de la isla de Crespo».

—¿Este individuo baja a tierra? —repuso Ned Land.

—Me parece que está bien claro —dije yo, releendo la carta.

—¡Bien! Es menester aceptar —replicó el canadiense—. Una vez en tierra firme, tomaremos una decisión. Además, no me molestaría comer unas tajadas de caza fresca.

—Ante todo, veamos qué es la isla de Crespo.

Consulté el mapa y, efectivamente, allí estaba. Era un islote, descubierto en 1801 por el capitán español Crespo, al que los antiguos mapas españoles llamaban con el nombre de Roca de la Plata. Estábamos, pues, a unas mil ochocientas millas del punto de partida, y la dirección del *Nautilus* lo llevaba hacia el sudeste.

Señalé a mis compañeros aquel picacho aislado en el Pacífico, y les dije:

—Es indudable que, si se le ocurre saltar alguna vez a tierra, el capitán Nemo elige islas completamente desiertas.

Al despertarme al día siguiente, el 17 de noviembre, noté que el *Nautilus* estaba absolutamente inmóvil. Me vestí a toda prisa y pasé al salón. El capitán Nemo esperaba en él. Como no hizo alusión alguna a su ausencia durante aquellos ocho días, no quise preguntarle y me limité a indicar que mis compañeros y yo estábamos dispuestos a seguirle.

—Solo —añadí— me permitiré hacerle una pregunta. ¿Cómo es que, habiendo roto en absoluto sus relaciones con la tierra, posee usted bosques en la isla de Crespo?

—Señor profesor —contestó el capitán—, los bosques de mi pertenencia no piden al sol ni su luz ni su calor. No viven en ellos animales cuadrúpedos, ni los conoce nadie más que yo. Son exclusivamente míos. Son bosques submarinos.

—¡Bosques submarinos! —exclamé.

Conseil y yo estábamos impacientes. Ned Land, al enterarse de que no eran terrestres, no quiso acompañarnos. A una llamada del capitán, se presentaron dos individuos de la tripulación, que nos ayudaron a vestirnos unos trajes impermeables, sin costuras, y preparados para soportar una considerable presión. A continuación, nos ajustaron nuestras respectivas escafandras, los depósitos de aire para poder respirar bajo el agua y unas lámparas. ¡Todo era nuevo para nosotros!

Un instante después, nuestros pies pisaban el fondo del mar. Ahora, ¿cómo contar las sensaciones que sentimos? ¡No hay palabras que puedan relatar aquellas maravillas!

El capitán Nemo nos precedía y su compañero nos seguía a unos cuantos pasos. Conseil y yo caminábamos juntos. La luz, que penetraba hasta treinta pies bajo la superficie del océano, me asombró por su intensidad. Sobre mí, veía la tranquila superficie del mar. Marchábamos sobre una arena fina, no movediza como la de las playas.

Eran las diez de la mañana. Los rayos del sol caían oblicuos sobre la superficie de las ondas, y la luz, al contacto con el agua, se descomponía y prestaba a las flores, las rocas, las plantas y las conchas los colores del arco iris. Era una maravilla, una fiesta óptica, aquella combinación de distintos tonos. Ante tal espectáculo, Conseil se quedó, como yo, admirado. Esparcidos por el suelo, abundaban estrellas, erizos, corales blancos... Las anémonas parecían flores. Sentía una verdadera pena al triturar a mi paso las brillantes conchas de moluscos que sembraban el suelo.

Después, recorrimos una pradera de algas y plantas, cuya vegetación era exuberante. Aquel césped era tupido y suave al pisar y podría haber

competido con la mejor de las alfombras tejidas por la mano del hombre. Pero, a la vez que la verdura se extendía bajo nuestros pasos, no abandonaba nuestras cabezas. Un sinfín de plantas marinas se cruzaban en la superficie de las aguas, creando arcos. Veía flotar largas bandas de hojas y plantas en forma de palmeras o de abanicos. Observé que las plantas verdes se mantenían próximas a la superficie del mar, en tanto que las rojas ocupaban una profundidad media y las oscuras y negras poblaban los jardines de las capas más profundas.



Habíamos llegado al bosque, sin duda uno de los más hermosos de las propiedades del capitán Nemo. Lo consideraba como de su exclusiva pertenencia. Y, a decir verdad, ¿quién habría podido disputarle la posesión de aquel lugar submarino?

El bosque estaba formado por grandes plantas arbóreas, y, tan pronto como pudimos penetrar en él, me asombré, sorprendido por la disposición de

sus ramas, tan grandes que parecían árboles. Observé que la vida vegetal desaparecía antes que la animal. Alrededor de las cuatro de la tarde, acabó la maravillosa excursión. Un muro de rocas soberbias se elevó ante nosotros; formaba una pared agujereada por numerosas cuevas. Eran los fondos de la isla de Crespo. Era la tierra.

Iniciamos el regreso. El capitán Nemo se puso a la cabeza de la reducida expedición y fue guiándonos sin el menor titubeo. Creí que no íbamos por el mismo camino. El retorno a las capas superiores se realizó poco a poco, para que no sufriéramos el fenómeno de la típica descompresión que sufren los que bucean cuando suben a la superficie.

Una media hora después, guiados por la luz eléctrica, llegamos al *Nautilus*. La puerta exterior se había quedado abierta y el capitán Nemo la volvió a cerrar cuando entramos. Acto seguido, pasamos al vestuario. Me caía de hambre y de sueño, y regresé a mi camarote, totalmente fascinado por la aventura.

Al día siguiente por la mañana, 18 de noviembre, me encontraba perfectamente recuperado del cansancio. Me dirigí a la cubierta y llegué a ella en el mismo instante en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba su frase, incomprensible para mí. Entonces, comprendí que sus palabras se referían al estado del mar y que significaban más o menos: «¡Nada a la vista!».



Capítulo X

Cuatro mil leguas bajo el Pacífico

EL OCÉANO ESTABA DESIERTO. Ni una vela en el horizonte. Las cumbres de la isla de Crespo habían desaparecido durante la noche. Las olas dibujaban unas anchas bandas de todos los colores. Estaba admirando el aspecto del mar, cuando llegó el capitán Nemo, que pareció no darse cuenta de que yo estaba allí y empezó a hacer sus mediciones astronómicas. Entre tanto, unos veinte marineros, todos fuertes y robustos, fueron reuniéndose en la plataforma. Iban a retirar las redes que el barco había llevado a la rastra durante la noche. Aquellos marineros pertenecían sin duda a varias nacionalidades, pero su tipo era europeo. Me parecieron irlandeses y franceses, algunos griegos y eslavos. Por lo demás, apenas hablaban y, cuando lo hacían, empleaban aquel idioma que yo desconocía. Así es que no podía preguntarles nada.

En las redes había peces de todos los tamaños y de todos los colores. No había de faltarnos, por tanto, comida de excelente calidad para una buena temporada.

Durante los días sucesivos, apenas vi al capitán Nemo. Conseil y Land pasaban largas horas en mi compañía.

Casi a diario, y durante algunas horas, se abrían unas compuertas en una de las paredes del salón. Automáticamente, la pared se convertía en un gigantesco escaparate que nos mostraba la vida en el fondo del mar, del mismo modo que si estuviésemos en un acuario real y maravilloso. Nuestros ojos no se cansaban de admirar el misterio del mundo submarino a través de aquellos potentísimos cristales.

El *Nautilus* mantenía el rumbo al sudeste, entre cien y ciento cincuenta metros de profundidad. El 27 de noviembre pasamos por las islas Hawai, y para principios de diciembre habríamos recorrido dos mil millas más. Esta etapa de la navegación quedó marcada por el encuentro de un verdadero ejército de calamares y sepias. Emigraban de las zonas cálidas a otras más calientes siguiendo a las sardinias. Ellos, a su vez, eran comidos por peces más grandes. El *Nautilus* pescó montones de ellos y llenó sus depósitos. Después, bajó a mayor profundidad, donde solo viven los peces de mayor tamaño.

En esos momentos leía yo un libro, cuando Conseil interrumpió mi lectura y me hizo ir al gigantesco acuario. Observé atentamente y vi un barco desmantelado que se había ido a pique. Con la luz que proyectaba el *Nautilus*, pudimos ver su nombre en la popa: *Florida Sunderland*.



El *Nautilus* avanzaba, y en diciembre llegamos a Oceanía.

El 2 de enero habíamos hecho once mil trescientas cuarenta millas, o sea, cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japón. Ante la proa del *Nautilus* se extendían ahora los peligrosos mares de coral, en la costa nordeste de Australia. Habría deseado visitar aquel arrecife^[12], pero, en aquel momento, el *Nautilus* nos arrastraba a gran profundidad, y no pude ver nada de aquellas altas murallas de coral. Hube de conformarme con la contemplación de los peces que habían atrapado nuestras redes.

Dos días después de haber atravesado el mar de Coral, el 4 de enero, avistamos las costas de la Papuasía, llamada también Nueva Guinea. Estábamos en el estrecho de Torre.

De repente, caí derribado por un choque. El *Nautilus* acababa de embarrancar. Cuando me incorporé, vi en cubierta al capitán Nemo y al

segundo de a bordo. Evaluaban la situación del barco. No había sufrido, pero era necesario esperar a que la marea subiera, a fin de que el agua reflatara el navío para salir de allí; sin embargo, en aquellos lugares del Pacífico, la marea puede tardar hasta cuatro días en volver a estar alta; así que había que ser paciente. Al enterarse Ned Land de lo ocurrido, inmediatamente formuló una pregunta:

—¿Pero no podríamos tocar tierra por lo menos? Ahí tenemos una isla. En esa isla hay árboles; bajo esos árboles, animales terrestres portadores de ricas chuletas y filetes, a los que daría con gusto unos cuantos bocados.

Para complacer a Ned Land, se lo propuse al capitán y, ante mi sorpresa, me concedió el permiso que le solicitaba. El propio Ned dirigiría la embarcación que el capitán ponía a nuestra disposición. Muy emocionados, hicimos todos los preparativos y, a la mañana siguiente, salimos muy temprano.

Capítulo XI

La isla de Gueboroar

AL TOCAR TIERRA, ME SENTÍ profundamente emocionado. Ned Land pisaba la arena con fuerza, como queriendo afirmarse sobre ella. Y lo cierto es que apenas hacía dos meses que éramos, como decía el capitán Nemo, «pasajeros del *Nautilus*», aunque, en realidad, sus prisioneros.

El suelo era coralino y todo el horizonte se escondía tras una cortina de bosques admirables. Unos árboles enormes se entrelazaban mediante lianas, auténticas hamacas naturales mecidas por la brisa. Había mimosas, ficus, tecas, hibiscos, palmeras y otras plantas entremezcladas, y a su sombra crecían los helechos y las orquídeas.

El canadiense, abandonando lo bello por lo útil, vio enseguida un cocotero, echó abajo algunos cocos, los partió y bebimos su agua y nos comimos su carne con un ansia que podía traducirse como nuestra protesta contra el régimen alimenticio del *Nautilus*.

—¡Excelente! —exclamó Ned Land.

—¡Exquisito! —respondía Conseil.

—No creo —dijo el canadiense— que el capitán Nemo se oponga a que llevemos una carga de cocos a bordo, ¿no?

—Una palabra, amigo Land —dije al arponero, que se disponía a caer sobre otro cocotero—; los cocos son riquísimos, pero antes de llenar el bote de cocos, deberíamos ver si la isla ofrece algún otro producto que nos interese más. Continuemos, pues, nuestra excursión, pero permanezcamos en guardia. Aunque la isla parece deshabitada, podría ser que nos encontráramos con algunos individuos a los que no les gustásemos.

En animada charla fuimos adentrándonos en el bosque y recorriéndolo en todas direcciones durante dos horas. Llegamos a un claro animado por numerosas aves cantoras.

—De momento, no hay más que pájaros —dijo Conseil.

—¡Pero algunos de estos son comestibles! —respondió el arponero.

—Ninguno, amigo Ned —replicó Conseil—, pues no veo nada más que papagayos.

A eso de las once de la mañana, habíamos atravesado la primera fila de montañas que tenía la isla, sin aprovechar ni un tiro. El hambre nos agujoneaba el estómago. Por suerte, Conseil, con gran asombro por su parte, cogió un par de palomas torcaces, que, presurosamente desplumadas y ensartadas en una varilla, se tostaron al fuego de una hoguera hecha con ramas.

—¿Qué necesita usted ahora? —pregunté al canadiense al terminar.

—Un ejemplar de cuatro patas —me contestó Ned Land—. Estos pichoncillos no son más que el aperitivo. Por tanto, hasta que tumbe un animal de buenos costillares, no me doy por satisfecho.

Afortunadamente, hacia las dos, Ned Land derribó un magnífico jabalí. El animal llegó a tiempo para procurarnos verdadera carne, y fue bien recibido. Ned Land se mostró orgulloso de su tiro. El jabalí rodó como una pelota.



El canadiense lo desolló y separó media docena de chuletas, destinadas a una parrillada. Luego, se reanudó la cacería, que debería quedar marcada por

nuevas hazañas de Ned y de Conseil.

Quedamos satisfechos del resultado de la cacería. A las seis de la tarde, estábamos de vuelta en la playa. El bote estaba en su sitio. El *Nautilus* sobresalía del agua a dos millas de la orilla. Ned Land se dedicó a la preparación de la comida. Era hábil en tales trabajos. Las chuletas del jabalí, asadas a la brasa, no tardaron en empezar a producir un olor delicioso.

En resumen: el banquete fue extraordinario. Dos palomos completaron la lista de aquella comida excelente. En aquel momento cayó una piedra a nuestros pies. Miramos al bosque, sin levantarnos, pero no vimos nada raro. Una segunda piedra hizo que se le cayera a Conseil de la mano un muslo de palomo.

Los tres nos levantamos y montamos las escopetas, dispuestos a repeler cualquier ataque.

—¡Son monos! —exclamó Ned Land.

—Casi, casi —replicó Conseil—, son salvajes.

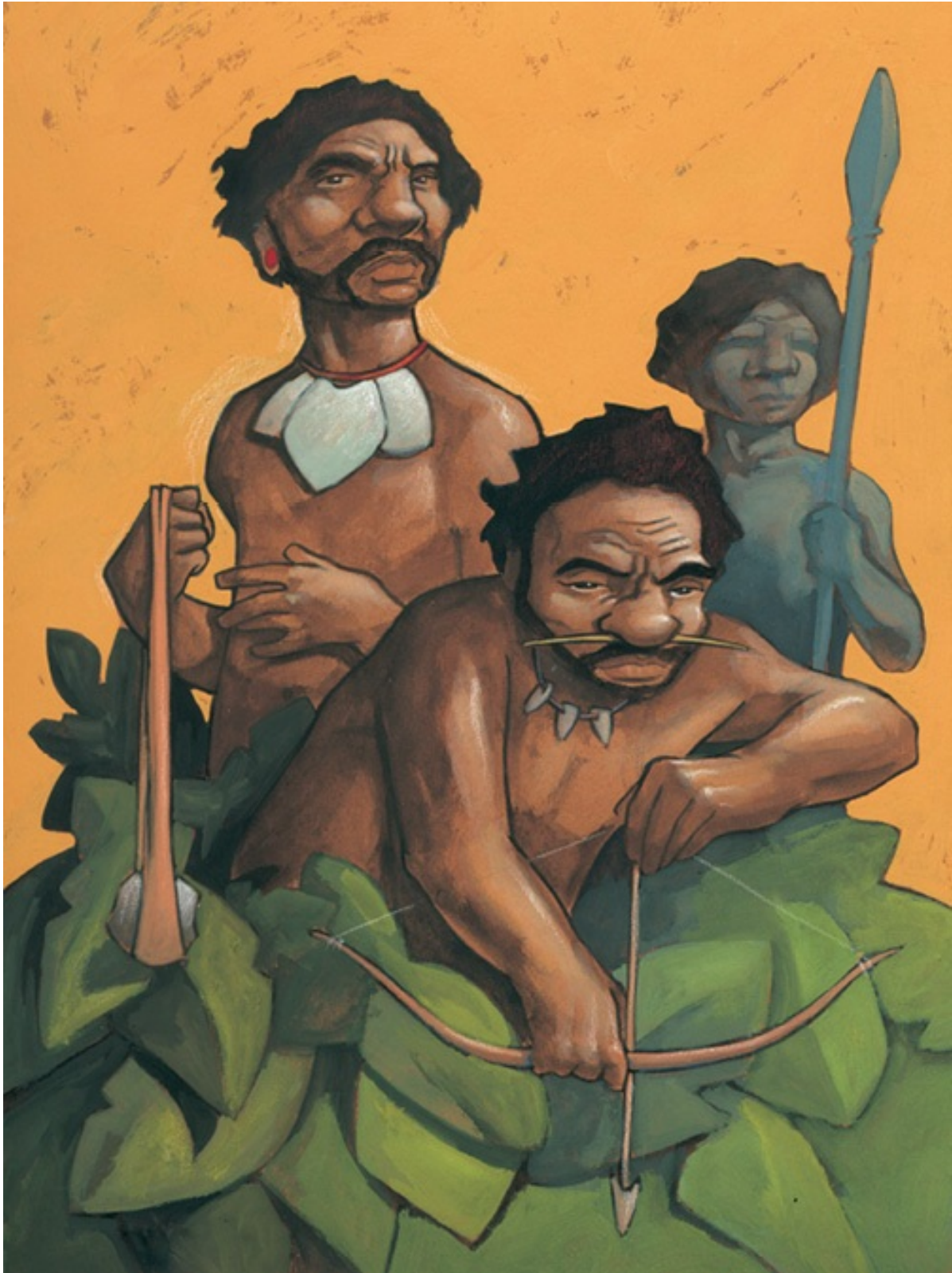
—¡Al bote! —grité, dirigiéndome hacia el mar.

Capítulo XII

El rayo del capitán Nemo

SE IMPONÍA LA RETIRADA, porque una veintena de indígenas, armados con arcos y con hondas, acababa de aparecer a menos de cien pasos de distancia. Los salvajes se acercaban lentamente, pero haciendo las más agresivas demostraciones. Llovían las piedras y las flechas. Ned Land no quiso abandonar las provisiones, y, a pesar de ello, avanzaba hacia la embarcación con bastante rapidez.

A los dos minutos, estábamos remando en el bote. No habíamos ganado suficiente distancia cuando cien salvajes, gritando y gesticulando, se metieron en el agua hasta la cintura. Miré hacia el *Nautilus* por si aparecían en cubierta algunos marineros dispuestos a ayudarnos, pero no había nadie. Veinte minutos más tarde, subíamos a bordo. Las escotillas estaban abiertas y, tras dejar el bote en su lugar, entramos en el *Nautilus*.



Bajé al salón, de donde se escapaban algunos acordes musicales. El capitán Nemo, inclinado sobre el órgano, interpretaba una melodía y parecía ensimismado.

—¡Capitán! —lo llamé.

—¡Ah! ¿Es usted, profesor? ¿Han tenido buena cacería?

—Sí, capitán —respondí—, pero desgraciadamente nos hemos traído detrás una tropa de salvajes, que parecen dispuestos a llegar hasta aquí.

—¡Salvajes! —respondió el capitán Nemo irónicamente—. ¿Y usted se extraña, señor profesor, de haberse encontrado con salvajes? ¡Salvajes! ¿Y dónde no los hay?

—Pero, capitán...

—Por lo que a mí respecta, señor Aronnax, le aseguro que los he encontrado en todas partes.

—Pues bien —le advertí—, si no quiere recibirlos a bordo del *Nautilus*, le aconsejo que tome algunas medidas.

—Tranquilícese usted, señor profesor; no hay motivo para preocuparse.

—Es que los indígenas son numerosos.

—¿Cuántos?

—Un centenar por lo menos.

—Señor Aronnax —afirmó el capitán Nemo, cuyos dedos volvieron a recorrer el teclado del órgano—, aun cuando se reunieran en esta playa miles de indígenas, el *Nautilus* nada tendría que temer de sus ataques.

Subí de nuevo a la plataforma. Ya era de noche. La isla de Gueboroar — que así se llamaba— se distinguía muy confusamente; pero numerosas hogueras encendidas en la playa nos confirmaban que los indígenas estaban allí. A medianoche, viendo que todo estaba tranquilo en la oscura superficie del mar, así como bajo los árboles de la isla, volví a mi camarote y me dormí tranquilamente.

A las seis de la mañana del día siguiente, 8 de enero, ascendí como de costumbre a la plataforma. Empezaba a clarear y no tardé en ver que los indígenas seguían allí, más numerosos que la víspera; quizá serían quinientos o seiscientos. Una veintena de piraguas se aproximaba al *Nautilus* llenas de hombres medio desnudos. Eran de talla atlética, fuertes y robustos, de frente ancha, nariz gruesa, pero no achatada, y dientes blanquísimos. Su cabellera lanosa, teñida de rojo, se destacaba sobre un cuerpo negro y brillante. De los lóbulos de sus orejas, rajados y alargados, colgaban sartas de huesos. En general, iban desnudos. Mezcladas entre ellos, figuraban algunas mujeres. Algunos jefes adornaban su cuello con una media luna y con collares de cuentas rojas y blancas. Casi todos iban armados con arcos, flechas y escudos. Llevaban a la espalda una especie de red llena de piedras redondas, que sus hondas lanzaban con habilidad.

Las piraguas se acercaron más al *Nautilus*, sobre el cual cayó una nube de flechas.

—Hay que prevenir al capitán Nemo —dije, introduciéndome por la escotilla y bajando a toda prisa en su busca.

—¡Ah! —repuso tranquilamente el capitán Nemo—. ¿Nos han abordado con sus piraguas?

—Sí, señor.

—Pues bien, basta con cerrar las escotillas.

Y oprimiendo un botón eléctrico, transmitió una orden a la tripulación.

—Ya está —me dijo, pasados unos instantes—. El bote está en su sitio y las escotillas cerradas. ¿Supongo que no temerá que puedan con nuestro barco cuando no pudieron con él los proyectiles de la fragata *Abraham Lincoln*?

A la mañana siguiente, las escotillas continuaban cerradas. No se había renovado, por tanto, el aire del interior y era necesario abrirlas. Fuera se escuchaba el griterío de los salvajes. Esperamos hasta las dos y media de la tarde. Diez minutos más tarde, la marea alcanzaría su altura máxima. No tardaron en producirse ciertos movimientos y en oírse los chirridos de metal del casco del barco al resbalar por las asperezas del fondo coralino. A las dos y treinta y cinco minutos, se presentó el capitán Nemo en el salón.

Ambos nos dirigimos hacia la escalera central. Ned Land y Conseil estaban allí, muy intrigados al ver que varios tripulantes abrían las escotillas. Inmediatamente, asomaron por el hueco veinte caras horribles. Pero el primer indígena que apoyó la mano en la barandilla de la escalera fue rechazado hacia atrás por una desconocida fuerza invisible, huyó lanzando alaridos y haciendo estrambóticas contorsiones. Diez de sus compañeros lo imitaron, sufriendo idéntica suerte. Conseil estaba asombrado. Ned Land, impulsado por sus instintos, se precipitó hacia la escalera, pero al agarrarse a la barandilla con ambos manos fue derribado también.

—¡Voto a Satanás! —exclamó.

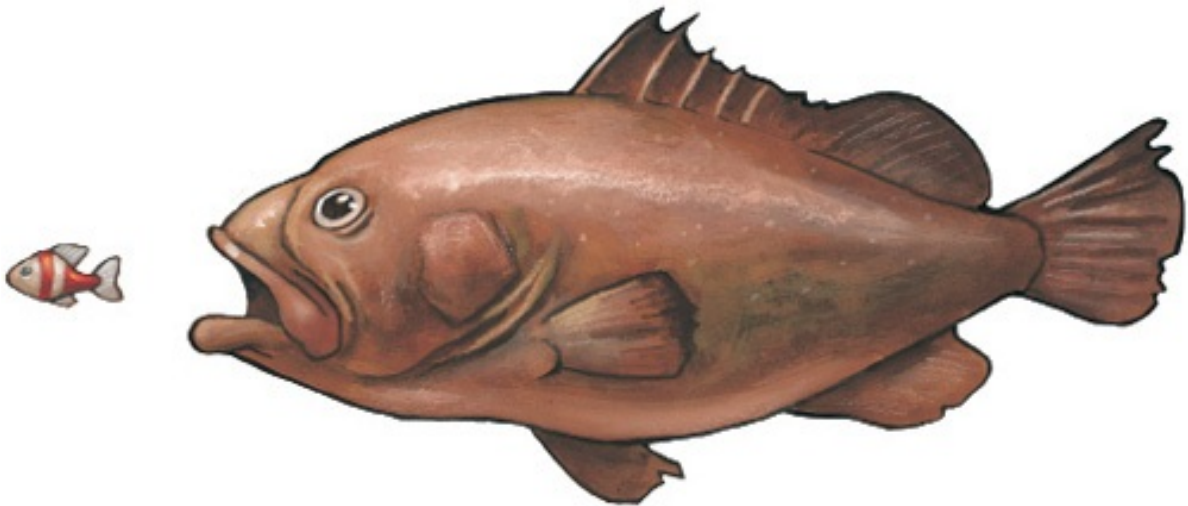
Esta palabra me dio la clave del misterio. La barandilla no era tal barandilla, sino un cable metálico cargado de electricidad y unido a la plataforma. Quien lo tocaba sufría una sacudida formidable, que habría sido mortal si el capitán Nemo hubiese cargado sobre aquel hilo conductor toda la corriente de sus aparatos. Realmente, puede decirse que, entre sus asaltantes y él, había tendido una red eléctrica que nadie podía saltar tranquilamente.

Mientras, los indígenas se habían ido, enloquecidos por el terror. Nosotros nos sentimos aliviados. En aquel momento, el *Nautilus*, elevado por las últimas olas de la marea, se separó del fondo de coral en el mismo minuto que

había anunciado el capitán. Su hélice batió las aguas con majestuosa lentitud. Luego aumentó poco a poco su velocidad, y, deslizándose sobre la superficie del océano, abandonó, sano y salvo, el estrecho de Torres.

Al día siguiente, 10 de enero, el *Nautilus* siguió su marcha entre dos aguas con una velocidad no inferior a treinta y cinco millas por hora. Era tal la rapidez de su hélice que no podían seguirse sus revoluciones ni contarlas. El *Nautilus* se encaminó hacia el océano Índico. ¿Se aproximaría el capitán Nemo a las costas de Asia? ¿Iríamos después a Europa?

Con estas dudas marchábamos, atraídos incesantemente por nuevas maravillas. Conseil contemplaba y clasificaba todos los animales que veía por las escotillas del salón, abiertas casi permanentemente. Aquella existencia nos parecía natural, y ya no nos imaginábamos que no existiese una vida diferente en la superficie del globo terráqueo.



Segunda parte



Capítulo I

El océano Índico

EL DÍA 21 DE ENERO de 1868 bajé al salón cuando el *Nautilus* se preparaba para reanudar su marcha submarina. Estábamos en el océano Índico, cuyas aguas son tan transparentes que pueden producir vértigo a quien se asoma a ellas. A una profundidad de entre cien y doscientos metros navegamos durante varios días. La salud de todos se mantenía en un estado sumamente satisfactorio. El régimen de a bordo nos sentaba bien. Además, en aquella temperatura constante no había que temer ni un simple resfriado.

Durante días, vimos gran cantidad de aves acuáticas que nos proporcionaron platos muy buenos. Las redes del *Nautilus* nos aportaron varias clases de tortugas marinas, del género carey, cuya carne no es buena, pero sus huevos son un manjar exquisito.

En cuanto a los peces, provocaban nuestra admiración cuando sorprendíamos, a través de los cristales de nuestro observatorio, los secretos de su vida acuática. Acompañaban al *Nautilus* atraídos por sus resplandores eléctricos, pero no podían competir con la velocidad del barco.

—Territorio civilizado —me dijo aquel día Ned Land—. Esto ya es mejor que las islas de la Papuasía, donde abundan más los salvajes que la caza. ¿No le parece a usted que ha llegado el momento de abandonar al capitán Nemo?

—No, amigo Ned —respondí en tono resuelto—. Vayamos capeando el temporal, como dicen ustedes los marinos. El *Nautilus* se acerca a continentes habitados. Puesto que se dirige hacia Europa, dejémonos conducir a ella y, una vez en nuestros mares, ya veremos lo que la prudencia nos aconseja intentar. Por otra parte, no es de suponer que el capitán Nemo nos permitiera ir a cazar otra vez a islas cercanas.

—¿Y qué? ¿No podemos prescindir de su permiso?

No contesté al canadiense. En realidad, me interesaba vivamente agotar hasta el fin nuestro viaje a bordo del *Nautilus*.

El 28 de febrero, cuando el *Nautilus* emergió al mediodía, aparecimos frente a una costa que quedaba a unas ocho millas al oeste. Lo primero que vi fue un conjunto de montañas que tenían formas caprichosas. Al regresar al

salón y anotar la situación en la carta, observé que nos encontrábamos ante la isla de Ceilán. En la biblioteca encontré algún libro relativo a esta isla, una de las más fértiles del globo.

—La isla de Ceilán es famosa por sus pesquerías de perlas —me dijo el capitán Nemo, que me encontró en la biblioteca hojeando libros que hablaban de la isla—. ¿Le gustaría, señor Aronnax, visitar alguna de ellas?



—Sin duda, capitán.

—Pues nada más fácil —dijo, y dio orden de dirigirnos al golfo de

Mansar. Luego, continuó hablándome—. Señor profesor, se pescan perlas en el golfo de Bengala, en el mar de las Indias, en los mares de China y del Japón, en los mares del Sur de América, en el golfo de Panamá y en el golfo de California, pero es en Ceilán donde se obtienen los mejores resultados. Llegamos un poco pronto, es cierto. Los pescadores solamente se reúnen en el golfo de Mansar durante el mes de marzo, y allí, a lo largo de treinta días, sus trescientos barcos practican la explotación de esos tesoros del mar. Cada barco cuenta con diez remeros y diez pescadores. Estos, divididos en dos grupos, se sumergen alternativamente y descienden a una profundidad media de doce metros.

—Me parece que la escafandra que usted utiliza sería de gran provecho en semejante operación —contesté yo.

—Sí, pues esos pescadores no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua. Los pobres, al subir a la superficie, expulsan por los oídos y la nariz agua teñida de sangre. Creo que el promedio de tiempo que pueden aguantar es de treinta segundos, durante los cuales se apresuran a introducir en una red cuantas madreperlas consiguen arrancar. Por lo general, esos pescadores no llegan a viejos, la vista se les debilita, se les ulceran los ojos y tienen el cuerpo plagado de heridas; a menudo, incluso sufren ataques en el fondo del mar.

—Sí. Es un oficio muy penoso y que solo sirve para dar satisfacción a algunos caprichos —dije, reflexionando sobre si valía la pena lucir esas joyas.

—A propósito, señor Aronnax, imagino que no tendrá usted miedo a los tiburones.

—¿Hay tiburones? —pregunté, asombrado—. Tengo que confesarle, capitán, que todavía no estoy muy familiarizado con ese tipo de peces.

—Nosotros ya estamos acostumbrados —replicó el capitán Nemo—, y con el tiempo ustedes también se acostumbrarán. Hasta mañana, señor profesor..., y procure estar preparado bien temprano.

Y dicho esto, en tono decidido, el capitán abandonó el salón, mientras yo me pasé la mano por la frente, de la que brotaban gotas de sudor frío.

«¡Bueno! —pensé—. Conseil no querrá venir, de ningún modo». En cuanto a Ned Land, confieso que no me sentía tan seguro de su prudencia. A los pocos momentos, entraron Conseil y el canadiense. Los invité, en nombre del capitán, a visitar las pesquerías de perlas, y con un tono que intenté fuera de lo más despreocupado, dije:

—Y a propósito, intrépido Ned, ¿le asustan a usted los tiburones?

—¡A mí! —contestó el canadiense—. ¡A un arponero de profesión! ¡Si mi misión consiste en burlarse de ellos!

—No se trata —repliqué— de capturarlos con anzuelo y subirlos a la cubierta del barco.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De encontrárselos en el agua.

—¡Qué diablos! ¡Con un buen arpón!

—Y tú, Conseil, ¿qué piensas de los tiburones?

—Pues... que si el señor afronta los tiburones, no hay razón para que su fiel criado no afronte con él los mismos riesgos.

Al llegar la noche, me tumbé en mi cama. En mis sueños, los tiburones tuvieron un papel importante y despertaron en mi mente trágicos pensamientos. A las cuatro de la mañana me despertó el camarero que el capitán Nemo había puesto a mi servicio. Me levanté obedeciendo su señal, me vestí con rapidez y me dirigí al salón. El capitán Nemo me aguardaba.

—¿Y mis compañeros, capitán?

—Ya están preparados y nos esperan.



Capítulo II

Una perla de diez millones

AÚN ERA NOCHE CERRADA. Las nubes cubrían el cielo y solo dejaban ver unas pocas estrellas. Yo miraba hacia tierra, pero no veía más que una línea en el horizonte. Bajo las aguas oscuras, se extendía el banco de madreperlas. Íbamos en el bote porque debíamos acercarnos más a la costa.

Hacia las cinco y media de la mañana, empezó a clarear y a la seis se hizo de día de pronto, con esa rapidez particular de las regiones tropicales que no conocen ni la aurora ni el crepúsculo. El capitán Nemo se había levantado de su banco y observaba el mar.

—Ya hemos llegado, señor Aronnax —dijo entonces el capitán Nemo—. Aquí mismo, dentro de un mes, se reunirán los numerosos pesqueros y en estas mismas aguas se sumergirán sus buzos para buscar las perlas. Ahora, vamos a ponernos las escafandras y empezaremos nuestra excursión.

Yo no respondí nada y comencé a enfundarme mi pesado traje de buzo. El capitán Nemo y mis dos compañeros también se vestían. Ninguno de los hombres del *Nautilus* nos acompañarían. Nos ciñeron en el cinturón unos cuchillos. Ned Land llevaba, además, un arpón. El capitán Nemo nos hizo un signo con la mano; le seguimos, y desaparecimos bajo las olas.

El sol filtraba ya bajo las aguas una suficiente claridad que hacía que se vieran los objetos más pequeños. Después de andar diez minutos, nos cubrían cinco metros de agua y el terreno era casi plano. El suelo variaba poco a poco. A la fina arena sucedió un camino de peñascos redondeados, donde había abundantes cangrejos. A eso de las siete, alcanzamos el banco de madreperlas, en el que se reproducían por millones las ostras perleras.

De pronto, se abrió ante nosotros una vasta gruta abierta en una pintoresca montaña de peñascos tapizados de vistosa flora submarina. Entramos en ella y, al poco rato, el capitán Nemo se detuvo y nos indicó con un ademán una concha enorme, una pila capaz de contener un lago de agua bendita, porque su anchura sobrepasaba los dos metros. Me acerqué al fenomenal molusco. Sus dos valvas estaban entreabiertas. Allí, entre los pliegues carnosos, vi una perla libre, cuyo tamaño igualaba a una nuez. Impulsado por la curiosidad, alargué

la mano para cogerla, para tocarla, pero el capitán me detuvo, y dejó que las dos valvas se cerraran.

Terminada la visita a la gruta, remontamos por donde habíamos venido. Marchábamos tranquilamente, como paseando. En un momento, el capitán Nemo se detuvo súbitamente. Con un gesto nos ordenó que nos quedáramos junto a él. Su mano indicó un punto de la masa líquida.

A cinco metros de mí apareció una sombra que descendió hasta el suelo. La idea de los tiburones volvió a cruzar por mi mente; pero pronto me convencí de que no se trataba de uno de esos monstruos, sino de un pescador, un pobre diablo, sin duda, que se dedicaba a recoger ostras, anticipándose a la recolección. Se veía la quilla de su bote a pocos pies sobre su cabeza. El individuo llevaba una piedra sujeta entre los pies, que le servía para descender más rápidamente al fondo del mar; el otro extremo de la cuerda estaba unido a su embarcación. Llegado al suelo, a unos cinco metros de profundidad, llenaba su saco de madreperlas. Luego, remontaba, vaciaba el saco, tiraba de la piedra y la sacaba, volvía a cogerla entre los pies y se tiraba de nuevo al agua; toda esta operación no se prolongaba más allá de treinta segundos.

De pronto, el hombre, arrodillado en aquel momento en el suelo, hizo un gesto de terror y se abalanzó a la cuerda, para trepar por ella a la superficie. Comprendí su espanto. Una sombra gigantesca se acercaba. Era un tiburón de gran tamaño que avanzaba diagonalmente con la boca abierta. Quedé mudo de miedo, imposibilitado para moverme. El voraz animal, dando un vigoroso coletazo, se lanzó sobre el pescador, que se desplazó a un lado, evitando así la dentellada del tiburón pero no el coletazo, que lo alcanzó en el pecho y lo derribó.

La escena duró unos segundos. El tiburón repitió su ataque, pero el capitán Nemo, que estaba junto a mí, se levantó rápidamente y, empuñando su cuchillo, se fue derecho al monstruo, dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo con él. El tiburón, en el momento de ir a destrozar al infortunado pescador, vio a su nuevo enemigo y lo embistió rápidamente. Aún me parece ver al capitán Nemo. Esperó al animal y, en el momento en que este lo acometía, se desvió con asombrosa rapidez, evitó el golpe y le hundió el cuchillo en su vientre. El tiburón rugió. La sangre manaba a borbotones de su herida. El mar se tiñó de rojo y no pude ver nada más. Nada más, hasta que distinguí al valiente capitán, cogido a una de sus aletas, librando un desigual combate con él y acribillando a cuchilladas el vientre de su enemigo, pero sin lograr asestarle el golpe definitivo, es decir, alcanzarle de pleno en el corazón.

Habría deseado correr en auxilio del capitán, pero, clavado por el horror, no podía moverme. El capitán cayó, abrumado por la enorme mole que pesaba sobre él. La boca del animal se abrió desmesuradamente, y habría sonado la última hora del capitán Nemo si Ned Land, veloz como el rayo y esgrimiendo su arpón, no se hubiera precipitado sobre el monstruo, y lo hubiera herido. No había errado el blanco. El animal, alcanzado en el corazón, se revolvía en espantosas convulsiones.



Ned Land había salvado al capitán. Este se levantó, sin lesión alguna, se fue directamente al pescador, lo tomó en sus brazos y, de un fuerte talonazo, remontó a la superficie del mar. Nosotros lo seguimos, y a los pocos instantes nos encontramos en la embarcación del pescador, milagrosamente salvado. El primer cuidado del capitán Nemo fue volver a la vida al desgraciado. Gracias a las fricciones de Conseil y del capitán, el ahogado fue recobrando el conocimiento y abrió los ojos. ¡Cuál no debió ser su sorpresa, hasta su pánico, al ver las cuatro cabezotas de bronce inclinadas sobre él! Y, sobre todo, ¿qué pensaría cuando el capitán Nemo, sacando de un bolsillo de su ropa un saquito de perlas, lo depositó en su mano? El magnífico regalo del hombre de las aguas al pescador de Ceilán fue aceptado con mano temblorosa, pero su mirada indicaba que ignoraba a qué seres sobrenaturales debía la fortuna y la vida.

A una señal del capitán, regresamos. Una vez embarcados, cada cual se despojó de su indumentaria.

Las primeras palabras del capitán fueron para el canadiense.

—Gracias, bravo Land —le dijo.

—Tenía una deuda, capitán —contestó Ned—; se lo debía.

El capitán sonrió.

—¡Al *Nautilus*! —ordenó.

A las ocho y media, estábamos de regreso a bordo del *Nautilus*. Dos imágenes se me habían quedado grabadas en la mente: la audacia del capitán Nemo y su piedad por un pobre ser humano. Por más que dijera, aquel hombre excepcional no había logrado aún matar por completo su propio corazón.

Capítulo III

El mar Rojo

LA ISLA DE CEILÁN DESAPARECIÓ en el horizonte el día 29 de enero, y el *Nautilus* puso rumbo a la península arábiga. El capitán Nemo me explicó que su idea era llegar al mar de Omán, entre Arabia y la península índica. Desde allí continuaríamos hacia el mar Rojo, a través del estrecho de Bab el-Mandeb, que en árabe significa «La puerta de las lágrimas». Habíamos recorrido hasta aquel momento dieciséis mil doscientas veinte millas desde nuestro punto de partida, en el mar del Japón.

Ned Land estaba nervioso. Deseaba fervientemente llegar a las costas de Europa.

—¿Sabe usted, señor Aronnax, que pronto hará tres meses que estamos prisioneros a bordo del *Nautilus*?

—No, Ned, ni lo sé ni quiero saberlo y tampoco cuento los días ni las horas. Procure distraerse y admire todas estas bellezas.

El 9 de febrero, el *Nautilus* flotaba en la parte más ancha del mar Rojo. Al mediodía, el capitán Nemo subió a la plataforma. Me prometí no dejarle bajar hasta averiguar cuáles eran sus proyectos. Apenas me vio, avanzó hacia mí.

—¿Qué tal, señor profesor? ¿Le gusta el mar Rojo? ¿Ha observado usted detenidamente sus maravillas, sus peces, sus jardines de esponjas y sus bosques de coral? ¿Ha contemplado usted las ruinas de las majestuosas ciudades de sus orillas?

—Sí, capitán —le contesté—. El *Nautilus* es muy instructivo para todos estos estudios.

—Sí, señor; instructivo, audaz e indestructible. No teme ni las tempestades del mar Rojo ni sus corrientes ni sus escollos.

—Es cierto —asentí—; este mar se cita entre los peores, y creo que su nombre era detestable en la antigüedad.

—Detestable, señor Aronnax. Los historiadores árabes cuentan que nadie se aventuraba a navegar por él. Griegos y romanos lo presentan como un mar con espantosos huracanes y sembrado de islas inhospitalarias. Y este mar fue el que se tragó al ejército del faraón cuando perseguía a los israelitas^[13].

—He leído que entonces sus aguas se tiñeron de rojo, y de ahí su nombre —dije yo.

—Esas son razones de poeta que no pueden convencerlo —me contestó—. A mi juicio, se debe a la coloración especial de sus aguas por la presencia de un alga microscópica. Cuando nos sumerjamos para continuar, verá que cada vez es más rojo.

—¿Cómo continuar? ¿No tendremos que dar la vuelta, puesto que el canal de Suez^[14] no está todavía abierto? ¿Cómo llegaremos al Mediterráneo?

—Desgraciadamente, no puedo conducirlo a través de ese canal de Suez; pero, de todas maneras, pasado mañana estaremos en el Mediterráneo.

—¿Cómo será posible navegar pasado mañana en aguas del Mediterráneo después de dar la vuelta a África y doblar el cabo de Buena Esperanza?

—¿Y quién le ha dicho que he de dar la vuelta a África, doblando por el cabo de Buena Esperanza?

—Pues, a no ser que el *Nautilus* navegue por tierra firme y pase por encima del istmo...

—O por debajo, señor Aronnax.

—¿Por debajo?

—Por supuesto —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. La naturaleza ha hecho en esta lengua de tierra lo que su compatriota Lesseps está haciendo actualmente en su superficie.

—¿Qué? ¿Hay un paso?

—Sí, un paso subterráneo por debajo del canal de Suez.

—Lo oigo a usted, capitán, y me resisto a dar crédito a mis oídos.

—¡Ah! ¡Señor Aronnax! Le aseguro que no solo existe ese paso, sino que lo he utilizado en diferentes ocasiones.

—¿Sería indiscreto preguntarle cómo descubrió ese túnel?

—Realmente —me contestó—, no hay por qué guardar el secreto entre personas que no han de separarse nunca.

Sin darme por aludido con la insinuación, esperé el relato.

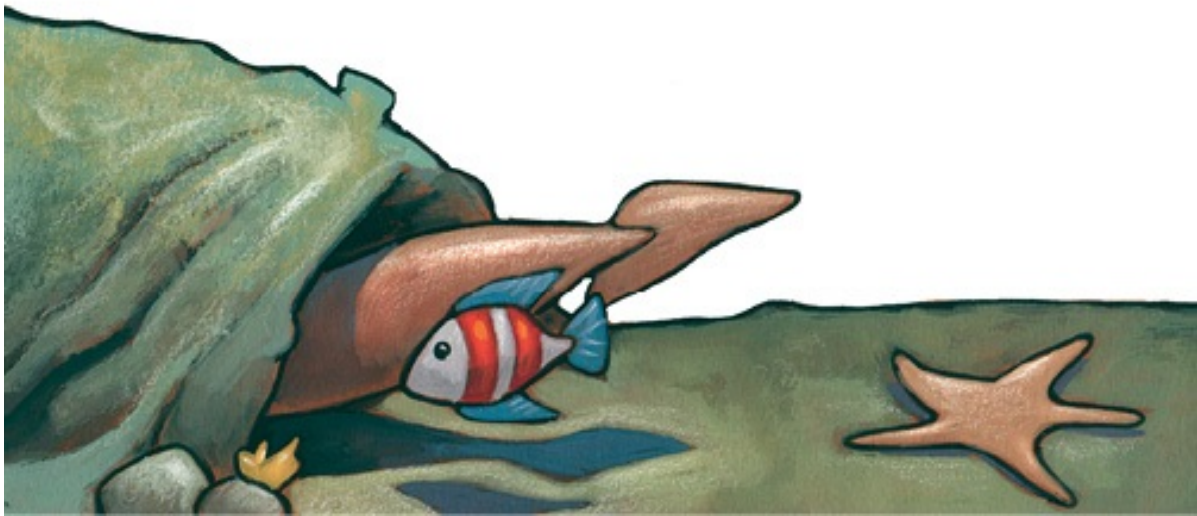
—El descubrimiento de ese paso me lo sugirió un sencillo razonamiento de naturalista. Había observado que en el mar Rojo y en el Mediterráneo muchas especies de peces eran las mismas. Así pues, tenía que haber comunicación entre ellos y sería del mar Rojo al Mediterráneo, dada la diferencia de nivel entre uno y otro. Recogí una gran cantidad de peces en el mar Rojo, les puse un anillo de metal en la cola y los arrojé nuevamente al mar. Unos meses más tarde, en el Mediterráneo, volví a ver varios ejemplares de mis peces adornados con el anillo indicador. La comunicación entre los

dos mares estaba, pues, plenamente demostrada. La busqué, la descubrí, y muy pronto, señor Aronnax, entrará usted en mi túnel arábigo.

Aquel mismo día conté a Conseil y a Ned Land la parte de esta conversación que a ellos podía interesar. Conseil se alegró, pero el canadiense se limitó a encogerse de hombros.

—¡Un túnel submarino! ¿Quién puede creerlo? ¡Nadie!

—Amigo Ned —contestó Conseil—, ¿había oído usted hablar del *Nautilus*? ¡No! Y, sin embargo, existe. No rechace las cosas con el pretexto de que no ha oído hablar nunca de ellas.



Capítulo IV

Un túnel submarino

AL DÍA SIGUIENTE, REANUDAMOS la navegación submarina; al mediodía, el mar estaba desierto y el *Nautilus* emergió hasta su línea de flotación. Acompañado de Conseil y de Ned, fui a sentarme sobre la plataforma.

La costa oriental se mostraba como una masa apenas visible en una húmeda niebla. Apoyados en el bote, hablábamos un poco de todo, cuando Ned Land, tendiendo su mano hacia un punto del mar, me dijo:

—¿No ve usted algo allí, señor Aronnax?

—No, amigo Ned —le contesté—; pero ya sabe que mi vista no es tan buena como la suya.

—¡Mire usted bien! —insistió el canadiense—. ¡A lo lejos y un poco a estribor! ¿No ve una masa que parece moverse?

—En efecto —confirmé, después de una detenida observación—; veo como un largo cuerpo negruzco en la superficie.

—¿Otro *Nautilus*? —preguntó Conseil.

—No —contestó Ned Land—; o mucho me equivoco, o eso es un animal marino.

—¿Hay ballenas en el mar Rojo? —inquirió Conseil.

—Suelen encontrarse algunas —le respondí.

—Eso no es una ballena —replicó Ned, que no perdía de vista el objeto señalado—. Las ballenas y yo nos conocemos de antiguo y no podría confundirme con respecto a su apariencia.

—Esperemos —dijo Conseil—. Pronto lo sabremos.

En efecto, al poco rato, el objeto negruzco estuvo a una milla de nosotros. Parecía un gran escollo embarrancando en alta mar.

—¡Anda! —dijo el canadiense—; ¡ahora se tumba panza arriba y echa sus pechos al aire!

—Es una sirena —agregó Conseil—. Una verdadera sirena, salvo la opinión del señor.

El nombre de sirena me orientó, y me hizo comprender que aquel animal pertenecía a ese orden de seres de los que la fábula ha creado las sirenas,

mitad mujeres y mitad peces.

—No —dije a Conseil—; no es una sirena, sino un curioso animal, del que apenas quedan algunos ejemplares en el mar Rojo. Es un dugongo.

Ned Land seguía mirando. Sus ojos brillaban de codicia a la vista del animal. Habríase dicho que esperaba el momento de lanzarse al mar para atacarlo en su elemento. En aquel instante, se presentó el capitán Nemo. Al ver el dugongo, comprendió la actitud del canadiense y, yendo hacia él, preguntó:

—¿Verdad que, si tuviera usted un arpón, no se le escaparía de la mano?

—Cierto, mi capitán.

—¿Le disgustaría reanudar por un día sus tareas de pescador y añadir ese cetáceo a la lista de sus víctimas?

—¡Qué habría de disgustarme!

—Pues bien; puede usted intentarlo.

—¡Gracias, mi capitán! —le respondió Ned Land.

—Lo único que le advierto —prosiguió el capitán—, y en su propio bien, es que más vale que no falle el golpe.

—¿Es que ofrece algún peligro? —pregunté yo.

—En ciertas ocasiones —contestó el capitán—, el animal se revuelve contra sus asaltantes y hace zozobrar^[15] su embarcación. Si le recomiendo que afine la puntería, es porque el dugongo está justamente considerado como un exquisito manjar y sé que a Ned Land le gustan los bocados exquisitos.

—¡Ah! —repuso el canadiense—. ¿De modo que ese animal se permite también el lujo de ser un plato selecto?

—Sí, estimado Land. Su carne, verdadera carne, es muy apreciada. Esto ha hecho que se persiga tan encarnizadamente a esos animales, que escasean cada vez más, en lugar de protegerlos.

—En interés de la ciencia, tal vez —replicó el canadiense—, pero, en interés de la cocina, vale más darle caza.

—¡Pues manos a la obra! —dijo el capitán Nemo.

En el acto subieron a la plataforma siete marineros de la tripulación, mudos e impasibles como siempre. Uno de ellos llevaba un arpón y una cuerda, iguales a los que usan los pescadores de ballenas. El bote fue lanzado al mar. Seis remeros se colocaron en sus bancos. Ned, Conseil y yo nos sentamos a popa.

—¿No viene, capitán? —pregunté.

—No, señor, pero les deseo una buena caza.

El bote desatracó y, empujado por los seis remeros, se dirigió rápidamente hacia el dugongo. Ned Land, con su arpón en la mano, fue a situarse, en pie, a la proa del bote. El arpón que se utiliza para la pesca de la ballena va unido a una larguísima cuerda, que se desenrolla rápidamente cuando el animal herido la arrastra consigo. Pero, en este caso, la cuerda iba atada a un barrilito que debía hacer las veces de boya e indicar la marcha del dugongo bajo las aguas. Ned Land, con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, agitaba su arpón con la mano.



De repente, se oyó un silbido, y el dugongo desapareció. Sin duda, el arpón, lanzado con fuerza, había dado en el agua.

—¡Por mil demonios! —gritó el canadiense, enfurecido—. ¡No le he acertado!

—Sí —dije yo—, el animal está herido, mire su sangre, pero el arpón no se ha quedado clavado en el cuerpo.

—¡Mi arpón! ¡Mi arpón! —gritaba Ned Land.

Los marineros volvieron a remar, y el patrón digirió el bote hacia el barrilito flotante. Tras recuperar el arpón, el bote se lanzó a perseguir al animal.

Este emergía cada cierto tiempo para respirar. Su herida no lo había debilitado. En diferentes ocasiones, se acercó a pocas brazas, y el canadiense se preparó; pero el dugongo lo evitaba, y era imposible alcanzarlo.

Se lo persiguió durante una hora, y ya comenzaba a convencerme de que sería muy difícil su captura, cuando pareció que una idea de venganza dominaba al animal. Hizo frente a la embarcación con idea de asaltarla.

La maniobra no pasó inadvertida para el canadiense.

—¡Atención! —gritó.

El patrón pronunció unas cuantas palabras en su estrambótica lengua, sin duda para prevenir a sus hombres.

El dugongo, al llegar a veinte pies de la nave, se detuvo, aspiró bruscamente el aire con sus vastas narices, abiertas, no en el extremo, sino en la parte superior del hocico. Luego, tomando impulso, se precipitó sobre nosotros.

El bote no pudo impedir el choque; medio volcado, se llenó de agua, y, gracias a la habilidad del patrón, no zozobró. Ned Land acribillaba a arponazos al gigantesco animal, que, con sus dientes incrustados en la borda, zarandeaba y levantaba en vilo la embarcación como un león podría hacerlo con un cervatillo. No sé cómo habría terminado la aventura si el canadiense no hubiera logrado alcanzarlo en el corazón.

Oí rechinar los dientes en el casco metálico, y el dugongo desapareció, arrastrando consigo el arpón. El barril volvió enseguida a la superficie, y poco después reapareció el cuerpo del animal. La lancha lo remolcó y se dirigió hacia el *Nautilus*. Fue trabajosa la operación de izarlo y colocarlo en la plataforma del barco porque pesaba cinco mil kilos. Aquel mismo día, el camarero me sirvió en la comida unas lonchas de aquella carne. La encontré excelente y hasta superior a la de ternera.

Al día siguiente, 11 de febrero, la despensa del *Nautilus* se enriqueció con una nueva y delicada caza; una bandada de golondrinas marinas que cayó

sobre la embarcación. También cogimos unas docenas de patos del Nilo, exquisitas aves silvestres.

La velocidad del *Nautilus* era moderada. Hacia las cinco de la tarde, penetró en el canal de Suez. Luego, llegó la noche. De ocho a nueve, el *Nautilus* permaneció zambullido a unos cuantos metros. Debíamos de estar muy cerca del túnel. A través de la galería de cristales del salón, se veían macizos de rocas iluminadas por nuestra luz eléctrica, y me pareció que la distancia entre los bordes del estrecho se iba reduciendo. A las nueve y cuarto, el navío volvió a la superficie. Impaciente, subí a la plataforma a respirar el aire fresco de la noche. Al poco rato, brillaron en la sombra, a una milla, unos pálidos destellos.

—Es el faro flotante de Suez —dijo el capitán junto a mí—. No tardaremos en llegar a la entrada del túnel.

—No debe de ser fácil entrar, ¿verdad?

—No, señor. Por eso acostumbro a trasladarme a la cabina del timonel para dirigir personalmente la maniobra. Y ahora, señor Aronnax, ¿le gustaría acompañarme?

—No me atrevía a proponérselo —contesté.

—Venga. Así, verá todo cuanto es posible ver.

El capitán me condujo hacia la cabina del piloto, instalada en el extremo de la plataforma. Era una cabina pequeña. Cuatro ojos de buey de cristales circulares, instalados en las paredes, permitían al timonel ver en todas las direcciones. La cabina estaba a oscuras, pero no tardé en acostumbrarme a la oscuridad. Fuera, el mar parecía intensamente iluminado por el foco de nuestro navío. Comenzamos a sumergirnos.

Yo miraba en silencio la alta y muy empinada muralla junto a la que pasábamos en ese momento, firme base del macizo arenoso de la costa. A un simple gesto del capitán, el timonel modificaba constantemente la dirección del *Nautilus*. A las diez y cuarto, el propio capitán Nemo se hizo cargo del timón. Una galería, negra y profunda, se abrió ante nosotros. El *Nautilus* se adentró por ella audazmente. A los lados se dejó oír un ruido raro. Eran las aguas del mar Rojo que la inclinación del túnel precipitaba hacia el Mediterráneo. El *Nautilus* seguía el torrente, rápido como una flecha.

Capítulo V

El Mediterráneo en cuarenta y ocho horas

A LAS DIEZ Y TREINTA Y cinco minutos, el capitán Nemo, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¡El Mediterráneo!

En menos de veinte minutos, el *Nautilus* acababa de atravesar el istmo de Suez. Aquel túnel, fácil de descender, debía de ser casi imposible de remontar.

El *Nautilus* emergió al amanecer del 12 de febrero. Ned y Conseil subieron conmigo a la plataforma. Serían las siete.

—Buenos días, amigo naturalista... ¿Y el Mediterráneo? —me preguntó en tono burlón el canadiense.

—Estamos en él —le contesté seriamente.

—¿Qué? —exclamó Conseil—. ¿Esta misma noche...?

—Sí, esta misma noche, en unos cuantos minutos, hemos salvado este istmo infranqueable.

—Bien —dijo, después de mirar atentamente—, entonces, vamos a hablar de nuestras cosas, por favor, pero de manera que nadie nos pueda oír.

Comprendí claramente adónde quería ir a parar.

—Amigo Ned —le repliqué—, contésteme francamente. ¿Se aburre usted a bordo? ¿Lamenta usted que el destino le haya hecho caer en las manos del capitán Nemo?

—Con franqueza —respondió—, no me encuentro a disgusto en este viaje submarino. Estoy satisfecho de haberlo realizado; pero es preciso terminarlo. Tal es mi manera de pensar.

—Ya terminará, amigo Ned.

—Supongamos —prosiguió Ned— que el capitán le ofreciera hoy mismo la libertad. ¿Aceptaría usted?

—No sé —contesté.

—¿Y qué piensa de todo esto el amigo Conseil? —preguntó el canadiense.

—El amigo Conseil —contestó tranquilamente el muchacho— no tiene nada que decir. Ve la cuestión desapasionadamente. Como su señor, y como su camarada Ned, es soltero. No tiene mujer, hijos ni padres que lo esperen. Está al servicio del señor, pero manifiesta a su amigo que no cuente con él para constituir una mayoría. Quedan tan solo dos personas: el señor de una parte, y Ned Land de otra. Y dicho esto, el amigo Conseil se dispone a escuchar y a levantar acta.

—Solo he de formular una observación —añadí—, una sola. Es preciso que nuestra primera tentativa de fuga sea definitiva; porque, si no sale bien, no encontraremos ya oportunidad para repetirla y el capitán Nemo no nos perdonará.

—Todo eso es muy acertado —contestó el canadiense—. Lo tendré en cuenta, señor Aronnax.

Al siguiente día, 14 de febrero, decidí emplear algunas horas en el estudio de los peces del mar Egeo. En el salón, me encontré con el capitán Nemo, que me pareció preocupado y pensativo. Por las escotillas del salón, se dedicó a observar atentamente las aguas. Mi mirada estaba fija en aquellas maravillas del mar, cuando surgió una aparición inesperada. Entre las aguas, surgió un hombre de cuya cintura pendía una bolsa de cuero. Era un hombre que nadaba vigorosamente, desaparecía para ir a respirar a la superficie y se zambullía, casi en el acto.

Me volví hacia el capitán Nemo, y exclamé.

—¡Un hombre! ¡Un naufrago!... ¡Hay que salvarlo!

El capitán, sin contestarme, se acercó y apoyó su mano en el cristal. El nadador se aproximó a su vez y, pegando su cara a la claraboya, nos miró. Para mi sorpresa, el capitán Nemo le hizo un signo. El buzo le contestó con la mano, se remontó a la superficie y no reapareció.

—No se inquiete —dijo el capitán—. Es un viejo conocido.

Y sin decir nada más, el capitán Nemo se dirigió a un arcón reforzado con abrazaderas de hierro, cuya tapa mostraba, en una placa de bronce, la divisa del *Nautilus: Mobilis in mobili*, y lo abrió. Contenía un gran número de lingotes de oro. Luego, lo cerró y escribió en la tapa una dirección, en caracteres que debían pertenecer al griego moderno. Hecho esto, pulsó un botón. Acudieron enseguida cuatro tripulantes, que sacaron el arcón de la sala, no sin trabajo.

El capitán Nemo se volvió hacia mí.

—¿Qué decía usted, señor profesor? —me preguntó.

—Nada, capitán.

—Entonces, permítame que me retire.

El capitán Nemo abandonó el salón y yo me trasladé a mi camarote, tan intrigado como puede suponerse. Al poco rato, ciertos bandazos y cabeceos me adivirtieron de que el *Nautilus* volvía a la superficie de las aguas. Luego, noté ruido de pasos en la plataforma. Comprendí que se lanzaba el bote al mar.

Al cabo de dos horas, el bote volvió al *Nautilus*, y pude escuchar los mismos pasos y los mismos ruidos. La embarcación fue ajustada al submarino y el *Nautilus* volvió a sumergirse. Así pues, aquellos lingotes habían sido transportados a su dirección. ¿A qué punto del continente? ¿A quién?

Al día siguiente, después de almorzar, me trasladé al salón y me puse a trabajar. Hasta las cinco de la tarde, redacté mis notas. A dicha hora sentí un calor tan sofocante que tuve que desnudarme. El asunto no tenía explicación porque el *Nautilus*, sumergido, no debía experimentar ningún aumento de la temperatura. Continué mi trabajo, pero la temperatura se hizo intolerable.

«¿Habrà fuego a bordo?», me pregunté.

Al disponerme a salir del salón, entró el capitán Nemo. Se acercó al termómetro, lo consultó y dijo:

—Cuarenta y dos grados.

—Ya lo veo, capitán —contesté—, y a poco que aumente esta temperatura, no podremos soportarla.

—¡Oh! Señor Aronnax, el calor no aumentará.

—¿Puede usted, pues, moderarlo a su voluntad?

—No; pero puedo alejarme del foco que lo produce.

—¿Es exterior?

—Claro. Flotamos en una corriente de agua hirviendo.

Las compuertas metálicas del salón se abrieron dejando al descubierto el mar en torno del *Nautilus*. Una humareda de vapores sulfurosos se extendía entre las aguas, que burbujearon como si estuviéramos dentro de una olla. Apoyé la mano en uno de los cristales, pero tuve que retirarla.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Cerca de la isla de Santorini. He querido ofrecerle el curioso espectáculo de una erupción submarina.

—Yo creía que la formación de estas islas había terminado.

—Nada acaba en los lugares volcánicos, donde la transformación es incesante. Ya en el año decimonoveno de nuestra era estaban formándose estos islotes. Luego se sumergieron, para reaparecer, el año sesenta y nueve, y hundirse de nuevo. Desde aquella época hasta nuestros días, quedó

interrumpida esta actividad. Pero el 3 de febrero de 1866 emergieron de nuevo algunos islotes. Por último, el 10 de marzo, apareció uno nuevo.

—¿Y el canal que cruzamos ahora? —pregunté.

—Aquí lo tiene —contestó el capitán Nemo, enseñándome un mapa donde se veía todo este archipiélago griego.

—Pero este canal acabará por quedar cegado.

—Es probable, señor Aronnax, porque, desde 1866, han surgido ya ocho pequeños islotes de lava en esta zona. Así como en el Pacífico son los corales los que forman los continentes, aquí son los fenómenos eruptivos.

Me acerqué de nuevo al cristal. El *Nautilus* estaba quieto. El calor resultaba intolerable. A pesar del hermético cierre del salón, se olían los gases sulfurosos y se veían tras el cristal llamaradas escarlatas.

Estaba empapado en sudor, me asfixiaba, estaba a punto de cocerme. ¡Sí, me sentía como si me estuviera cociendo!

—No podemos quedarnos más tiempo en esta agua hirviendo —dije al capitán.

—No, no sería prudente —respondió el capitán.

Dio una orden y el *Nautilus* giró y se alejó de aquel brasero. Un cuarto de hora más tarde, respirábamos en la superficie.

Entonces, pensé que, si Ned hubiera escogido aquellos lugares para fugarnos, no habríamos salido vivos.

Al día siguiente, 16 de febrero, abandonamos aquel lugar, el Mediterráneo, el mar azul por excelencia. En sus aguas, nadaban doradas, rayas, esturiones... y, sobre todo, atunes de lomo negro azulado y vientre plateado, que estuvieron durante largas horas compitiendo en velocidad con nosotros. También vimos cachalotes y delfines. El *Nautilus* tuvo que maniobrar con prudencia. ¡Cuántos barcos vimos hundidos en sus aguas! Yo tenía la impresión de que aquel mar no le gustaba al capitán Nemo, y por eso tenía tanta prisa por abandonarlo. El 18 de febrero estábamos ya en el estrecho de Gibraltar.

Mostré a Conseil, en el mapa del Mediterráneo, el lugar que ocupaba ese estrecho donde se elevaba otra especie de cresta submarina, barrera que, en la antigüedad geológica, cerraba por completo el Mediterráneo. En él hay dos corrientes; una corriente superior, que trae las aguas del océano al Mediterráneo; y una contracorriente inferior, que lleva el agua del Mediterráneo hacia el océano Atlántico. De tal contracorriente se aprovechó el *Nautilus* para cruzar rápidamente por aquel paso. Un instante después, pude

ver las admirables ruinas del templo de Hércules^[16], y a los pocos minutos flotábamos en el Atlántico.



Capítulo VI

La ría de Vigo

¡EL ATLÁNTICO! AMPLÍSIMA EXTENSIÓN DE agua que tiene nueve mil millas de longitud y una anchura media de dos mil setecientas. Océano casi ignorado por los antiguos, salvo por los cartagineses, que recorrían las costas de Europa y de África en sus viajes comerciales. En el Atlántico desembocan los ríos más grandes del mundo: el San Lorenzo, el Mississippi, el Amazonas, el de la Plata, el Orinoco, el Níger, el Senegal, el Elba, el Loira, el Rin. Este océano está rematado por dos puntas terribles, muy temidas por todos los navegantes: el cabo de Hornos y el cabo de Buena Esperanza.

El *Nautilus* se hundía en esas aguas tras haber viajado cerca de diez mil leguas en tres meses y medio. ¿Adónde nos dirigíamos ahora? ¿Qué nos reservaba el destino?

Al salir del estrecho de Gibraltar, el *Nautilus* se adentró en mar abierta y volvió a la superficie. Subí a la cubierta, acompañado por Ned Land y por Conseil. A una distancia de doce millas, se distinguía el cabo de San Vicente, en la punta de Portugal. La mar estaba gruesa, picada, e imprimía violentas sacudidas al navío. Era casi imposible mantenerse en cubierta.

Regresé a mi camarote, y Conseil al suyo; pero el canadiense, con aspecto preocupado, me siguió. Nuestro rápido paso a través del Mediterráneo no le había permitido llevar a término sus proyectos, y no podía disimular su contrariedad. Una vez cerrada la puerta de mi camarote, tomó asiento y me miró.

—Amigo Ned —le dije—, comprendo su enfado, pero en las condiciones en que navegaba el *Nautilus* habría sido una locura pensar en fugarse. No hay que desesperar. Remontamos la costa de Portugal y no estamos lejos de Francia ni de Inglaterra. Ahora sabemos que el capitán Nemo no esquivo los mares civilizados, y dentro de poco creo que podrá usted actuar.

Ned Land me miró fijamente y dijo:

—Lo haré esta misma noche.

Me levanté de un salto. Confieso que no estaba preparado para tal noticia. Habría querido replicar, pero no pude.

—Acordamos esperar una oportunidad —siguió Ned Land—, y esa oportunidad se ha presentado. Esta noche estaremos a muy pocas millas de la costa española. La noche será oscura y el viento sopla del mar. Tengo su palabra, señor Aronnax, y cuento con usted.

Permanecí callado; el canadiense se me acercó y añadió:

—Esta noche, a las nueve. Ya he avisado a Conseil. A esa hora, el capitán Nemo estará encerrado en su camarote y probablemente acostado. Ni los maquinistas ni el resto de la tripulación pueden vernos. Conseil y yo iremos a la escalera central. Usted estará en la biblioteca, a dos pasos de nosotros, esperando mi señal. Los remos, el mástil y la vela están en el bote, y he logrado almacenar en él algunas provisiones. Tengo una llave inglesa para desatornillar las tuercas que sujetan el bote al casco del *Nautilus*. Todo está dispuesto. ¡Hasta la noche!

Dicho esto, el canadiense se fue, y me dejó muy preocupado. Había supuesto que, llegado el caso, tendría tiempo de reflexionar, de discutir. Mi testarudo compañero no me lo permitía. Después de todo, ¿qué podría decirle?

En aquel momento, el *Nautilus* se sumergió en el Atlántico. Permanecí en mi camarote. Quería evitar el encuentro con el capitán para no delatar el nerviosismo que me dominaba. Dos veces fui al salón para consultar la brújula. Quería saber si la dirección del *Nautilus* nos aproximaba o nos alejaba de la costa. Comprobé que la embarcación se mantenía en aguas portuguesas, costeano y hacia el norte. Era necesario, pues, prepararse para huir. Mi equipaje se reducía a mis notas. En cuanto al capitán Nemo, me preguntaba qué pensaría de nuestra evasión, qué perjuicios le causaría, y qué haría en el caso de ser descubierta o frustrada. Indudablemente, no tenía motivo de queja contra él; al contrario. Jamás existió más sincera hospitalidad que la suya.

Me sirvieron la cena en mi camarote, como de costumbre. Comí mal, invadido por la preocupación. Al levantarme de la mesa, eran las siete. Faltaban dos horas todavía para reunirme con Ned Land. Quise lanzar una última ojeada al salón. Crucé los pasadizos y llegué al museo. Miré todas aquellas maravillas de la naturaleza, aquellas obras maestras del arte, entre las que durante algunos días se había desarrollado mi vida. Habría deseado penetrar con la vista en el fondo del Atlántico a través de la vidriera del salón; pero las escotillas estaban herméticamente cerradas.

El reloj dio las ocho. Seguíamos orientados hacia el norte y navegábamos a una velocidad moderada. El manómetro marcaba una profundidad

aproximada de sesenta pies. Las circunstancias favorecían, por tanto, los proyectos del canadiense.

Volví a mi camarote y me vestí. Esperé. Únicamente se oía el ruido de la hélice. Escuché atentamente, aguzando el oído. ¿Resonaría de pronto algún grito, indicador de que Ned Land acababa de ser sorprendido? Una inquietud mortal me invadió. Traté, sin resultado, de recobrar mi sangre fría.

A las nueve menos algunos minutos, fui al salón, donde noté cómo cesaban las revoluciones de la hélice. Súbitamente, se dejó sentir un ligero choque. Comprendí que el *Nautilus* acababa de detenerse en el fondo del océano. Pensé que, en aquellas circunstancias, los proyectos del canadiense no se podrían realizar. Mi angustia aumentó. En aquel momento se abrió la puerta del gran salón y se presentó el capitán Nemo. Al verme, me dijo sin más preámbulo, en tono amable:

—Lo buscaba. ¿Conoce usted la historia de España?

Aun conociendo a fondo la historia de su propio país, cualquiera que se hubiese hallado en mis condiciones, nervioso y confuso, no habría sido capaz de contestar.

—¿Qué me dice? —insistió el capitán Nemo—. ¿Conoce usted la historia de España?

—Muy mal —repliqué.

—Vaya con los sabios —dijo el capitán—. Entonces, siéntese usted —añadió—, voy a contarle un curioso episodio de esa historia.

El capitán se tendió en un sofá; yo tomé asiento junto a él, en la penumbra.

—Señor profesor —me dijo—, escúcheme. Esta historia le interesará, pues responde a una cuestión que sin duda no ha podido usted resolver.

—Lo escucho, capitán —dije, sin adivinar la intención de mi interlocutor, y preguntándome si este incidente tenía algo que ver con mis proyectos de huida.

—Señor profesor —continuó el capitán Nemo—, nos remontaremos al año 1702. Luis XIV había colocado en el trono de España a su nieto, Felipe V, pero las casas reales de Holanda, de Austria y de Inglaterra querían arrebatarse la corona para ofrecérsela a Carlos III. España estaba esperando sus galeones, que debían llegar a las costas gallegas, cargados de oro y de plata de América, para iniciar la guerra con aquellos países con la ayuda de Francia. Los galeones entraron en la ría de Vigo y, antes de que se pudieran descargar, los ingleses los abordaron. El almirante francés que los defendía se

batió con valentía, pero, al ver que las riquezas iban a caer en manos de los enemigos, incendió los galeones, que se hundieron con sus inmensos tesoros.



El capitán Nemo interrumpió su relato. No comprendía qué podía interesarme de semejante historia.

—Bien, ¿y qué? —le pregunté.

—Muy sencillo, señor Aronnax —me contestó el capitán Nemo—. Estamos en la ría de Vigo.

El capitán me rogó que lo siguiera y abrió las escotillas. Alrededor del *Nautilus*, varios marineros, con sus escafandras, se ocupaban de vaciar toneles medio podridos y cajas destrozadas. De ellos, sacaban lingotes de oro y de plata, monedas y joyas. Luego volvían al *Nautilus*, depositaban en él sus cargas y reanudaban aquella inagotable pesca de oro y de plata.

Comprendí que aquel había sido el lugar del combate del 22 de octubre de 1702. Allí acudía el capitán Nemo a ingresar en sus arcas, según sus necesidades, los millones con que cargaba su *Nautilus*. Él era el heredero directo y universal de aquellos tesoros arrancados a los incas y a los vencidos por Hernán Cortés.



—¿Sabía usted que el mar contuviese tantas riquezas?

—Sabía —le contesté— que se calcula en dos millones de toneladas el dinero que ocultan sus aguas.

—Indudablemente; pero, para extraer ese dinero, los gastos excederían a los beneficios obtenidos. Aquí, por el contrario, solo he de recoger lo que otros han perdido; y no únicamente en esta ría de Vigo, sino en otros mil lugares de naufragios, cuya situación exacta consta en mi carta submarina. ¿Comprende usted ahora que yo sea mil veces millonario?

—Lo comprendo, capitán. Son riquezas perdidas.

—¿Perdidas? —replicó—. ¿Acaso considera perdidas esas riquezas? ¿Cree usted que ignoro la existencia en la tierra de seres dolientes, de razas oprimidas, de miserables a quienes aliviar, de víctimas a quienes vengar? ¿No comprende usted...?

Entonces recordé a aquel hombre que se asomó por las escotillas del salón y cómo, poco después, salía del barco aquel arcón lleno de lingotes de oro. El capitán ayudaba a la liberación de los cretenses contra la opresión de los turcos.

Al día siguiente, 19 de febrero, el canadiense entró en mi camarote.

—¡Vaya mala suerte la nuestra! ¿El capitán paró el barco cuando íbamos a huir? —me dijo con cara de enfado.

—Sí; tenía que visitar a su banquero, amigo Ned.

—¿Su banquero?

—Mejor dicho, su banco. Aquí están enterradas riquezas que transportaban los galeones españoles cuando volvían de América. No hay más que cogerlas si se puede bajar con el navío adecuado, ¡claro!

—En fin —dijo, sin prestar mucha atención a la recogida del oro que yo le relaté—. ¡Ha sido un arponazo en falso! Otra vez acertaremos. ¿Qué dirección lleva el *Nautilus*?

—Lo ignoro, pero ya nos enteraremos a mediodía.

En cuanto me vestí, pasé al salón y consulté la brújula. Llevábamos rumbo al sudoeste; volvíamos la espalda a Europa.

Por la noche, alrededor de las once, recibí la visita inesperada del capitán Nemo. Me preguntó si estaba cansado, a lo cual contesté que no. Me propuso una excursión submarina sorprendente. Esta vez íbamos a ir él y yo solos.

Nos pusimos las escafandras y salimos del *Nautilus*. El camino era bastante malo y la noche oscura; sin embargo, un resplandor rojizo en el horizonte submarino nos guiaba. Después de andar largo rato, vimos dibujarse unas ruinas, en las que se distinguían vagas formas de castillos y de templos. La montaña que teníamos enfrente era un volcán submarino. A cincuenta pies bajo la cúspide, entre una lluvia de piedras, un ancho cráter vomitaba torrentes de lava que se dispersaban en la masa líquida de las aguas. No había llamas porque para eso se necesita el oxígeno del aire. El volcán, como una colosal antorcha, iluminaba la llanura inferior. Delante de nosotros, a nuestros pies, una ciudad destruida, sus templos derruidos, sus arcos rotos, sus columnas caídas, amplias calles desiertas, los restos de un gigantesco acueducto...; allá, los restos de un muelle, como si la ciudad hubiera tenido puerto. ¿Dónde estaba? El capitán Nemo cogió del suelo una piedra caliza y sobre una roca de basalto negro escribió esta sola palabra: «Atlántida»^[17]. ¡Era aquella región que existió más allá de las columnas de Hércules, donde vivía el poderoso pueblo de los atlantes!

Permanecimos durante una hora admirando el resplandor de la lava y las ruinas de la ciudad. Después, el capitán me hizo un gesto e iniciamos la vuelta al *Nautilus*. Llegamos cuando las primeras luces del día anunciaban la aurora.

Capítulo VII

Cachalotes y ballenas

SEGUIMOS NAVEGANDO HACIA EL SUR. Supuse que a la altura del cabo de Hornos doblaría hacia el oeste, a fin de desembocar en los mares del Pacífico y acabar así su vuelta al mundo; pero siguió hacia abajo, a las regiones australes. ¿Se disponía a ir al polo? Empecé a creer que la temeridad del capitán justificaba el recelo de Ned Land. Hacía tiempo que no me hablaba de sus proyectos de fuga, pero la rabia que yo veía en sus ojos me confirmaba su enfado. Aquel día, 14 de marzo, se presentó en mi camarote, acompañado de Conseil.

—¿Cuántos hombres supone usted que hay a bordo del *Nautilus*? —me preguntó.

—No lo sé, pero creo que su manejo no necesita una tripulación numerosa. ¿Por qué?

No respondió él, sino Conseil.

—Señor, a Ned le angustia esta situación y no puede encontrar el placer que nosotros hallamos en la observación de los prodigios del mar. Lo arriesgaría todo para poder entrar en una taberna de su país.

Yo entendía perfectamente que la situación se le hiciera insoportable. Sin embargo, aquel día ocurrió un incidente que le hizo recordar sus buenos tiempos de arponero. Cerca de las once de la mañana, y cuando se encontraba en la superficie del océano, el *Nautilus* cayó en medio de un banco de ballenas. El encuentro no me sorprendió, porque sabía que dichos animales, perseguidos con saña, se han refugiado en los mares de las altas latitudes. Estábamos en la cubierta disfrutando del espectáculo.



—¡Ah! —exclamó Ned Land—. ¡Cómo me alegraría este encuentro si estuviese a bordo de un ballenero! ¡Qué magnífico animal! ¡Voto al demonio! ¿Por qué he de estar enjaulado en este cascarón de acero?... ¡Miren! ¡Miren ustedes! —añadió a la vista de un hermoso ejemplar que se acercaba—. ¡Viene hacia nosotros! ¡Parece provocarme, como si supiera que nada puedo contra ella!

Ned pataleaba de impaciencia, mientras agitaba su brazo en el aire manejando un arpón imaginario.

—¿Por qué no le pide usted al capitán Nemo que le permita...? —empecé a sugerirle.

Sin esperar a que terminara de hablar, se precipitó por la escotilla, corriendo en busca del capitán. Pocos instantes después, se presentaron ambos en la plataforma.

—Mi capitán —preguntó el canadiense—; ¿podría darles caza, siquiera sea para recordar mi antigua profesión?

—¿Para qué? —contestó el capitán—. No tendría objeto cazar por el solo afán de destruir.

Ned Land miraba al capitán Nemo sin comprender lo que quería decirle. Pero el capitán tenía razón; la ferocidad bárbara y desatinada de algunos pescadores será la causa de que llegue un día en que no quede una sola ballena en el océano.

—¿Ven aquellos puntos negruzcos que se mueven a ocho millas? —nos preguntó el capitán.

—Sí, capitán.

—Pues son cachalotes, animales terribles. ¡A estos sí que hay motivo para exterminarlos, porque son feroces y dañinos! Van a presenciar una caza, que de seguro desconocen.

Efectivamente, habían visto a las ballenas y se disponían a embestirlas. Era el momento de acudir en su auxilio. El *Nautilus* se sumergió y empezó a navegar entre dos aguas. Conseil, Ned y yo nos situamos detrás de las vidrieras del salón. El capitán se trasladó a la cabina del timonel. Cuando llegó el *Nautilus*, se había entablado el combate entre cachalotes y ballenas. Los cachalotes se mostraron poco impresionados a la vista del nuevo monstruo que se mezclaba en la pelea, pero pronto se enteraron de quién era quién. El propio Ned Land, entusiasmado, acabó por batir palmas. El *Nautilus* se había convertido en un arpón formidable, manejado por la mano de su capitán.

Por fin, se redujo el número de cachalotes, se serenaron las removidas ondas y ascendimos a la superficie del océano.

—¿Qué le ha parecido, batallador Land? —preguntó el capitán.

—Francamente —contestó el canadiense—, prefiero mi arpón, aunque comprendo que cada cual aprecie su arma.

En el mar flotaba el cuerpo de una ballena que no había podido escaparse de las dentelladas de los cachalotes. Junto a ella, un ballenato también muerto. El capitán Nemo mandó a sus marineros que extrajeran toda la leche que contenía, es decir, dos o tres toneladas. El capitán me ofreció una taza de aquella leche, todavía caliente, y como advirtiera en mí un gesto de

repugnancia, aseguró que era excelente y que no se diferenciaba apenas de la de vaca.

Capítulo VIII

El polo Sur

SEGUIMOS NAVEGANDO HACIA EL SUR y el 14 de marzo empezamos a ver hielos flotantes, algunos de ellos de varias millas de longitud y una altura que oscilaba entre setenta y ochenta metros. Formaban escollos que el mar golpeaba con estrépito. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del océano. Ned Land, que había pescado en los mares árticos, estaba familiarizado con el espectáculo de los icebergs. Conseil y yo los admirábamos por primera vez. En aquella época del año, la noche iba ganando tiempo al día y acabaría, durante medio año, por durar prácticamente veinticuatro horas.

El 16 de marzo, hacia las ocho de la mañana, el *Nautilus*, gobernado por las manos expertas de su capitán, cortó el círculo polar antártico. Los hielos nos rodeaban por todas partes y cerraban el horizonte. No encuentro palabras para describir mi asombro ante la belleza de aquellas nuevas regiones. Los hielos ofrecían unas vistas espectaculares y parecían ciudades orientales con sus torres y mezquitas; en otras ocasiones, ciudades destruidas y como desplomadas en el suelo. Por todas partes, se oían detonaciones, que eran los sonidos producidos por el desprendimiento de fragmentos de los icebergs.

El 18 de marzo, después de haber logrado atravesar enormes macizos de hielo, el barco quedó totalmente detenido por una barrera formada por montañas soldadas entre sí.

—¡El mar de hielo! —dijo el canadiense—. No hay nadie que haya traspasado el mar de hielo.

—Sin embargo, habría querido saber qué hay detrás —le respondí—. ¡No hay nada que me desespere más que una barrera! ¡Los muros existen para irritar a los sabios; no deberían existir!

—¿Qué opina, señor Aronnax? —me preguntó el capitán cuando estábamos en la plataforma.

—Que nos hemos atascado, capitán.

—Pues bien, yo le aseguro que no solo saldremos de aquí, sino que avanzaremos. Vamos a llegar a ese punto donde se cruzan todos los meridianos del globo, es decir, al polo sur.

Se me ocurrió entonces preguntar al capitán si había descubierto ya ese polo, jamás pisado por un ser humano y más inaccesible aún que el polo norte.

—No, señor —me contestó—, lo descubriremos juntos. Allí donde otros han fracasado, venceré yo. Jamás he paseado mi *Nautilus* por regiones tan apartadas, pero llegaremos.

—¡Adelante! ¡No haya obstáculos para nosotros! ¡Rompe esta muralla de hielo! ¡Demos alas al *Nautilus* para que pase por encima! —casi grité, emocionado.

—¿Por encima? —repuso el capitán—. No, señor, ¡por debajo!

Los preparativos comenzaron. Llenaron de aire los depósitos del barco y a las cuatro de la tarde se cerraron las escotillas de la plataforma. Instalados en el salón, contemplamos las capas inferiores del océano austral a través del mirador de cristal. El *Nautilus* bajó hasta los ochocientos metros. Conseil y yo permanecimos despiertos detrás de la vidriera gran parte de la noche. En aquellas aguas cautivas, no había peces.

A la mañana siguiente, el *Nautilus* comenzó a hacer tentativas de emerger. Los choques que se producían iban dándonos idea de que por encima de nosotros seguía estando el mar de hielo. Pero, en las sucesivas pruebas, fuimos comprobando que la placa de hielo se iba adelgazando y había pasado desde los novecientos metros de espesor a los cincuenta. El *Nautilus*, siguiendo una diagonal, iba poco a poco ascendiendo y el hielo cedía por encima y por debajo de nosotros. Al fin, a las seis de la mañana del día 19 de marzo, se abrió la puerta del salón y entró el capitán Nemo.

—¡El mar libre! —anunció.

Me encaminé hacia la plataforma. Ciertamente, era el mar libre. Apenas se veían témpanos o icebergs; a lo lejos, la inmensidad del mar; en el cielo, un montón de aves; bajo las aguas, abundantes peces. El termómetro marcaba tres grados centígrados sobre cero. Era como una primavera encerrada tras el mar de hielo.

Por temor a embarrancar, el *Nautilus* se quedó a unas millas de la costa y se preparó el bote para acercarnos a un islote. Embarcamos en él el capitán, dos de sus subordinados, Conseil y yo. Eran las diez de la mañana. Unos cuantos golpes de remo llevaron el bote hasta la arena, en la que quedó varado. Cuando Conseil se disponía a saltar, lo detuve.

—Capitán Nemo —dije al comandante—, a usted corresponde el honor de ser el primero que pise este territorio.



Y, dicho esto, saltó con ligereza sobre la arena. Se adivinaba que le paralizaba la emoción. Se subió a un picacho próximo, y desde allí, cruzado de brazos, inmóvil y mudo, pareció tomar posesión de aquellas regiones. Después de permanecer extasiado durante unos minutos, nos llamó. Bajamos

Conseil y yo. El suelo era rojizo y se veía claramente su origen volcánico. La vegetación de aquel lugar era muy limitada: líquenes y algunas plantas acuáticas. La playa estaba sembrada de moluscos. Pero donde había mucha vida era en el cielo: volaban a millares las más variadas especies de aves. Otras abarrotaban las rocas, apiñándose a nuestro paso; eran pingüinos, tan ágiles y flexibles en el agua como torpes y pesados en tierra. También había focas; unas, tendidas en el suelo; otras, sobre témpanos a la deriva; otras, zambulléndose en el agua. Esperábamos que el sol saliese para poder medir nuestra posición, pero el astro no apareció en todo el día. La bruma que nos envolvía se convirtió en nevada y regresamos al *Nautilus*.



Al día siguiente, volvimos a la isla. Era necesario precisar nuestra posición, porque estábamos a punto de que llegara la noche que dura seis meses y no volveríamos a ver el sol. El capitán, con ayuda de sus aparatos, consiguió situarse a las doce en punto de la mañana. ¡Estábamos en el polo sur!

—Yo, capitán Nemo, he llegado al grado noventa, o sea, al polo sur, hoy, 21 de marzo de 1868, y tomo posesión de esta porción del globo.

—¿En nombre de quién, capitán?

—En el mío propio, señor Aronnax.

Y, al afirmarlo, el capitán Nemo desplegó una bandera negra con una N bordada en oro. Luego, volviéndose hacia el astro del día, cuyos últimos destellos lamían el horizonte, exclamó:

—¡Adiós, sol! ¡Ocúltate bajo este mar libre y deja en las sombras de una larga noche de seis meses mi nuevo dominio!

Capítulo IX

Los pulpos

ABANDONAMOS EL POLO SUR CON alguna dificultad. Hubo momentos en que, aprisionados por los bloques de hielo, creímos que nos íbamos a quedar sin aire, pero, ¡al fin!, pudimos emerger y llenar de aire puro el *Nautilus*. Nos dirigíamos ahora hacia el norte por el Atlántico. Vimos a lo lejos el pico Sarmiento, que es el punto más alto de la Tierra del Fuego. Seguimos hacia las islas Malvinas, archipiélago que reconocí al instante. En aquellos parajes, nuestras redes recogieron magníficos ejemplares de algas y de almejas, que son las mejores del mundo. Hasta el 3 de abril, no abandonamos aquellos lugares de la Patagonia, navegando ya bajo el océano, ya en su superficie. El *Nautilus* atravesó el amplio estuario del Río de la Plata, y llegó el día 4 a la altura del Uruguay. Habíamos recorrido dieciséis mil leguas desde que embarcamos en los mares del Japón.

El capitán Nemo no sentía interés por las costas de Brasil porque navegábamos a gran velocidad. El 1 de abril estábamos en la desembocadura del río Amazonas, cuyo caudal es tan enorme que desala el mar en un espacio de varias leguas.

Durante días, el *Nautilus* se apartó constantemente de la costa americana. No quería visitar las aguas del golfo de México ni del mar de las Antillas porque tales parajes, sembrados de islas y surcados de barcos, no convenían al capitán Nemo.

El día 16 de abril, pasamos a unas treinta millas de la Martinica y de la Guadalupe. El canadiense, que contaba con realizar su plan en el golfo, bien llegando a una playa o abordando una de las numerosas embarcaciones que hacían la travesía entre las islas, estaba desconcertado. La fuga habría sido fácil de haberse Ned Land apoderado del bote, sin que lo advirtiera el capitán; pero, en pleno océano, no había que pensar en ello.

No había que esperar nada del comandante del *Nautilus*, sino confiar tan solo en nosotros mismos. Además, hacía tiempo que aquel hombre se mostraba preocupado. Antes, se complacía en explicarme las maravillas submarinas; ahora parecía que esquivaba mi presencia.

El 20 de abril estábamos frente a las islas Bahamas. Se elevaban allí enormes acantilados submarinos. Las rocas estaban tapizadas de altas hierbas. Hablábamos Conseil, Ned y yo de las descomunales plantas, y la conversación nos condujo a los animales gigantes del mar, pensando que las unas deben de estar destinadas al alimento de los otros. Serían casi las once, cuando Ned Land me señaló un formidable hormigueo entre la exuberante vegetación.

—Es lógico —le contesté—. Estos lugares deben de ser guaridas de pulpos, y no me sorprendería ver por aquí alguno.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Calamares, simples calamares, de la clase de los cefalópodos?

—No —le respondí—. Pulpos de gran tamaño... Pero el amigo Ned quizá se ha equivocado, porque no veo nada.

—Lo siento —dijo Conseil—. Me habría gustado haber visto uno de esos monstruos de los que tanto he oído hablar, y que son capaces de arrastrar un buque al fondo del mar.

—Nunca he creído en la existencia de tales animales —dijo Ned Land.

—Hay leyendas —aclaré yo— en las que aparecen gigantes pulpos que parecen islas. Por otra parte, los naturalistas de la antigüedad mencionan monstruos que no podían pasar por el estrecho de Gibraltar.

—¿Pero qué hay de cierto en todos estos relatos? —preguntó Conseil.

—Nada, amigos míos —contesté—. Sin embargo, la imaginación de los narradores necesita un pretexto. No puede negarse la existencia de pulpos y de calamares de grandes dimensiones. Nuestros pescadores ven frecuentemente algunos cuya longitud excede metro y medio. Además, según cálculos de los naturalistas, uno de esos animales, de seis pies de longitud, tendría tentáculos de veintisiete, lo que los convierte en monstruos.

—¿Y se pescan actualmente ejemplares como esos? —preguntó el canadiense.

—Si no se pescan, los marinos los ven por lo menos. El hecho más asombroso y que demuestra la existencia de esos gigantes animales ocurrió hace poco tiempo, en 1861. Fue al nordeste de Tenerife. El comandante de un navío, el *Alecton*, vio acercarse uno de esos animales y lo acometió a arponazos y a tiros sin resultado. Después de varias tentativas, la tripulación logró pasar un nudo corredizo alrededor del cuerpo del molusco e izarlo, pero su peso era tan grande que se partió, y el animal se zambulló en las aguas sin parte de su cuerpo.

—¿Y cuál era su longitud? —preguntó el canadiense.

—¿Mediría unos seis metros? —interrogó a su vez Conseil, que, delante de la claraboya del salón, observaba las aguas.

—Exacto —contesté.

—¿Coronaban su cabeza ocho tentáculos? —siguió interrogando Conseil.

—Justo.

—¿Tenía unos ojazos enormes, situados justo encima de la cabeza?

—Efectivamente.

—¿Era su boca como un pico de papagayo, pero infinitamente mayor?

—Exacto.

—Pues bien —manifestó Conseil con toda calma—. Permítame el señor que le anuncie que tenemos a la vista, si no aquel calamar, sí un hermano suyo.

Mientras yo contemplaba fijamente a Conseil, el canadiense corrió hacia la claraboya.

—¡Qué animal tan espantoso! —exclamó.

Miré y no pude reprimir un movimiento de repulsión. Ante mis ojos se agitaba un horrible monstruo.

Era un calamar de dimensiones colosales. Mediría unos ocho metros, y marchaba reculando con extraordinaria velocidad, en dirección al *Nautilus*, clavando en él sus ojazos. Sus ocho brazos, implantados en la cabeza, parecían el doble que su cuerpo. Veíanse claramente las doscientas cincuenta ventosas distribuidas en la cara interna de los tentáculos, en forma de cápsulas redondas. La boca del monstruo, semejante al pico de un loro, se abría y se cerraba verticalmente. Su lengua, córnea también y armada de agudos dientes, salía vibrando de aquel auténtico alicate. Su cuerpo, alargado y abultado en la parte central, constituía una masa carnososa que debía de pesar de veinte a veinticinco mil kilos. Su color cambiaba con pasmosa rapidez según el estado de irritación del animal y pasaba del gris claro al pardo rojizo.

—Quizá sea el mismo que el del *Alecton*.

—No puede serlo —objetó el canadiense—, puesto que este está entero y aquel perdió parte de su cuerpo.

—Eso no importa —contesté—. Estos animales regeneran sus brazos y su cuerpo y, en siete años, están otra vez enteros.

—Bueno —replicó Ned—, si no es este, puede ser alguno de esos otros.

En efecto: acababan de aparecer otros pulpos. Conté hasta siete. Todos escoltaban al *Nautilus* y hacían rechinar sus dientes al resbalar sobre el acero blindado. De pronto, nos paramos. Habíamos notado un fuerte choque. La hélice no sonaba. Transcurrido un minuto, entró en el salón el capitán Nemo

seguido de su segundo. Sin dirigirme la palabra, se acercó a la escotilla, miró a los pulpos y cambió unas frases con su segundo. Este salió. A los pocos instantes, se cerró la claraboya y se iluminó el techo.

Me adelanté hacia el capitán.

—Curiosa colección de pulpos —le dije.

—En efecto —me contestó—, y vamos a combatirlos cuerpo a cuerpo.

Miré al capitán creyendo no haber oído bien.

—¿Cuerpo a cuerpo? —repetí.

—Sí, señor. La hélice se ha parado y creo que es debido a que alguno de esos animales ha introducido un apéndice entre las aletas.

—¿Y qué intenta usted?

—Subir a la superficie y acabar con ellos a hachazos.

—Y a arponazos, capitán —dijo el canadiense—, si no rehúsa usted mi ayuda.

—Aceptada desde luego, señor Land.

—Los acompañaremos —añadí yo.

Y, siguiendo al capitán Nemo, nos dirigimos hacia la escalera central. Allí, esperaban diez marineros, armados con hachas de abordaje y preparados para el ataque. Conseil y yo tomamos dos hachas, y Ned, un arpón.

El *Nautilus* estaba ya en la superficie. Uno de los marineros, situado al final de la escalera, desatornilló las bisagras de la escotilla. Apenas retiradas las tuercas, la trampilla se levantó violentamente, atraída por las ventosas de un tentáculo. Al instante, uno de los brazos se deslizó por la abertura, como una serpiente, y otros veinte se agitaron por encima. El capitán Nemo cortó de un hachazo el formidable tentáculo.

En el momento en que nos disponíamos a salir a la plataforma, otros dos brazos alcanzaron al marinero que precedía al capitán, al que atraparon con enorme violencia.

El capitán Nemo prorrumpió en una enérgica exclamación y se lanzó al exterior. Lo siguieron todos apresuradamente.

El desventurado, apresado por el tentáculo y adherido a sus ventosas, era balanceado en el aire. Jadeaba, se ahogaba, gritaba débilmente en demanda de socorro. Aquellas palabras, pronunciadas en francés, me produjeron pánico. ¡Había un compatriota a bordo, varios quizá!

El capitán se lanzó sobre el pulpo, descargó un nuevo hachazo y le cercenó otro tentáculo. La tripulación se batía denodadamente. El canadiense, Conseil y yo hundíamos nuestra respectivas armas en aquellas masas carnosas.

Por un instante, creí que el infeliz, enlazado por el pulpo, sería arrancado de la potente succión. De los ocho brazos del animal, habían sido cortados siete; el único que le quedaba se doblaba en el aire, agitando a su víctima como una pluma. Pero, en el momento en que el capitán y su segundo se abalanzaban contra él, lanzó un chorro de un líquido negruzco segregado desde su abdomen que nos cegó. Cuando la nube se disipó, el animal había desaparecido, y, con él, mi compatriota.

¡Con qué furor acometimos entonces a los monstruos! Nadie podía dominarse. Diez o doce pulpos habían invadido la plataforma y los costados del *Nautilus*. Todos rodábamos en revuelta confusión entre aquellos restos palpitantes, que se agitaban sobre la plataforma entre oleadas de sangre y de tinta. A cada golpe, el arpón de Ned Land se hundía en los verdosos ojos de los animales, abriendo profundas cavidades; de pronto, mi audaz compañero fue derribado por los tentáculos de un monstruo, cuyo latigazo no pudo evitar.



Mi corazón se rompía de emoción y de horror cuando el formidable pico del calamar se abrió sobre Ned Land amenazando con partirlo en dos. Corrí en su auxilio, pero el capitán Nemo se me adelantó. Su hacha desapareció entre las dos enormes mandíbulas, y el canadiense, milagrosamente salvado, se levantó y sepultó el arpón entero hasta el corazón del pulpo.

—¡Tenía pendiente esta deuda! —dijo el capitán Nemo al canadiense.

Ned se inclinó, sin contestar.

El combate había durado un cuarto de hora. Al fin, los monstruos, vencidos, mutilados, heridos de muerte, abandonaron y desaparecieron bajo las aguas. El capitán Nemo, inmóvil junto al reflector, contempló el mar, que acababa de tragarse a uno de sus compañeros, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Jamás ninguno de nosotros olvidaría la terrible escena del 20 de abril. El capitán Nemo comenzó a llorar al contemplar la superficie de las ondas. Su dolor era inmenso. Aquel amigo, aplastado, asfixiado, destrozado por el tentáculo de un monstruoso pulpo, triturado entre sus mandíbulas de hierro, no reposaría con sus camaradas en las apacibles aguas del cementerio de coral, donde ellos solían enterrar a sus muertos. Durante algunos días no volví a verlo. ¡Qué triste, qué desesperado debía de sentirse, a juzgar por el comportamiento del navío, del cual era el alma! El *Nautilus* vagaba sin rumbo fijo: iba, venía, flotaba como un cadáver a merced de las olas. Navegaba al azar. No podía alejarse de aquel mar que había devorado a uno de los suyos. Así pasaron diez días.

Capítulo X

La corriente del Golfo

AL FIN, REANUDÓ RESUELTAMENTE SU ruta hacia el norte. Seguíamos entonces la corriente del mayor río dentro del mar: la corriente del Golfo. Es, en efecto, un río más salado que el mar que le rodea, que discurre por el Atlántico y que, al tener su temperatura propia, choca con las aguas oceánicas y provoca gran cantidad de tormentas y un fuerte oleaje. A mediodía, me reuní en la plataforma con Conseil, cuando apareció Ned Land.

—Señor Aronnax —me dijo—, hay que acabar de una vez por todas.

—¿Y qué le vamos a hacer, amigo Ned, si la huida es imposible en este momento?

—Insisto en mi idea. Es necesario hablar con el capitán. Cuando pienso que dentro de unos días el *Nautilus* se hallará a la altura de la desembocadura del río San Lorenzo, que es mi río, el río de Quebec, mi ciudad natal, la sangre se me sube a la cabeza. ¡Yo no sigo aquí! ¡Me ahogo!

La paciencia del canadiense había llegado al límite. Decidí hablar con el capitán Nemo y averiguar cuáles eran sus intenciones con respecto a nosotros. De vuelta a mi camarote, oí ruido en el del capitán. Llamé, sin obtener respuesta. Repetí la llamada y entré.

—¿Qué desea?

—Quisiera hablarle, capitán.

—Ahora estoy ocupado, señor Aronnax, —me respondió de forma poco alentadora; pero yo estaba decidido a hablar con él.

—Capitán —repliqué con frialdad—, he de hablarle de algo que no puede esperar.

—¿De qué se trata? ¿Le ha revelado el mar algún secreto nuevo? —preguntó irónicamente. Y, sin darme tiempo a responder, me mostró un manuscrito y me dijo con cierta solemnidad:

—Aquí tiene usted, señor Aronnax, un manuscrito redactado en varios idiomas. Contiene el resumen de mis estudios relativos al mar y, si Dios quiere, no desaparecerá conmigo. Este manuscrito será guardado en un aparato insumergible. El último superviviente del *Nautilus* lo arrojará al mar.

—Capitán —le contesté—, apruebo la idea, porque sería una insensatez dejar perder el fruto de sus estudios. Pero ¿no sería mejor que usted mismo o uno de los suyos...?

—¡Jamás! —replicó el capitán, interrumpiéndome.

—En ese caso, mis compañeros y yo estamos dispuestos a conservar ese manuscrito, y si usted nos devuelve la libertad...

—¡La libertad! —exclamó el capitán Nemo, levantándose.

—Sí, señor, la libertad. Esto es precisamente lo que deseaba tratar con usted. Hace siete meses que permanecemos a bordo, y hoy he de preguntarle si su propósito es el de retenernos aquí para siempre.

—Señor Aronnax, le contestaré hoy lo que le contesté hace siete meses: quien entra en el *Nautilus*, no debe abandonarlo.

—Eso es imponernos la esclavitud. Y, en todas partes, el esclavo conserva el derecho de recobrar su libertad.

—¿Quién ha negado a ustedes ese derecho? —replicó el capitán Nemo—. ¿Acaso les he hecho jurar algo?

—Capitán —le dije—, sería tan desagradable para usted como para mí insistir acerca de este tema; pero nos coloca en una situación inaceptable, insostenible. ¿No ha pensado usted nunca en la venganza que el amor a la libertad y el odio a la esclavitud pueden engendrar?



—¿Qué me importa cuanto Ned Land pueda idear, aventurar o intentar? —respondió el capitán—. Ni he sido yo quien ha ido a buscarle, ni lo retengo

a bordo por mi gusto. Le ruego que sea esta la primera y la última vez que venga a tratar de este asunto, porque ni siquiera lo escucharía.

Me retiré. A partir de aquel día, nuestras relaciones fueron tirantes. Comunicada a mis compañeros la situación, dijo Ned:

—Ahora, ya sabemos que no hay nada que esperar de ese hombre. Huiremos haga el tiempo que haga.

El cielo se iba cubriendo, con síntomas de huracán. La tormenta estalló el día 18 de mayo, precisamente cuando el *Nautilus* flotaba a la altura de Long Island, a pocas millas de Nueva York. La intensidad del temporal aumentó al llegar la noche. Por las claraboyas del salón se veían peces que corrían atemorizados para librarse de los rayos que penetraban en las aguas. La corriente del Golfo justificaba sobradamente su apodo de reina de las tormentas.

Capítulo XI

El Vengador

EL *NAUTILUS* CONTINUÓ AVANZANDO hacia el norte hasta que avistamos Terranova. Después, pareció dar media vuelta e iniciar el descenso hacia el sur. Muy cerca de las costas de Inglaterra, el *Nautilus* parecía buscar algo. Era el 1 de junio. Yo estaba observando el mar, a través de las escotillas del salón, cuando oí la voz del capitán Nemo, que me hizo fijarme en un barco hundido. Se trataba del *Vengador*, un buque francés, que, después de un combate heroico, prefirió hundirse con sus marineros antes que rendirse.

—¡Un hermoso nombre! —murmuró el capitán Nemo.

Esa manera de hablar, la búsqueda del lugar, el relato histórico que me hizo el capitán... En aquellos momentos, me parecía que el hombre ganaba terreno al sabio. ¿Era el odio lo que había encerrado al capitán y a sus compañeros en aquel barco?

Mientras tanto, el *Nautilus* emergía y poco a poco vi desaparecer las formas confusas del *Vengador*. Un ligero balanceo me indicó que navegábamos en superficie. En ese momento, se oyó una detonación. Miré al capitán, que ni se inmutó.

—¡Capitán! —dije.

No respondió. Subí a cubierta. Conseil y el canadiense me habían precedido.

—¡Un cañonazo! —dijo Ned Land—. ¡Un barco de guerra! ¡Ojalá se nos eche encima y hunda este maldito *Nautilus*!

—Amigo Ned —respondió Conseil—, ¿qué daño le puede hacer al *Nautilus*? ¿Irá a atacarlo bajo las aguas?

Durante un cuarto de hora, continuamos observando el navío, que se dirigía hacia nosotros a gran velocidad. Si el capitán lo dejaba aproximarse, tendríamos la oportunidad de huir.

—Señor —me dijo Ned Land—, como ese buque pase a una milla, me tiraré al mar, y les pido que hagan como yo.

No respondí a su proposición y continué mirando el buque, cuya imagen se agrandaba. Seguro que nos acogería si pudiésemos llegar a bordo. De

pronto, vimos aparecer vapor por la proa del buque y un cuerpo pesado salpicó la popa del *Nautilus*.

—¿Cómo? ¡Están tirando contra nosotros!

—Señor, han reconocido al narval y es a él al que cañonean.

—Pero tienen que ver que somos personas —exclamé yo.

—Precisamente por eso —respondió Ned Land mirándome.

Entonces, se hizo en mi mente una revelación. Sin duda, ya se sabía a qué atenerse sobre la existencia del supuesto monstruo. Probablemente, durante su abordaje a la *Abraham Lincoln*, el comandante Farragut se había percatado de que el narval era un barco submarino, más peligroso que un cetáceo.

Sería terrible que el capitán empleara el *Nautilus* para vengarse. Aunque su identidad no era conocida, las naciones unidas en su contra no daban ya caza a un ser fantástico, sino a un hombre que les profesaba un odio mortal. Por tanto, en vez de encontrar amigos en los barcos que se acercaran, solo podríamos hallar enemigos.

—Señor, debemos poner todos los medios para salir de aquí. ¡Hagamos señales! ¡Tal vez comprenderán así que somos gente honrada! —dijo Ned Land, y empezó a agitar un pañuelo. Apenas lo hubo desplegado, cayó al puente, a pesar de su fuerza prodigiosa, derribado por una mano de hierro.

—¡Miserable! —le gritó el capitán—. ¿Quieres que te clave al espolón del *Nautilus* antes de que embista a ese barco?

Era terrible oír al capitán Nemo hablar así, pero aún era más terrible verlo. Su cara estaba pálida, sus pupilas contraídas, rugía. Con el cuerpo hacia delante, retorció las manos sobre los hombros del canadiense. Después, se volvió hacia el barco, que disparaba una lluvia de proyectiles.

—¡Ah! ¡Sabes quién soy, barco de una nación maldita! —exclamó con su voz poderosa—. ¡Te voy a enseñar mis colores!

Y desplegó a popa de la cubierta una bandera negra, similar a la que había plantado en el polo sur.

En ese momento, un proyectil casi rozó el casco del *Nautilus*. El capitán, entonces, se dirigió a nosotros:

—¡Bajen!

—Señor —exclamé yo—, ¿va usted a atacar ese barco?

—Voy a hundirlo, señor. No se atreva usted a juzgarme.

Desde abajo, oímos al capitán:

—¡Dispara, barco insensato! ¡Prodiga tus balas inútiles! ¡No escaparás al espolón del *Nautilus*! ¡Pero no es este el lugar en que has de perecer! ¡No quiero que tus restos vayan a confundirse con los del *Vengador*!

Regresé a mi camarote. El capitán y su segundo se habían quedado en cubierta. El *Nautilus*, alejándose velozmente, se situó fuera del alcance del barco, que comenzó su persecución.

Hacia las cuatro de la tarde, incapaz de contener la impaciencia y la inquietud, subí a la cubierta. El capitán deambulaba con paso inquieto. El *Nautilus* giraba alrededor del barco y, atrayéndolo hacia él, se dejaba perseguir. Quise intervenir, pero, apenas pude hablar, el capitán me hizo callar:

—¡Yo soy el derecho! ¡Yo soy la justicia! —me dijo—. ¡Yo soy el oprimido, y he ahí al opresor! ¡Por su culpa, todo lo que he amado, querido y venerado: patria, mujer, hijos, padres todo lo he visto perecer! ¡Todo lo que odio está ahí! ¡Cállese!

Miré por última vez el buque de guerra, que forzaba su marcha. Después, me reuní con Ned y Conseil.

—¡Tenemos que huir! —dije.

—Bien —contestó Ned—. ¿Qué barco es ese?

—Lo ignoro. Pero, sea cual sea, lo habrá hundido antes de la noche. En cualquier caso, más vale morir con él que volverse cómplices de un resentimiento que no comprendemos.

—Esa es mi opinión —respondió fríamente Ned Land.

Llegó la noche. Un profundo silencio reinaba a bordo. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había modificado su rumbo. El barco de guerra se mantenía a dos millas de nosotros. Con las primeras luces del día, volvió a disparar sus cañones. Se inició lo que podía llamarse el «zafarrancho de combate del *Nautilus*». Se bajó la barandilla que había en torno a la cubierta y la cabina del timonel también bajó hasta incrustarse en el casco. De esa manera ya no sobresalía nada que pudiese estorbar las maniobras del submarino.

A las cinco de la mañana, el *Nautilus* había aminorado su marcha. Las detonaciones se oían cada vez más cerca.

—Amigos míos, ha llegado el momento —dije—. ¡Estrechémonos las manos y que Dios nos proteja!

Ned Land estaba preparado; Conseil, tranquilo; yo, nervioso. Pasamos a la biblioteca. En el momento en que abría la puerta, oí cómo se cerraba bruscamente la escotilla de la cubierta. El canadiense se precipitó a la escalera, pero lo detuve. Un silbido bien conocido indicaba que el agua penetraba en los depósitos de a bordo. En efecto, en poco tiempo, el *Nautilus* se sumergió. Entonces, lo comprendí. El *Nautilus* se iba a lanzar contra el

barco por debajo de su línea de flotación. Íbamos a ser testigos de un siniestro drama. No podíamos pensar. Esperaba, escuchaba, solo vivía por el sentido del oído.

Mientras tanto, la velocidad del *Nautilus* aumentó sensiblemente. Se produjo un choque, aunque relativamente suave. Sentí cómo el espolón de acero penetraba en el barco como si fuera de lona. No pude contenerme. Corrí al salón.

Allí estaba el capitán Nemo. Mudo, sombrío, implacable. Una masa enorme se iba a pique bajo las aguas y, para no perder detalle, el *Nautilus* se sumergía hacia el abismo con ella. A diez metros de mí vi el casco abierto, donde el agua penetraba con el estampido de un trueno. Los desdichados se aferraban a los mástiles, se retorcían bajo las aguas. Paralizado, agarrotado por la angustia, los ojos abiertos de par en par, sin aliento, sin voz, yo miraba también. Una irresistible atracción me mantenía pegado al cristal. Después, la masa sombría desapareció.

Me volví hacia el capitán Nemo. Aquel terrible justiciero, auténtico arcángel del odio, seguía mirando. Cuando todo hubo acabado, se fue a su camarote. Lo seguí con la vista. En la pared del fondo, sobre los retratos de sus héroes, vi el de una mujer joven y dos niños. El capitán los miró, les tendió los brazos y, arrodillándose, estalló en sollozos.

Las escotillas se cerraron sobre la horrible visión, y el salón quedó a oscuras. Las tinieblas y el silencio reinaron en el interior del *Nautilus*, que se alejó con vertiginosa rapidez de aquel lugar de destrucción. ¿Tomaría rumbo al norte o al sur? ¿Hacia dónde huiría, después de la horrible represalia?



Capítulo XII

Las últimas palabras del capitán Nemo

REGRESÉ A MI CAMAROTE; pero no pude dormir asaltado por las pesadillas. A partir de aquel día, la descontrolada carrera del *Nautilus* se prolongó de quince a veinte días, en los que no volvimos a ver ni al capitán ni a ningún tripulante. Cuando subía a la superficie para renovar el aire, las escotillas se abrían y se cerraban automáticamente. Se acabó aquello de marcar la posición. No sabía dónde estábamos. La situación se había hecho insostenible.

En las primeras horas de una mañana, cuya fecha no puedo determinar, al despertarme, vi a Ned Land, que, inclinado sobre mí, me decía:

—¡Prepárese a huir!

—¿Cuándo? —pregunté, incorporándome apresuradamente.

—Esta noche —me contestó—. ¿Está usted dispuesto?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—A la vista de tierra firme, que acabo de descubrir esta madrugada entre las brumas, a veinte millas al este.

—Pero ¿qué tierra es esa?

—No lo sé; pero da igual, nos refugiaremos en ella.

—¡Sí, Ned! Sí. Huiremos esta noche.

Estaba decidido a todo. Cuando el canadiense me dejó, subí a la plataforma, en la que me fue imposible sostenerme por la marejada. El aspecto del cielo era amenazador. Regresé al salón, temiendo y deseando a la vez encontrarme con el capitán Nemo, queriendo y no queriendo verlo. ¿Podría ocultarle la involuntaria repulsión que me inspiraba?

A las seis comí sin apetito. Había de hacerlo para no debilitarme. A las seis y media, Ned Land entró en mi camarote.

—Ya no nos veremos hasta nuestra partida. A las diez, aún no habrá salido la luna y aprovecharemos la oscuridad. Vaya usted al bote. Allí lo esperaremos Conseil y yo.

Dicho esto, el canadiense salió. Yo quise comprobar la dirección del *Nautilus*, y me trasladé al salón. Corríamos hacia el nornordeste, con una velocidad vertiginosa y a cincuenta metros de profundidad. Lancé una última

mirada a aquellos prodigios de la naturaleza encerrados en las vitrinas. Después me fui a mi camarote y me puse un sólido traje de mar, reuní mis apuntes y los guardé cuidadosamente. Mi corazón latía con violencia. Seguramente, mi turbación, mi inquietud, me habrían denunciado si hubiese visto entonces al capitán Nemo.

En aquel momento, percibí los vagos acordes del órgano, una armonía melancólica que parecía contener los lamentos de un alma ansiosa de romper sus vínculos terrenales. De pronto, una idea me aterrorizó. El capitán Nemo había salido de su camarote y estaba en el salón, por el que forzosamente habría de pasar yo para huir. Allí le encontraría por última vez. ¡Me vería, me hablaría, quizá!



Iban a dar las diez. Llegaba el momento de abandonar mi camarote y reunirme con mis compañeros. No podía dudar. Abrí la puerta sigilosamente. Avancé arrastrándome por los oscuros pasillos del *Nautilus*. Llegué a la puerta del salón, que abrí con gran sigilo. La estancia estaba completamente a oscuras. Los acordes del órgano seguían sonando, pero el capitán Nemo no

parecía verme. Me deslicé sobre la alfombra, evitando el menor ruido, que me hubiera delatado. Cinco minutos tardé en llegar a la puerta del fondo. Ya me disponía a abrirla, cuando un suspiro del capitán Nemo me clavó en el sitio. Comprendí que se levantaba y distinguí vagamente su silueta. Avanzó en dirección a donde yo estaba, cruzado de brazos, silencioso, y entre fuertes sollozos, que agitaban su pecho, murmuró las siguientes palabras, las últimas cuyas que habrían de llegar a mis oídos:

—¡Dios omnipotente! ¡Basta! ¡Basta!

¿Era la confesión del remordimiento? ¿Era la voz de su conciencia?

Sin precauciones, me precipité a la biblioteca. Subí la escalera central y, siguiendo el pasillo superior, llegué al bote y entré en él por la abertura que ya habían usado mis dos compañeros.

—¡Partamos! ¡Partamos! —exclamé.

—¡Al instante! —contestó el canadiense.

Ned Land cerró con una llave inglesa el orificio hecho en el casco metálico del *Nautilus*. Cerró asimismo la abertura del bote, y comenzó a desatornillar los anclajes que lo sujetaban a la nave submarina.

De pronto, nos llegaron desde el interior unos ruidos, mezclados con voces muy altas. ¿Qué ocurría? ¿Habrían advertido nuestra fuga? Noté que Ned Land deslizaba un puñal en mi mano.

—¡Sí! —murmuré—. ¡Sabremos morir!

El canadiense interrumpió su tarea. Pero una palabra veinte veces repetida, una palabra terrible, me reveló la causa de aquella agitación a bordo del *Nautilus*. No se trataba de nosotros.

—¡Maelström! ¡Maelström! —gritaban los tripulantes.

¿El Maelström! ¿Podría resonar en nuestros oídos un nombre más terrible en medio de lo apurado de nuestra situación? ¿Habría sido el *Nautilus* arrastrado a aquellos peligrosos parajes de la costa noruega en el instante preciso de arriar el bote?

Es bien sabido que en el momento de la pleamar, las aguas que se hallan entre las islas Feroe y Loffoten adquieren una irresistible violencia, y forman un torbellino del que jamás pudo salir ningún navío. De todas partes afluyen olas monstruosas, que originan ese espantoso abismo justamente llamado «ombigo del océano», cuya potencia de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros. El remolino lo absorbe todo: los navíos, las ballenas y los osos blancos de las regiones del polo norte.

Allí fue donde el capitán Nemo había llevado al *Nautilus*, involuntaria o voluntariamente, quizá. El buque describía una espiral, cuyo radio disminuía

progresivamente, arrastrando consigo el bote, aún sujeto a su costado. Estábamos dominados por el espanto, en el colmo del terror, paralizada la circulación, inundados de sudor frío, como en el momento de la muerte. ¡Qué estrépito en torno de nuestro frágil bote! El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Sus acerados músculos crujían.

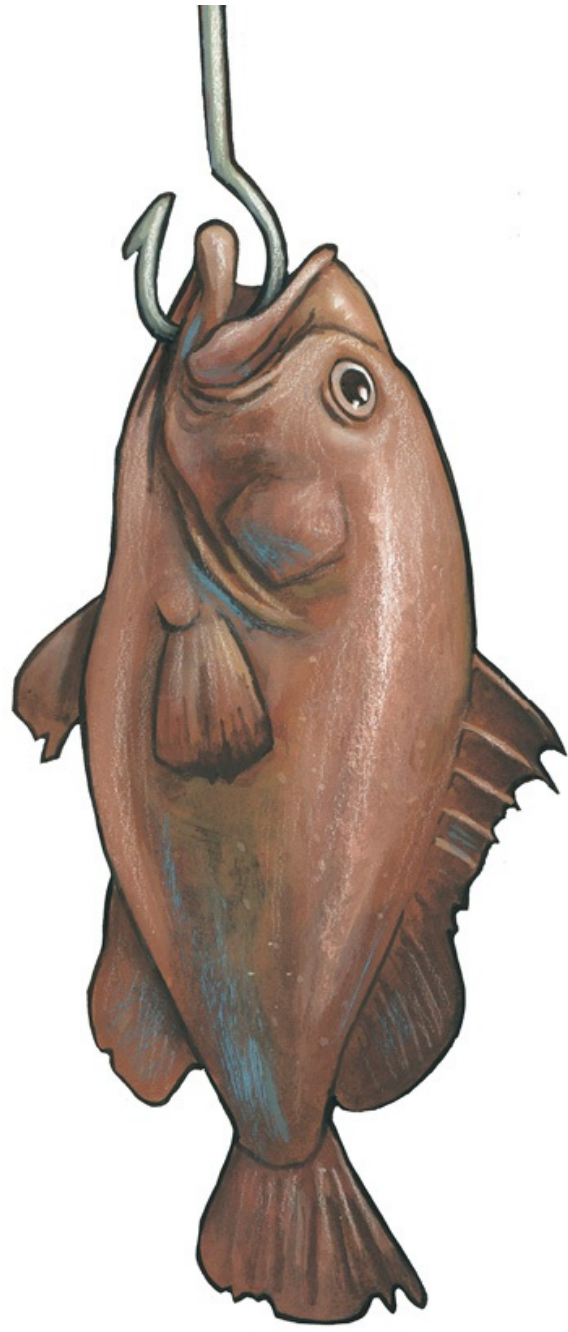
—Hay que afianzarse bien y apretar las tuercas —dijo Ned—. Si no nos movemos de aquí, aún podemos salvarnos.

Antes de terminar su frase, resonó un formidable crujido. La embarcación, arrancada, fue lanzada en medio del torbellino, como una piedra por una honda. Mi cabeza chocó contra un pilar de hierro, y la violencia del golpe me hizo perder el conocimiento.

Aquí concluye este viaje submarino. Desconozco lo que pasó durante aquella noche, cómo escapó el bote del formidable remolino del Maelström, cómo salimos de él. Al recobrar los sentidos, me hallé acostado en la cabaña de un pescador de las islas Loffoten. Mis dos compañeros, sanos y salvos, estaban a mi lado. Nos abrazamos efusivamente.

Por el momento, no podíamos pensar en regresar a Francia porque no había medios de comunicación. Habría que esperar el paso del vapor que hace el servicio del cabo Norte cada dos meses. Allí, rodeado de aquellas buenas gentes que nos albergaban, repasé el relato de estas aventuras. ¿Me creerán? No lo sé.

¿Qué habrá sido del *Nautilus*? ¿Vivirá el capitán Nemo? ¿Proseguirá bajo el océano su marcha o se detendrá ante la última tragedia? ¿Devolverán las olas, algún día, el manuscrito que contiene la historia completa de su vida? ¿Sabré el nombre del misterioso personaje? Lo espero, como espero igualmente que el *Nautilus* haya sobrevivido donde tantos navíos sucumbieron. Si así fuera, ¡ojalá se apacigüe el odio en el corazón del capitán! ¡Que la contemplación de tantas maravillas mitigue su sed de venganza! Aunque su destino sea extraño, no deja de ser sublime. ¿Acaso no lo he comprendido por mí mismo? ¿Acaso no he vivido diez meses de existencia fuera de lo normal? A la pregunta hecha hace seis mil años por el Eclesiastés^[18]: «¿Quién ha logrado nunca sondear las profundidades del abismo?», tienen ahora el derecho de contestar dos hombres entre todos: el capitán Nemo y yo.



Apéndice





Jules Verne. Nació en Nantes el 8 de febrero de 1828. La ciudad de Nantes, situada en la desembocadura del río Loira, era, en la infancia de Verne, el primer puerto de Francia y, desde la ventana de su casa, se veía un bosque de mástiles de barcos. Cuando tenía once años, se embarcó en un navío con destino a la India, movido por el deseo de traerle un collar de coral a su prima Carolina, de la que se sentía profundamente enamorado. Fue descubierto y devuelto a su casa. Desde entonces, tuvo que conformarse con ser aventurero con la imaginación y con la pluma. Tres obsesiones tuvo en su vida: el mar, la libertad y la música.

En su infancia, vivió el amanecer de la era científica, en la que iban a aparecer muchos inventos. Su curiosidad y su afán por conocer se mantuvo durante toda su vida. Ningún científico podía competir con la imaginación de aquel hombre... Hoy leemos sus novelas y nos parece mentira que pudiera haber ideado las naves espaciales y los submarinos tal como serían después. Ha habido autores que hablaban en sus novelas de máquinas del tiempo o de viajes espaciales, pero lo asombroso en Verne es que, mientras aquellos ideaban fantasías, él ideaba realidades, pues creía firmemente que «todo lo que una persona puede imaginar, otras podrán hacerlo realidad».

Para alejarlo de su obsesión por los barcos y la aventura, su padre, que era notario, lo mandó a París para estudiar Derecho. Terminados los estudios,

vuelve a Nantes y entra a trabajar en el despacho de su padre. Al poco tiempo, se casa, abandona su trabajo y se dedica a escribir, pero, como no podía vivir de la literatura, vuelve a París y comienza a trabajar como agente de Bolsa. Mientras tanto, empieza a publicar algunas novelas y comienza a viajar: Escocia, Escandinavia y América del Norte.

En 1862, conoce al escritor y editor Pierre Jules Hetzel, quien le ofrece un contrato por el que Verne se obligaba a escribir dos novelas al año. La primera fue *Cinco semanas en globo* (1863), donde describe un viaje por África. El éxito fue tan grande que pudo abandonar su trabajo en la Bolsa. Al año siguiente, publica *Viaje al centro de la Tierra*; después, vendrían: *De la Tierra a la Luna*, *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral*, *Los hijos del capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en ochenta días*, *La isla misteriosa*, *Miguel Strogoff*, *Un capitán de quince años*, *Los 500 millones de la Begún*, *Escuela de Robinsones*, *Dos años de vacaciones*, *La esfinge de los hielos...* El ritmo de trabajo era tan fuerte, que su salud empezó a resentirse, pues Verne no solo se limitaba a inventar las historias, sino que pasaba largas horas en las bibliotecas informándose a conciencia de todos los temas, para que sus obras estuviesen bien documentadas.

Viajó por Inglaterra, Irlanda, Noruega, Suecia, Alemania, Italia, España (se detuvo en Vigo y en Cádiz), Portugal, Marruecos, Argelia, Túnez... Conoció el Mediterráneo, el Báltico, el Atlántico, el mar del Norte.

Con el tiempo, perdió su confianza en la ciencia, y se recluyó en Amiens para escribir. Ni siquiera quiso viajar a conocer el mejor símbolo de su tiempo, la torre Eiffel. En 1886, su sobrino Gaston, hijo de su hermano Paul, en un ataque de demencia, le disparó varios tiros en las piernas y quedó inválido. Agobiado por la diabetes, los problemas gástricos, la parálisis facial, ciego y sordo, derrotado por la enfermedad y por la melancolía, murió en Amiens el 24 de marzo de 1905.

Un autor de éxito

Generalmente, las obras de este autor se clasifican como novelas de aventuras, pues en sus relatos la acción tiene gran importancia. El tema principal varía en cada una de ellas, aunque predominan las que se desarrollan durante un viaje en el mar, por el espacio, a las profundidades de la Tierra, alrededor del mundo...

Como *temas secundarios* podemos considerar los avances científicos de los que Julio Verne nos habla. Efectivamente, este autor escribía «novelas científicas», como se llamaban en su época. Su éxito llegó a ser tan grande que por todos sitios donde viajó era recibido en triunfo, con música y bailes regionales, a pesar de lo cual nunca pudo librarse de ser clasificado entre los autores de libros para la juventud, lo que sin duda influyó para que nunca fuera llamado a la Academia francesa. Entre los temas secundarios, asoman en sus novelas otros también importantes: ideas de libertad, justicia y defensa de los oprimidos, desconfianza ante las iniciativas humanas que pudieran poner en peligro la paz entre los hombres, preocupación por el futuro de los pueblos colonizados, y las guerras y sus consecuencias. Todo ello nos lleva a la convicción de que Verne fue un hombre *comprometido con su época y con sus lectores*.

Muchos críticos han observado que, si bien en principio Julio Verne dirigió sus obras a adolescentes inteligentes, su éxito está en haber captado una larga y siempre creciente lista de lectores adultos, porque sus novelas son una prolongación imaginativa de lo que su curiosidad científica le hacía conocer. Verne no es un profeta, ni un visionario, sino una imaginación entusiasmada por lo que la ciencia descubría. En eso radica su originalidad: Verne es grande porque se le ocurrió que el mundo científico es apasionante como una aventura. Esa es la novedad que aportó a la literatura de su época: introducir el progreso científico como tema, escribir «la novela de la ciencia».

Algunas características literarias

La *estructura de la obra* se inicia con un misterio que no llega a aclararse hasta que no caen al agua los protagonistas; a continuación, asistimos al conocimiento del *Nautilus* y de sus moradores; después, en lo que es ya la aventura, esta se va desarrollando con altibajos (momentos alegres y divertidos con momentos tristes y hasta macabros); por último, la violencia de la lucha contra los pulpos y el ataque y posterior hundimiento del barco enemigo van a dar paso al episodio terrorífico del Maelström, con el que acaba la novela.

El empleo de un recurso literario muy eficaz hace que uno de los protagonistas, el profesor Aronnax, cuando ya ha terminado la aventura, cuente su historia a partir de sus notas o diario. Por tanto, todo es un recuerdo. La figura del profesor es indispensable, pues, siendo como es un científico, nadie va a dudar de que cuanto recuerda es cierto.

En la estructura novelística, el personaje de Ned Land sirve de contrapunto: su irritación por estar encerrado es cada vez mayor y contrasta con la tranquilidad de Conseil (al que todo parece darle igual) y con el disfrute de su señor, que cada vez siente mayor admiración por lo que va descubriendo, por el *Nautilus* y por su capitán.

En cuanto al *estilo*, en la obra abundan las enumeraciones, recurso estilístico muy utilizado por Verne, hasta el punto de resultar excesivo en ocasiones. En segundo lugar, son numerosas también las citas literarias, las alusiones mitológicas, los datos que copia de Enciclopedias y de Historias Naturales. *Veinte mil leguas de viaje submarino* tiene muchas deudas con escritores antiguos, clásicos y modernos (Julio Verne siente una especial predilección por Victor Hugo, por Fenimore Cooper, por Walter Scott y por Edgar Allan Poe, que ha leído en su adolescencia y juventud). Todo, en fin, nos demuestra que era un escritor muy preocupado por informarse y documentarse antes de ponerse a escribir.

Notas

[1] *Milla marina*: unidad de longitud, equivalente a 1852 metros. <<

[2] *Babor*: lado izquierdo de la embarcación, según se mira de popa a proa, es decir, de la parte posterior hacia la parte delantera. <<

[3] *Pie*: medida de longitud, que, en Inglaterra, equivale a 30,48 cm. <<

[4] *Popa*: parte posterior de una embarcación. <<

[5] ¡*Avante!*!: en el lenguaje mariner, ¡adelante! <<

[6] *A pesar de que era invierno:* en el hemisferio sur, el invierno tiene lugar cuando en el hemisferio norte es verano. <<

[7] *Virando súbitamente de babor a estribor*: en el lenguaje mariner, girando desde el lado derecho hacia el lado izquierdo de la embarcación, si se mira de proa a popa. <<

[8] *Quedarse al paio*: a la expectativa, sin moverse. <<

[9] *Proa*: parte delantera de una embarcación. <<

[10] *Latitud*: distancia que hay desde un punto de la superficie terrestre al ecuador, contada en grados de meridiano. *Longitud*: distancia desde un punto de la superficie terrestre hasta el meridiano cero, y se mide sobre el ecuador en grados, en minutos y en segundos. <<

[11] *Compartimentos estancos*: salas completamente cerradas y sin comunicación, que aseguran con puertas herméticas, en el caso de que se produzca una entrada de agua, el aislamiento de unos espacios de otros. <<

[12] *Arrecife*: conjunto de rocas o de bancos de coral que está en el fondo del mar y llega muy cerca de la superficie. <<

[13] *Cuando perseguía a los israelitas:* el Antiguo Testamento cuenta cómo Moisés sacó a su pueblo de Egipto y se dirigió hacia la Tierra Prometida. Cuando se le interpuso el mar Rojo, tocó con su vara las aguas, estas se abrieron y los israelitas pudieron atravesarlo; pero, cuando el ejército del faraón que los perseguía quiso cruzarlo, las aguas se cerraron y todos los egipcios perecieron ahogados. <<

[14] *Canal de Suez*: canal navegable que atraviesa el istmo del mismo nombre. Tiene 168 m de longitud y comunica el mar Rojo con el Mediterráneo. Se construyó bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, ingeniero francés, entre 1859 y 1869, fecha en que fue inaugurado. Desde 1956, pertenece a Egipto.
<<

[15] *Zozobrar*: hundir. <<

[16] *Hércules*: nombre latino de Heracles, héroe de la mitología griega. Hijo del dios Zeus (Júpiter, para los romanos), sus hazañas —los «doce trabajos de Hércules»— eran conocidas en todo el mundo griego. Entre ellas, se cuenta que separó las dos montañas de Calpe y Ábila, que cerraban el Mediterráneo en Gibraltar, y que se llamaron desde entonces «columnas de Hércules». En la Antigüedad, se creía que ningún barco podía sobrepasar dichas «columnas» sin afrontar enormes peligros en las otras aguas. No es, pues, extraño que nuestros viajeros encontrasen las ruinas de un templo dedicado a Hércules sumergido en este lugar. <<

[17] *Atlántida*: gran isla legendaria del Atlántico, situada aproximadamente donde hoy se hallan las islas Canarias. Según la tradición, fue engullida por el mar. <<

[18] *Eclesiastés*: libro del Antiguo Testamento. <<

